

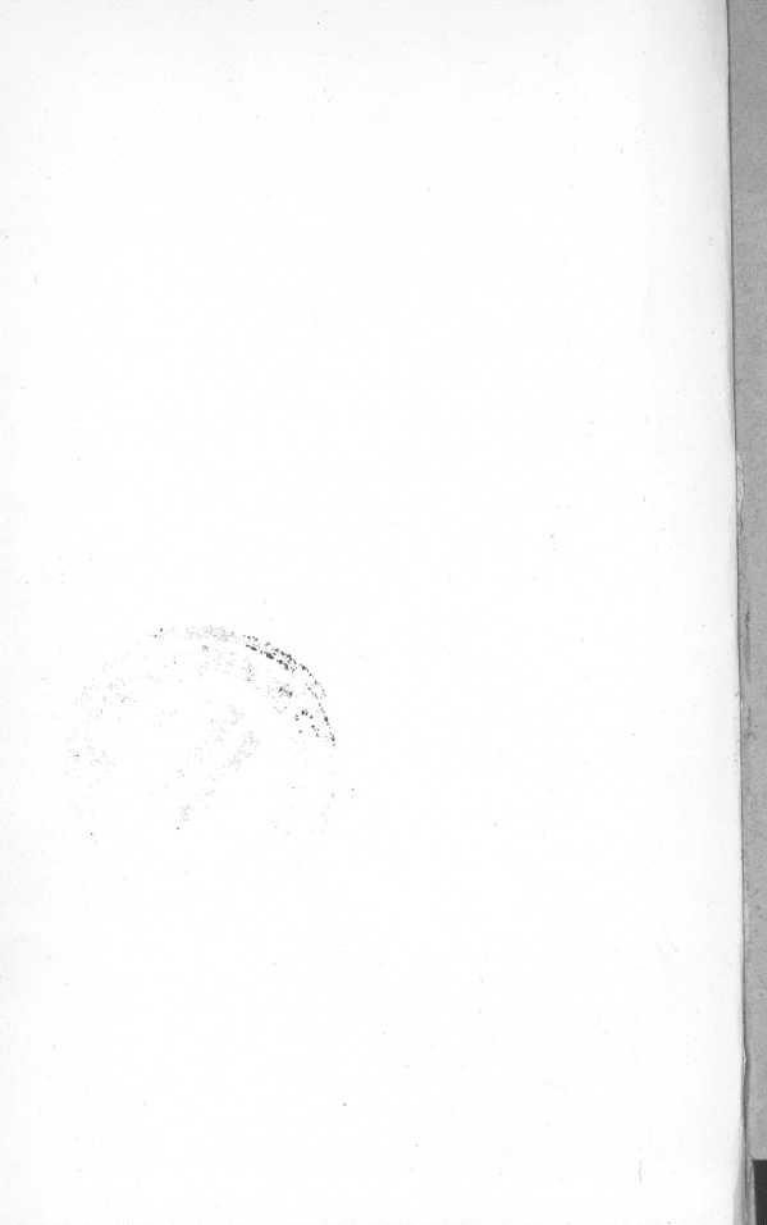
860-1

RUE

tro

NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura**



TROMPETAS DE ÓRGANO

SALVADOR
RUEDA



PRÓLOGO DE
MANUEL
UGARTE

R. 17.216



PRIMITIVO FERNÁNDEZ
— IMPRESOR —
VALVERDE, 33, MADRID

DONAT 26-11-1971

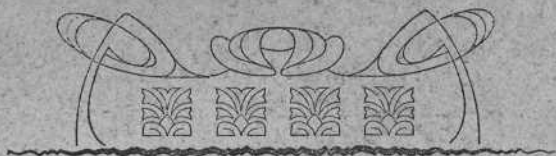


EXPLICACION == DEL == MONUMENTO

El ilustre artista Querol, á cuyo genio débese este monumuento, lo ha basado en una idea originalísima, sorprendente: convierte al poeta del Sol, de la Vida y de la Naturaleza, en parte integrante de la Naturaleza misma, en risco, en estalagmita que remata en hombre. Para la audaz visión de Querol, Rueda es una piedra que surge de la Tierra y canta al Sol, á los hombres, á la vida, y por eso, en el cuerpo de roca que el escultor ha dado al cantor, ha derramado un hervidero de brio, de fuerza, cincelando ramas, nidos, gusanos, hiedras, insectos, aguas y, sintetizando el alma lirica del poeta, un rui-señor. No se puede concebir nada más alto, nada más bello, nada más valiente.

El bloque que da realidad á esta singular creación, la más original del maestro, es de la rica cantera murciana de don Pascual Aroca, llamada á ser una de las más solicitadas de los escultores por la calidad insuperable de sus mármoles

J. P.



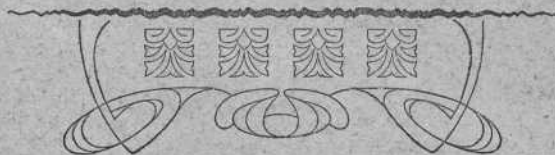
A LAS ALTÍSIMAS PER-
SONALIDADES CONTEM-
— PORANEAS —

~MIGUEL MOYA~
EL GRAN INNOVADOR
— DE LA —
PRENSA MODERNA

— Y —
ALFREDO VICENTI

MI INSIGNE MAESTRO;
QUIEN ME ENSEÑÓ A
ESCRIBIR EN VERSO
Y EN PROSA; NUNCA
CANSADO DE QUE-
RERME NI YO DE
ADORARLO,

SALVADOR RUEDA





PROLOGO

Ser poeta es percibir y traducir en ensueño la esencia y la savia de la Naturaleza y del *yo* interior. Solemne, impresionante ó evocadora, rugido de mar, galope de caballos ó temblor de estrellas, la Poesía ha de ser siempre sinceridad, generosidad, pureza, diafanidad de alma,—vibración enfermiza, si queréis, pero capaz de horadar, por la delicadeza, la grandiosidad ó el ímpetu, todas las superficialidades y abrirse camino hacia lo ignoto sin salir de lo humano. Porque así como el que se limite á ver lo que se ve, hará, fatalmente, obra pequeña, quien se confine en el ideal y desdeñe las realidades, tangibles ó intangibles, que palpitan en el Universo y en el hombre, se condenará á mirajes y á juglarismos estériles. Ya sea el profeta, que interroga la Eternidad; ya el generoso, que llora el desconsuelo de los hombres; ya el fauno, que danza bajo la esplendidez del Sol; ya el vengador, que fulmina; ya el Pierrot, hecho con rayos de luna, que murmura en la sombra sus madrigales al recuerdo, el poeta debe, ante todo, ser franco, ser altruista y sentir las palpitaciones del medio en que se desarrolla. No decimos que tenga forzosamente que dar voz á los sentimientos momentáneos y locales, ó que deba convertirse en un

instrumento dócil, librado al capricho de la colectividad. En muchos casos, puede oponerse á las corrientes ciudadanas ó adelantarse á ellas. Pero siempre en el límite de lo que alcanzan sus percepciones agudísimas, dentro de lo normal. Porque el poeta es, á pesar de todo, humano, y sólo recurriendo á la disimulación ó cediendo á un desequilibrio lamentable, consigue hacerse una vida de museo, interesarse por cosas extrañas, apasionarse por detalles exóticos y ponerse al margen de la especie.

El sistema de asombrar á los pobres de espíritu con rarezas, rebuscamientos y aberraciones, pudo resultar, en un momento dado, el ardid más ingenioso para llegar á la celebridad inmediata y el expediente más eficaz para disimular la carencia de vida propia. Pero esos poetas menores, que se refugiaron en las miniaturas y pasaron sus vidas, ora á la manera de los relojeros de Ginebra, que agonizan inclinados sobre resortes microscópicos, ora al modo de los orfebres japoneses, que torturan la imaginación para grabar extravagancias de bolsillo, no hicieron más que marcar ruidosamente la presencia de un intermedio de desorientación y de fatiga. Si descubrieron algunas vetas secundarias, desconocieron totalmente el verdadero origen de las intuiciones y pasaron por el mundo como ciegos, sin sospechar los cabrilleos del Sol. Que es en la Naturaleza y en la Humanidad, donde están las raíces del infinito, y que sólo al aire libre y á luz plena pueden florecer las grandes rosas de la belleza inmortal.

Y la mejor prueba de que sólo significaron una excentricidad, nacida del descorazonamiento y del hastio, fué la indiferencia que inspiraron á la casi totalidad del público. Bien sé que una de las distintivas de la escuela residió en el desdén afectado ante la opinión; pero de esa

tendencia orgullosa no hay huellas en los orígenes, y quizá fué un grito de despecho de los que se refugiaron en la propia admiración, después de haber solicitado en vano la de los demás.

La Poesía, como el mar y como los crepúsculos, puede llegar hasta el corazón de todos los hombres. Claro está que los que, por capricho ó por insuficiencia, la reducen á una especie de numismática ó microbiología, no deben aspirar á tan altos destinos. Pero los que saben ser grandes, sin dejar de ser sutiles, los verdaderos condensadores de ensueño, las altas cumbres de la Humanidad, han alcanzado siempre un prestigio indiscutible y han grabado su nombre en la memoria de las razas. Homero, Dante, Goethe, Shakespeare, Byron, Schiller y Hugo fueron y son admirados por inmensas muchedumbres, porque dieron forma á las imprecisiones que palpitaban en los cerebros, porque bajaron hasta el fondo de las almas para traducirlas á la luz, porque supieron hablar de la Naturaleza como de sí mismos y porque, en fin, según la frase típica de Anatole France á propósito de Zola, se honraron siendo «un momento de la conciencia humana». La universalidad, la amplitud y el altruismo que derramaron por la pluma les hizo llegar hasta lo más recóndito de la sensibilidad de sus contemporáneos y desbordar por encima de su generación hasta llenar la inmortalidad, como aquellas inundaciones torrenciales de las épocas prehistóricas que ahogaban las montañas y amenazaban el orbe.

*
* * *

Las vastas tierras, desiguales y sembradas, en cuyas crestas oleosas se recorta de largo en largo, sobre el cielo azul, un campesino, todo gesto, que traspasa al Planeta su

vigor y su sopro de vida, nos abren horizontes inconmensurables sobre la realidad y la profundidad de las cosas; y los villorrios engruñidos en los valles, á la sombra de campanarios mezquinos, las aldeas solas y abandonadas, muertas con el repique del crepúsculo, que salpican en la región la intermitencia de sus palpitaciones, nos hacen ver en síntesis el borbollar de la vida, al rememorar, por contraste, como velado por la bruma, el entrevero monstruoso de las ciudades donde hemos sufrido. Porque la Naturaleza no se detiene á la entrada de las capitales, y en éstas se alargan tantos desiertos, se alzan tantas montañas y se abren tantos precipicios como en la tierra virgen... Cuanto existe es, pues, para el poeta motivo de emoción: el llano y el arrabal, la verbena y el oceano. Y á veces, los detalles más pequeños proyectan en el alma una sombra tan grande como la de los más altos volcanes... Hay, por ejemplo, en las sonatas monótonas de los organillos no sé qué cosa lastimera y malvada, que entra como un filo de fatalidad en el alma de los hombres y les arrastra de nuevo mar adentro, camino de las profundidades de su pasado doloroso, para hacerles oír otra vez, en notas incompletas y sollozadas, ante panoramas de bruma, la eterna lamentación irremediable: *la vida es así...* De suerte, que si todo, en la metrópoli y en el campo, se adelanta al transeunte para ofrecerle ensueño, el poeta, que es la impresionable síntesis de todas las sensibilidades, no puede menos que reflejar en sus versos lo que podríamos llamar la respiración invisible de las cosas inanimadas.

Y en ese cuadro eterno, portentoso é inagotable, tendrán que agitar fatalmente los remolinos multicolores de la fuerza secular é invencible que se llama Pueblo.

El hombre es el singular y la minúscula del Pueblo,

porque el Pueblo es un hombre de cien millones de cabezas. Sin embargo, ambos se parecen en que tienen un corazón. El del primero, puede ser comparado á una brisa; el del segundo, á un huracán. El de aquél, es limitado, hasta cuando late para la generosidad del *yo* que se llama amor; el de éste, es infinito, hasta cuando predica el Progreso, que es el egoísmo de la especie. El uno, puede ahogarse en los preludios de Heine; el otro, cabe apenas en las epopeyas de Víctor Hugo. Pero ambos evolucionan como planetas paralelos que no se pierden de vista jamás. Son la Tierra y el Sol... Por eso es que en el cerebro de los grandes han sido siempre fundidos y amalgamados bajo la forma de una sola fuerza independizada que disfruta de la Naturaleza y coopera á su desarrollo. Que si el hombre es la síntesis de la Humanidad, la Humanidad es la triunfante amplificación del hombre.

El Pueblo, pues, con sus incertidumbres, sus ingenuidades y su hervidero secular, y la Naturaleza con sus tesoros vivientes y grandiosos, constituyen el fondo de toda obra durable.



Salvador Rueda no ha roto con la tradición humana. Lejos de extraviarse en busca de rarezas y aberraciones enfermizas, ha gesticulado al aire libre. Esa es su gloria.

Nada más sencillo, más fresco, más infantil y, á veces, más grandioso, que los versos de este poeta, altamente humano y superiormente familiar, que vive con su época, que es en realidad un contemporáneo y que ha sabido traducir, embellecer y precisar con tanto acierto, las variaciones de los paisajes, los ímpetus de la muchedumbre y las palpitaciones del alma. Salvador Rueda es «el hom-

bre»; es la vida misma, con todas sus contradicciones, sus entusiasmos, sus descorazonamientos y sus cóleras. Sus libros, son como torrentes que arrastran trozos de cuanto existe en la selva. Entre el torbellino de sus versos burbujan en tropel todas las voces de la ciudad. El entusiasmo, el amor, la esperanza y la risa (la risa casca-beleante de la España mora, prisionera de los patios andaluces, donde hasta los corazones brillan bajo el Sol como si estuvieran hechos de azulejos), dardean en sus estrofas burbujeantes de sinceridad y de gracia. Sus rimas tienen algo de aquellos bebedores de Rubens, que hacen desbordar la cidra espumosa en los vasos fastuosos, bajo un dosel sostenido por adolescentes rubios. Y todas sus poesías dicen la abundancia, la riqueza y la alegría creadora de un temperamento pletórico de savia joven que derrama sin contar sus excelencias.

En las descripciones da también la medida de su asombroso poder. Su pluma es el pincel agudo y sobrio que condensa una perspectiva en cuatro trazos.

En una de sus obras, por ejemplo, hay una visión de la calle de Alcalá que no tiene precedentes en nuestra lengua. Aquella tromba de coches que se precipita hacia la Plaza de toros, en la alegría dorada de un domingo de Madrid, por la gran vía á la moda, cuyas aceras hormigueantes parecen ríos hinchados que amenazan desbordar, es un cuadro que se graba profundamente en la memoria. Y las vendimias alegres, los amores de égloga, los recortes de terruño que se complace en evocar á cada instante, le colocan á la altura de los más altos traductores de la Naturaleza. Porque hasta la misma ingenuidad infantil que asoma en determinados trozos es un encanto más. A través de ella se adivina la concepción brusca, la realización

infernamente rápida y el vértigo de palpitaciones sentimentales que arrebató al autor en el momento de escribir.

La distintiva de Salvador Rueda es la naturalidad *a outrance*. No cae jamás en el desaliño, pero entrega al lector los panecillos de su pensar, dorados y calientes. Y esa lealtad en el ensueño es lo que le ha granjeado la admiración de un público tan vasto en América y en España. Porque, muertos Núñez de Arce y Campoamor, cuyas rimas — que tradujeron el sentir de otras generaciones — podían corresponder aún, en parte, á las supervivencias que llevamos dentro, no queda en España ni en América otro que pueda aspirar á ser hoy el portavoz de nuestra raza.

Su popularidad deriva de su sencillez y, sobre todo, de su sinceridad. Cojamos cualquiera de sus composiciones y siempre hallaremos el surco de un alma tumultuosa y maravillada que vibra á todos los vientos.

...Pero si yo quisiera decir aquí toda la admiración que me inspira la fantasía creadora y observadora de este gran poeta sincero y primaveral, el estudio dejaría de ser lo que es para convertirse en libro. Fuerza es callar muchos comentarios que rabian por salir de la pluma.

Sin embargo, no es posible dejar de precisar un punto. Ya tuve ocasión de decir en *El Liberal*, de Madrid, que «un alto deseo de paz, una fraternidad desbordante, una aureola de amor sobre las cosas rústicas, un sentimiento agudo de la Naturaleza, un arte supremo para desentrañar la poesía que duerme en los objetos más familiares y cierto empuje, á veces genial, para presentar en síntesis las más vastas simultaneidades, dan al autor de este libro una emoción humana y una amplitud de gesto que tiene que conmover á las muchedumbres.»

Pero la tendencia popular, lejos de disminuir la delicadeza del artista, la ha fortificado, depurándola de necios preciosismos. Y esta feliz coordinación de la necesaria exquisitez con la indispensable grandiosidad, confirma lo que ya hemos repetido. Es en la Naturaleza y en el Pueblo donde hay que buscar el secreto de la inmortalidad.

* *
* * *

TROMPETAS DE ÓRGANO es un libro donde resuenan todas las voces, desde las más altas, como la que impera en la composición *El Enigma*, hasta las más dulces, como la que llora en *A mi madre*, donde hay estrofas de cristal:

Miles de arrugas surcan tu cuerpo santo,
mas yo que no las tienes se me figura,
y, cual si joven fueras, elevo un canto
á la inmortal esencia de tu hermosura.

Los adeptos de la morfina y del opio, que desprecian las afecciones naturales y, con pretexto de revolucionarismo, defienden las más absurdas transgresiones de la ley moral, ensayarán, quizá, una sonrisa inepta ante tan alta sencillez. Pero los sentimientos profundamente humanos no ceden ante la ironía de un monóculo. Y como todos tenemos, en la realidad ó en el recuerdo, una madre que nos ha consolado en nuestras penas, ha llegado hasta el sacrificio por nosotros y nos ha arrullado con la más grande y la más desinteresada de las ternuras; como todos sentimos por ella, si hemos conservado un alma sana y sensible, la más profunda veneración y el más respetuoso culto, y como cualesquiera que sea nuestra situación transitoria, — poderosos, esclavos, genios, mediocridades ó desvalidos, — no cesamos en ninguna circunstancia de ser hombres, esos impetus de ternura admirable, que son

como el gesto de los más bellos abandonos, nunca dejarán de encontrar un eco en nuestros corazones.

Salvador Rueda sabe transmitirnos sus emociones de una manera prodigiosa. La composición titulada *Los claveles* nos arrebató en el vértigo de un madrigal:

Porque son arrancados de tus vergeles
y tienen vestidura regia y bizarra,
te mando ese brazado de ígneos claveles
atados con las cuerdas de una guitarra.

Cuélgalos de tus rizos como un tesoro,
y tráeme la bandera de España un juego
hecho con tus cabellos que son de oro
y hecho con los claveles que son de fuego.

Y de tu frente ornando la rubia cima,
donde tiemblan reflejos de luz extraña,
estará la bandera clavada encima
de la más alta gloria que tiene España.

En el himno á Cartagena anotamos una estrofa:

En su puerto de agrios montes que defienden su salida,
como lengua en una boca, Cartagena está perdida,
y una serie de castillos la consigue circundar;

una serie de castillos de una trágica hermosura;
engranaje torvo y bárbaro de una inmensa dentadura,
que se asoma á lo infinito siempre abierta sobre el mar.

Pero, ¿para qué seguir citando? Ya apreciará el lector la elocuente vivacidad de estas poesías. Lo más probable es que las saborée antes de hojear el prólogo. Porque dado el prestigio del poeta y la fascinación que ejercen sus estrofas, no es fácil suponer que quien tenga el libro en la mano sea capaz de refrenar ese deseo.

*
* *

Sin embargo, la introducción era necesaria por dos razones. Primera, porque Salvador Rueda, que es un repo-

vador, ha sufrido ataques de los que se creen depositarios de la fórmula novísima, y segunda, porque su influencia visible sobre la poesía española y americana, ha sido negada por algunos de los favorecidos por ella. Estas injusticias han nacido en cierto modo en el Nuevo mundo, y un americano debía poner las cosas en su lugar.

En realidad, el autor de TROMPETAS DE ÓRGANO merece toda la admiración y reconocimiento de los que luchamos por rejuvenecer el castellano y crear una literatura que esté de acuerdo con el siglo. Los que le combaten en nombre de teorías modernas, dan forma á una ingratitud. ¿Quién ha enriquecido nuestro vocabulario y ha dado á la sintaxis y á la prosodia una flexibilidad nueva? ¿Quién ha devuelto la vida á la prosa y al verso, que agonizaban ceremoniosamente en los invernáculos del clasicismo? ¿Quién se atrevió á ser joven en tiempos en que Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce lo acaparaban todo? ¿Quién fué el obrero de la renovación, «que no ha sido juzgada y confesada todavía», según la frase feliz de Darío Pérez? ¿Quién devolvió, en fin, á los escritores españoles y americanos ese amor á la Naturaleza, que es la distintiva de la literatura de hoy?... Los que anclaron hace quince años en una modalidad artificial y creen poseer aún el secreto de la última moda, podrán, cediendo á un sectarismo lamentable, reprochar á este poeta su emoción humana y su plena luz; pero, los que, por venir detrás, juzgamos sin prevenciones, tenemos que agradecer á Salvador Rueda su benéfica labor y su influencia saludable. La obra podrá ser discutida fragmentariamente, pero en conjunto merece toda loa. Los que estudien dentro de algunos años el movimiento de transición que ha dado vida al estado actual, tendrán que reconocer la acción victoriosa de este poeta,

que ha sido un gran chorro de agua cristalina y reconfortante en medio de un jardín marchitado y deshecho por la manía artificiosa de los hombres.

Por eso, hubiera querido yo hacer de este prólogo algo así como un homenaje de nuestra generación, que en el orgullo de su hegemonía naciente no olvida á los gloriosos precursores. Pero la premura con que escribo, sitiado por acontecimientos que exigen una acción periodística inmediata, limita fatalmente el ímpetu desbordante de la pluma. Sin embargo, creo haber dicho en síntesis cuanto era menester, y sólo voy á añadir, antes de poner la firma, un recuerdo personal.

Cuando yo ensayaba á los quince años en Buenos Aires mis primeros versos inseguros, Salvador Rueda era ya célebre en todos los países de habla española. Y no olvido cierto detalle que se ha grabado en la imaginación. Al azar de mis paseos de adolescente, pasé cierta vez ante una cigarrería donde se vendían periódicos ilustrados de Madrid y de Barcelona. Aún veo la tienda, que estaba instalada en la esquina de Florida y Rivadavia. Una viejecita envuelta en un mantón negro disponía en orden los papeles sobre una mesa pequeña ó los apoyaba simétricamente contra el muro, pellizcándolos con pinzas de madera á lo largo de dos hilos paralelos. No recuerdo cómo se llamaba la revista que solicitó entre todas mi atención. Pero una gran pandereta de colores cubría la primera página, y sobre el dibujo alegre resplandecían unos versos... ¡Salvador Rueda!...

Como lo poco que yo había leído por entonces con esa firma dominaba en mi espíritu, de más está decir que compré el periódico y me alejé por las calles hundido en la lectura, sin cuidarme de los transeuntes, que trope-

zaban conmigo y me increpaban mi torpeza. Pero al recordar ahora ese incidente, ocurrido en 1892, una emoción extraña me nubla los ojos. Fué en mi primera juventud, en mi niñez casi, cuando aprendí á admirar al autor de este libro. El perfume de entonces no se ha borrado al contacto de la vida. Y en el dintel de mis treinta años conservo la misma cordial veneración por el gran poeta, que quedará en la literatura de todos los tiempos como una de las campanas más puras que han repicado el triunfo de la sensibilidad.

Al constatarlo, creo pagar una deuda de cariño y de agradecimiento hacia España.

MANUEL UGARTE.

Paris 8 de octubre de 1906.





A QUEROL

EL SUEÑO DE LA ESTATUA

I

EL ARPA DE MARMOL

Si muero y vives tú, Querol divino,
tú que das á las piedras melodía,
esculpe un arpa donde el Sol se ría
coronando mi mármol diamantino.

Preste á sus cuerdas el temblor del trino
tu cincel que es pasión y es energía,
y pensaré que aún brota la poesía
de mis dedos cual chorro cristalino.

Ya que un gran monumento me regalas,
transmítale tu genio las escalas
con que teji mis risas y mi lloro.

Y en el cántaro eterno de la vida,
caerá, por ti, cual fuente estremecida,
el haz de Sol de mi canción de oro.

II

LA PIEDRA CANTORA

Hizo tu inspiración maravillosa
de esta materia que mi sangre aviva,
tallo inmortal de piedra pensativa
como una estalagmita misteriosa.

Ya roca soy que tu cincel endiosa
de insectos, nidos, agua fugitiva,
y hay en mi estatua, que rehierge viva,
los sones de una orquesta milagrosa.

Otro prodigio en mi materia has hecho;
me has escondido en lo interior del pecho
un ruiseñor de lírica garganta.

Oye su voz tras mi cendal de hiedra;
¡es mi encendido corazón de piedra
que el Himno ardiente de la Vida canta!

III

LA ESFINGE

Tu cincel da á mi frente claridades
lanzándola hacia el Sol; desde mi plinto,
miraré el asombroso laberinto
que teje y desbarata las edades.

Sereno miraré ricas ciudades
nacer como la rosa de Corinto,
cual la gran Babilonia, y su recinto
trocarce luego en muertas soledades.

Testigo de las vidas milenarias,
clavaré mis pupilas visionarias
allá en los siglos con afán interno.

Y miraré estallar aterradora,
como una inmensa caja de Pandora,
la sorprendente Esfinge de lo Eterno.

IV

EL DISCURSO DEL DIOS PAN

Saldrá Pan de la Esfinge tenebrosa
y así dirá su flauta á cada mente:
«Ríe cual los temblores de la fuente,
duerme como la piedra que reposa.

Piensa con la cadencia luminosa
de esos astros que cruzan en torrente,
trabaja cual la gota persistente
que hace de un risco randa prodigiosa.

Habla como las hojas musicales,
sé puro cual las cumbres virginales,
perdona como el Sol cada mañana.

Y engendre nuevos hombres tu energía,
para que siga á Dios, que es la Armonía,
esta estupenda Procesión Humana.»

V

EL TRIUNFO DE LA FLAUTA

Veré triunfar la Flauta revivida
con notas hechas de cien mil idiomas,
y tras de Budhas, Cristos y Mahomas,
reaparecer la interceptada Vida.

Cual huye al revolar despavorida,
desgranada, una cinta de palomas,
huirá por mares, páramos y lomas,
en sublime temblor la bienvenida.

Y tornará la religión primera,
la de Dios, la del Sol, la duradera,
la instituida sobre Pan fecundo.

Y será una insensata maravilla
que hará clavar en tierra la rodilla,
¡ver que una Flauta es la que rija al mundo!

VI

LA HOSTIA FUTURA

Eso veré con ojos inmortales
que tu cincel abrió sobre el granito;
el rodar de los tiempos infinito
volcando y destruyendo pedestales.

Sobre cetros y frentes imperiales
lanzar la muerte su espantable grito,
y morir Evangelios, donde escrito
fué un loco sucederse de ideales.

Eso veré por tu cincel de oro,
la Vida toda cual inmenso foro
bañado por fantástica linterna.

¡Y como cáliz chorreando risa,
Pan alzaré como en perpetua Misa,
la Santa Forma de su Flauta eterna!



Al terminarse de imprimir este
libro, muere la madre de su autor,
Doña María Santos Gallardo.

MI MADRE

¡Madre del alma mía,
qué viejecita eres;
ya los ochenta inviernos
pesan sobre tus sienes!
Encorvadita marchas
y triste languideces;
triste, porque adivinas
cuál ha de ser tu suerte.
Ya es un harapo mustio
tu cuerpo floreciente;
ya son tus ojos cuencas
que luz apenas vierten;
ya son aquellas manos
de Sol, de rosa y nieve,
sarmientos retorcidos
que crujen al moverse.
Tu boca, que me ha dado
sus besos y sus preces,
es ya un desierto nido
donde el silencio duerme.
El seno en que he gozado
mis sueños de inocente,

es ya un sagrario frío
cerrado para siempre.
Tu cuello ya no es cuello,
tu frente ya no es frente;
¡madre de mis entrañas,
qué viejecita eres!

Con el terror inmenso
que tienes á la muerte,
sé lo que estás pensando
cuando dormir no puedes;
sé, aunque el secreto callas,
que sueñas con que viene
un enlutado entierro
lleno de muda gente,
y que asustada tiemblas
porque imaginas verte
bajo el prensado suelo
metida para siempre.

«Quiero, — me has dicho un día, —
cuando la vida deje,
que al lodazal no vayan
mis huesos á perderse.
¡Quién descansar pudiera
tendida dulcemente
de un soberano templo
bajo las naves fuertes,
y abierto mi sepulcro
por cima de la frente,
á Dios estar mirando
y al órgano solemne!»

Y yo que, cual tú, madre,
llevo el terror perenne

del día en que á la tierra
mi humilde cuerpo rueda,
nada expresé al oírte,
pero soñé con verte
dormir conmigo un día
el sueño de la muerte
en una blanca tumba
do fueran á romperse
los rayos de colores
del vidrio transparente;
así, bajo el sudario
de luces nuestras frentes,
al órgano veríamos
y á Dios eternamente.

Ojos que fueron flores
de luz tibia y celeste;
seno arrugado y triste
donde bebí la leche;
regazo enflaquecido
que á inmenso dolor mueve,
donde gocé mis sueños
de niño balbuciente;
infatigables manos
ligeras en mecirme,
piadosas en lavarme
y en castigarme leves;
labios que fuisteis rosas
para besar mis sienes,
y fuisteis canto y ritmo
para adormirme fieles;
madre que fuiste loba
al ir á defenderme,

y fuiste muda estatua
para velar mi fiebre;
madre que mis heridas
lamiste con deleite;
¡madre de mis amores,
qué viejecita eres!

¡Oh, Dios! ¿Qué daño hizo
mi viejecita débil
para que así en sus ojos
los manantiales seques;
para que así sus manos
en la impotencia dejes;
para que así le arranques
los sueños de la frente;
para que así su seno
paralizado quede;
para que así su boca
sin armonía suene?

Con sus palomas cruza,
con sus palomas viene,
con sus polluelos pasa,
con sus polluelos vuelve;
¿qué daño hace en el mundo
su espíritu inocente?
¡Madre de mis ensueños,
qué viejecita eres!

Si yo pudiera darte
la vida que no tienes;
vaciar mis arterias
en tus arterias leves;
volcar mi ardiente cráneo
sobre tu cráneo inerte;

cambiarte las entrañas
por mis entrañas fuertes;
mi corazón, que vibra
cual yunque resistente,
trocarlo por el tuyo,
que apenas si se mueve;
si yo pudiera darte
mis ojos con que vieses;
mi tacto, que amorosa
pasaras por mi frente;
mi olfato, que en perfumes
el alma te envolviese;
mi musical oído,
donde sonara siempre
de la Creación grandiosa
la música valiente;
si yo pudiera darte
calor que te encendiese,
mi cuerpo trocaría
en una antorcha ardiente,
en un incendio rojo
que con su luz te diese
la fuerza de mi carne
y el fuego de mi mente:
¡madre de mis entrañas,
qué viejecita eres!



VIEJECITA MIA...

Viejecita mía,
tantos son tus años,
que aunque en mí te fijas, ya no me recuerdas,
ya no haces memoria del que te ama tanto.
Quédanse tus ojos quietos en los míos
cual si pretendieras irlos descifrando,
y como dos ópalos, llenos de tristezas,
fijos, fijos, fijos, los tienes un rato;
y al no penetrarte de que es vida tuya,
tus mismas entrañas las que estás mirando,
de ira te revuelves y al rostro me arrojas,
como agudos vidrios rotos en pedazos,
cuanto corta y punza, cuanto rasga y hiende,
cuando encolerizas tu vocabulario;
y al sentir que llegan tus crujientes vidrios
á ponerme el alma de dolor sangrando,
y á dejarme el pecho tan lleno de heridas
como están las carnes de un Crucificado,
cual el que abatido mira á una extranjera
de un país lejano,
lloro, lloro, lloro, con pena tan honda,
con són tan amargo,
que por mis pupilas corren derretidos
mis huesos en negra corriente de llanto.

Con la vista inmóvil
te sigo mirando,

viendo que á tus ojos ya soy una sombra,
viendo que á tu vida ya soy un extraño,
¡yo que con mis manos tu cuerpo he vestido,
yo que con mis dedos tu pelo he trenzado,
yo que con mis brazos te acosté mil veces,
y que á cada día te entreabrí los párpados,
y que siempre he sido tu palio y tu cielo,
tu fanal, tu asilo, tu escudo, tu amparo!

Cojo tus dos hombros
casi enajenado,
y de tus tendones el haz sacudiendo
para despertarte de un sueño tan largo,
igual que dos llamas mis ojos febriles,
interno en tu vida tu sér alumbrando,
caldeo con ellos tu sangre caduca,
revivo tus huesos ya petrificados,
y te grito: «¡Madre, despierta, despierta,
soy yo quien te mira sin cruz y enclavado,
quien tiene tu frente gastada de besos,
quien tiene gastadas de besos tus manos!»
Y como el que agita la rama olorosa
para que eche flores, y luces, y pájaros,
aún más te sacudo, ya loco, ya loco,
ya desesperado;
y al ver que me miras como una extranjera
de un país lejano,
queriendo de pronto quitarme la vida,
cual si del loquero me hubiese escapado,
la cabeza que abrirme pretendo,
contra las paredes voy porraceando.



† 27 DE SEPTIEMBRE DE 1906

¡Mueres, madre mía!
morir también quiero;
¿para qué la vida sin estar contigo?
¡Sin estar contigo, la muerte deseo!
Al cerrar los ojos para contemplarte,
miro que un entierro
te lleva ondulando, te lleva ondulando,
cual la cinta muda de un largo hormiguero,
de un largo hormiguero que empieza en mi alma,
se aleja, se aleja, y acaba en lo Eterno.
Tú vas encerrada,
compañera mía, por cuatro maderos,
y de pie te miro, mientras en los aires,
como un adios blanco que nunca se acaba,
sacudo un pañuelo.
Camarada mío, no me olvides nunca,
no me olvides nunca, madre de mis besos;
como en una cuna duerme, niño mío,
hasta que yo pueda compartir tu sueño;
duerme, pobre madre, que junto á tu cuna,
que es de tierra santa, yo te estoy meciendo,
cantando una triste canción que sollozan
las cuerdas heridas de todos mis nervios.

Todo cuanto escucho
le parece á mi oído el estruendo
de las palas duras y trabajadoras
tu ataud llenando de cóncavo estrépito,
y al rodar de las piedras crujientes
de la caja torva por el lomo negro,
pienso que retumba tu asilo de tablas
cual si se quejara todo el Universo.

Un manto de tierra que cubre tu forma,
siendo tan escaso, me tapa los cielos,
me tapa los montes, me tapa los mares,
me tapa la lámpara del Sol sempiterno,
me tapa el ramaje de todos los mundos
como si Dios mismo quedárase ciego.
Una mudez honda traspasa la Vida
que crucificada pende del silencio;
la Locura viene con ojos de sombras
y una noche eterna cuaja sus cabellos.
Duerme, compañera de mis soledades,
duerme, que yo velo;
camarada mío, no me olvides nunca,
no me olvides nunca, madre de mis besos;
en tu cuna santa duerme, niño mío,
duerme, que á tu lado yo te estoy meciendo,
cantando una triste canción que sollozan
las cuerdas rasgadas de todos mis nervios.



ENCAJES DE LÁGRIMAS

A Victor Fernández Llera.

Si cerca de mi pecho pasieras tus oídos,
sintieses á mis lágrimas alzar lentos sonidos
allá en lo más recóndito de mi afligido sér:

son los cinceles fúnebres de gotas diminutas
que forman cual las lágrimas que ruedan de las grutas,
relieves y columnas que cuaja el padecer.

Y como ya no salen en ritmos triunfadores
de mi angustiado pecho los versos de esplendores
para vestir temblando la página ideal,

mi corazón llenóse de arcadas infinitas,
retablos y cruceros de mil estalactitas,
como un templo doliente de llanto hecho cristal.

Tan sólo oirás, si escuchas, las lágrimas que oran,
las gotas lacerantes que esculpen y perforan,
los golpes que implacables prosiguen su labor;

y están cien mil buriles como un perenne canto,
¡bordando á mis ensueños su túnica de llanto!,
¡bordándole á mi vida su velo de dolor!





TROMPETAS DE ÓRGANO

No es el órgano grave que retumba en el templo
el que hiere mi mano recorriendo sus flautas
arrancando á torrentes del marfil polifónico
los grandiosos sonidos que sublimes se alargan.
Es un órgano humano cuyas teclas de carne
con mis manos oprimo, con mis manos crispadas,
y que tiende gigante tantas áureas trompetas
como tiene en su fondo sentimientos el alma.
Tiene un tubo las voces de las frentes que luchan,
otro tiene tremendos anatemas de llamas,
otro tiene arrebatos de justicia y de cólera
y otro tiene los himnos del amor á la Patria.
Hay un tubo que canta la adorable alegría,
otro tubo divino donde está la esperanza,
otro tubo solemne donde están los dolores
y otro tubo diabólico donde ríe la gracia.
Una trompa es de pena, y otra trompa es de júbilo,
una tiéndese idílica, y otra alárgase trágica,
y otra suena rotunda como són de torrentes
y otra zumba espantable con fragor de batallas.
Es su templo sin límites, la rotonda del cielo;
es el Ara en que oficia, la Natura sagrada;
es su Cáliz, la sangre combatida del hombre,
y es el Sol la Hostia eterna que en su altar se levanta.



EL CÁLIZ Y EL POETA

En un cáliz gentil de forma grata
como por un relámpago bruñido,
con leve golpe desperté un sonido
como una larga vibración de plata.

Aún á través del tiempo se dilata
aquel eco del cáliz en mi oído,
como el temblor de un instrumento herido
á lo lejos en dulce serenata.

Un poeta es un cáliz que flamea
donde levanta, al golpear, la idea
un lamento dulcísimo y sonoro.

Y á través de los siglos caminando,
aquel eco del cáliz va rodando
como una larga vibración de oro.



LA HONDA




El verso es honda de lanzar la idea;
dejadla en los ramales sostenida,
y, al tirarla, tras rápida mecida,
rasgado el viento por su luz se vea.

Honda es el verso; fuerte balancea
del cerebro la piedra enrojecida,
y á los futuros siglos impelida,
caminando veloz relampaguea.

Honda es el verso que la idea lanza
donde otra forma de expresión no alcanza;
las tuyas vierte así, vate severo:

¡Que aún zumban al pasar por nuestra frente,
las que arrojó con honda resistente
el brazo enorme del hercúleo Homero!



Los evangelios de las cigarras.

Nació Lucio Anneo Séneca en Córdoba el año 3 de la Era Cristiana. Desde muy joven, siendo lumbrera de Roma, presentía el Espíritu Divino.

Proféticas cigarras de Palestina,
intuitivas cigarras de la Judea,
que en Siria predigisteis con voz divina
el venir del Maestro de Galilea:

Sois trompetas de fuego formando coro,
germinadoras lenguas de viva llama,
evangelistas líricos de élitros de oro
que de Jesús eterno narráis la fama.

De un órgano dotado de pensamiento
sois la errante y dispersa trompetería
que, lanzada á los cuatro puntos del viento,
entona al Nazareno su letanía.

Sois flautas ardorosas del Sol lanzadas,
del Sol que os dió sus notas y su hermosura

y puso á Cristo ardiente líneas doradas
al sacarlo del bloque de un ascua pura.

Sois las predicadoras de origen griego
que, en púlpitos de flores meridionales,
peroráis el poema del Dios de fuego
cuyas frases de elixir son inmortales.

Del hombre incandescente sois las cantoras
que le entonáis orquesta de ígneas escalas,
abriendo á sus retinas traspasadoras
las hojas de misales de vuestras alas.

Aún vosotras sois eco caliginoso
de su voz, toda brasas, amor y esencia,
que fundió el viejo mundo, torpe y leproso,
en el troquel robusto de otra existencia.

Sus palabras de lumbre fueron crisoles
donde hirvieron escorias de otras edades
que sus labios volvieron chispas de soles
y oceanos inmensos de claridades.

Vosotras sois, cigarras inspiradoras,
las fogosas trompetas del Nazareno
que á través de los siglos vais vibradoras
como flechas sonantes de un largo trueno.

Aún del Jordán volando sobre el abismo,
del precursor sublime, de Juan profundo,

cantáis la concha excelsa, con que el bautismo
hizo, al par que de Cristo, de un nuevo mundo.

Aún sobre los olivos de gris corona
que en el Huerto sagrado la brisa orea,
vuestra voz penetrante su salmo entona
al Profesor grandioso de Galilea.

Aún del monte que finge cráneo irrisorio
sobre las rocas duras y calcinadas,
trocáis las rojas siestas en velatorio
y lloráis vuestras largas notas doradas.

Y aún en mental Pretorio sonando austeras,
vuestra voz, que es un vivo hierro candente,
grabáis, taladradoras y justicieras,
del inmundo Pilatos sobre la frente.

Pero si las de Siria sois celestiales
cigarras que anunciásteis lo no previsto,
las de Córdoba augusta son inmortales,
pues cantaron á Séneca, que fué otro Cristo.

Él, antes que el Maestro de los dolores,
sintió á Dios en su pecho de iluminado;
miró como á un espejo sus interiores,
y al Rey del Universo vió dibujado.

Era á Dios en su seno lo que veía,
Dios grande y luminoso como una aurora,

que inmenso derramaba fuego y poesía
y una luz de semillas germinadora.

Se palpó las entrañas el gran latino,
notó al Sér que en prodigios lo fecundaba,
y se volvió el filósofo vate divino
que al mundo el gran milagro comunicaba.

Era Dios de mirada sublime y tierna
lo que miró en su pecho divinizado:
Dios, el canon, el ritmo, la norma eterna,
el ramaje infinito de lo creado.

La Tierra se bañaba de un Sol no visto
que dió á las almas nuevas germinaciones;
el profético Séneca fué antes que Cristo
quien primero alzó al cielo los corazones.

De lo que siente, narra la maravilla;
su estilo es un sublime tartamudeo;
el germen que más tarde fué la semilla
que en flor trocó la frente del Galileo.

Volaron sus palabras por occidente
cual reguero de luces desparramado,
y los hombres sintieron arder su frente
de Dios con el misterio deletreado.

Miraron de sus senos en la hermosura
como en fuente que virgen corre entre cañas,

y hallaron del Dios justo la inmensa hechura
palpitando en el fondo de sus entrañas.

¡Oh, Séneca; oh, Sibila de las edades!
¡Oh, Cristo anticipado de faz divina!
Tus cigarras, vestidas de claridades,
te cantan como al Mago de Palestina.

Aunque no en tus altares el hombre gime
ni cuelga de tus templos telas bizarras,
las que en Siria cantaron con voz sublime
aprendieron sus notas de tus cigarras.

Cigarras andaluzas son tus cantoras,
cigarras cordobesas plenas de fuego,
que narran tu martirio, declamadoras,
con notas que parecen de un himno griego.

Aún paradas al borde de las chumberas,
en las pitas ardientes y naranjales,
al viento caluroso dan lastimeras
sus músicas, cantando tus funerales.

Aún en las ebrias viñas sonando á coro
panales de armonía van dibujando,
y en los huecos que forman las celdas de oro
tu nombre, que es miel rubia, van destilando.

Aún cantan los dolores de tu martirio
con nota interminable y acongojada,

á la llaga prendidas de un leve lirio
ó dentro de su triste copa morada.

Y también recorriendo los olivares,
lo mismo que en el Huerto de la Judea,
lanzan sus ardorosos largos cantares
cual cuenta-notas de oro que Sol gotea.

Los claveles las mecen en sus borlones
cual ascuas musicales que enciende el día,
y los sauces cunean sus rojos sonos
como péndulos tristes de la armonía.

Cantad, bravas cigarras, su muerte austera,
no en la Cruz suspendido sobre el Calvario,
sino dentro del jaspe de la bañera
formando con su sangre rojo sudario.

Al andaluz Mesías cantad llorosas
con la voz destemplada de la elegía,
y arrojad sobre el baño mundos de rosas
de las más encarnadas de Andalucía.

Y así que la bañera llenéis de flores,
rojas como la sangre del Dios divino,
rodeadle la frente de resplandores
¡y hechas corona rítmica, trenzad el trino!



GRITO DE MISERICORDIA

Vacilante y débil
como arista vana
que en otoño los vientos sacuden
en los círculos mil de su danza;
de tu larga vida
te miro al extremo marchar con tu carga,
y yo, joven, no puedo aliviarte
del cansancio que dobla tu espalda.

A tus nobles ojos
de dulce mirada,
ya se asoman los visos del ópalo
que caducas tristezas delatan.
Resignada miras
tu luz que se apaga,
y me dices con tono de niño
«Ya poco me falta;
quizás cuando lleguen
del invierno las frías nevadas,
bajarán á posarse en mi fosa
los copos que labren mi fría mortaja.»

Yo no sé en mis entrañas qué siento
cuando escucho esas tristes palabras,

y observo que oscila
cual trémula llama
el espíritu débil que tiembla
en tu sér como agónica lámpara.

Si ardiese mi sangre
y lumbre brotara
de mis huesos al fuego arrojados
como leña al furor de las ascuas,
de mi carne viva
las fibras quemara
para hacer una hoguera que diese
calor á tu cuerpo y vida á tu alma.

¿Qué logró tu anhelo
tras vida tan larga?
Tu hogar amoroso
quedó sin compañía;
dispersaron tus hijos el vuelo
cual libre bandada,
y quedóse en tu noche perenne
redoblando tus miseras ansias,
tu recuerdo, que horada tu vida
como isócrona gota de agua.

No llores, no llores,
que me oprimen el pecho tus lágrimas;
tú no irás cual mendigo á la puerta
en que da la bondad una gracia.

Mi mesa es humilde,
sencilla es mi casa;

pero en ella la luz de los cielos,
juventud y cariño no faltan.

Me verás de noche
en mis mudas y solas veladas
componer las poesías que, ansiosa,
deletrea tu vista cansada.

La vejez no duerme,
y oírla me encanta;
me dirás cien historias sabrosas
de duendes y hadas,
y en el ritmo vibrante y preciso
que la idea condensa en palabras,
les daré con la rima sonora
las plumas de oro que formen sus alas.

Como el pájaro cuelga su nido
de viga cascada
que del techo las piedras sostiene,
yo pondré la poesía en tus canas;
y, quizás, como el tronco recuerda
que, verde, las aves sostuvo en sus ramas,
sentirás de tus frescos abriles
los sueños que vuelven de nuevo á tu alma.



LOS BEBEDORES DE LUZ

Grupo de Querol: dos Pegasos, con el Genio y la Inspiración montados en las alas.

Con su cincel divino, con su cincel valiente,
llamando á la blancura del mármol floreciente
la inspiración creadora del inclito Querol,
desvaneció la piedra su sueño milenario,
y dijo:—«¡Manda, ordena, sublime visionario;
tu voz entra en mi seno como un río de sol.»

Por ti resucitada, herida, canto ó lloro,
según el vario ritmo de tu cincel de oro,
que ungido por la mano del Hacedor está;
ungido por la mano del que los soles creá,
cuya palabra es polen y ovario que procrea,
de la que, igual que un péndulo, colgado el mundo va.»

«Rasga mi virgen seno de casta prometida,
y en mi matriz sagrada que espera estremecida
derrama de tu numen las flores de laurel;
y del martillo fértil al inspirado choque,
según tu voz me inspire, será mi sacro bloque
Pegaso, Rey, Mendigo, Arcángel ó Luzbel.»

Querol da con su mano de cíclope potente,
y el mármol se transforma lanzando de repente
dos híbridos Pegasos de vida original;

relinchan conmoviendo del cielo las escalas,
mientras que audaces montan sobre sus grandes alas
la Inspiración y el Genio de un brinco colosal.

Cabalgan. Van hollando lo azul de lo infinito;
absorben Sol latente sus labios de granito
igual que absorbe el agua prolífico arcaduz:

son las rientes fábulas del viejo mundo griego,
los bebedores ávidos del inspirado fuego,
los bebedores líricos de la increada luz.

Á renovar el mundo y á florecer la vida,
dejándola en amores y en gracias encendida,
los manda el estro olímpico del épico escultor:

la Grecia es risa y juego, canción y vida nueva,
y en las grandiosas alas de sus Pegasos, lleva
el reencarnante incendio del brío y del amor.

Los dos brutos alados semejan á dos fuentes;
sus ojos son dos chorros de elixires vivientes,
sus colas son penachos de hirviente chispear,

de excelsos arcos reales su frente surge enhiesta,
sus cascos son rotundos platillos de una orquesta,
y es caracol de fuego su ardiente relinchar.

Sembrando van la vida los cascos vigorosos
dentro de un ritmo enérgico moviéndose briosos,
que va frentes y espíritus llenando de placer:

son ocho los platillos que chocan en la Tierra,

como las trompas bárbaras de un gran himno de guerra
que el mundo desbordaran de fuerza y de poder.

Y en tanto que la Tierra se colma de energía,
la Inspiración y el Genio derraman la poesía
vertiendo sus dos frentes cual copas de cristal;

y de ellas brota el canto, la danza, la pureza,
la luz de lo inefable, la gloria y la belleza,
y cuanto impulsa al hombre á alzarse á lo ideal.

Derraman á su paso puñados de pinceles,
derraman mil regueros de trémulos cinceles
y líricos pentágramas donde prender el són;
y arrancan de las crines cual rítmico tesoro
para la excelsa lira las siete cuerdas de oro
y arrójanla del cielo lanzando una canción.

Cantando baja y vierte sublime melodía;
de gozo tiembla el mundo bañado en su armonía
como predicha en sueños por inspirado Augur;
las almas se coronan de alientos sobrehumanos,
y viene la áurea lira á dar entre las manos
del vate que la espera mirando hacia lo azur.

Todo revive y tiembla; estrena el mar, canciones;
las frentes, pensamientos; ardor, los corazones;
dalmáticas, los árboles; mil prismas, el color;
un seno hecho de llamas estrenan los claveles,
y en torno á Dios revuelan los astros en tropeles
cual vals de mariposas en torno del Amor.

Mas ya los dos Pegasos, como una doble aurora
que resucita el mundo, su marcha triunfadora

detienen en España, parando su volar,
y en la nación radiante del cielo cristalino
se quedan extasiados mirando el Sol divino,
la gracia, la alegría, la tierra, el aire, el mar.

Miradlos: les da asiento palacio esplendoroso;
les desplegó las alas Querol maravilloso,
Querol, en cuyo pecho Dios mirase al trasluz:
él cinceló los mitos del viejo mundo griego,
los bebedores ávidos del inspirado fuego,
los sembradores líricos de la increada luz.

Salud, Maestro olímpico; bien hayan tus cinceles
que al modelar los Dioses que montan tus corceles
y la sublime Gloria que alzaste entre los dos,
les puso hacia los cielos las caras de granito,
¡para que el hombre eleve la frente á lo infinito,
á la hermosura el alma, y la mirada á Dios!



FRAGMENTO DE UNA CARTA

Mi queridísimo Querol: La casualidad me trae a este rincón de España, donde vivo á solas con el mar, un pedazo de papel con la noticia de que ha obtenido usted el premio de honor en ese Certamen. ¡Ya puede usted calcularse mi alegría! La pluma ROMPE Á HABLAR EN VERSOS, ELLA SOLA, en versos LIBRES.

Cual Paliclete armónico; expresivo
como Escopas dramático; pujante
como Apolonio el del membrudo torso
labrado en mármol inmortal; ligero
como el divino Praxiteles, suma
de la gracia, el amor y la alegría;
inmenso como el gran panatenaico
del alto Parthenón; fuerte y sublime
como el tosco grandor de Miguel Angel;
audaz como Myron el del discóbolo,
prodigio de elegancia; prepotente
como el genio estupendo que dió vida
al mármol triunfador de Samotracia,
tú lo eres todo, y juntas en tus manos
los cinceles de todos los maestros,

como un rey que juntase en haz grandioso
todos los áureos cetros de la Tierra.
Como un rodar de témpanos sublimes
hechos estatuas sorprendentes, saltan
de tus manos de Dios, ríos de mármoles
que ornan palacios, templos, catacumbas,
vías y plazas, que de luz coronas;
y á cada golpe que tu ardor desata
en el duro blancor, palpita un ángel,
ó de Tullia fulmina el entrecejo
una centella olímpica, ó llamean
los ojos del sublime San Francisco,
ó se abre al Sol el ala de un Pegaso
que lleva encima de inmortal jinete,
ó da un grito la estatua de Gerona
como un cuchillo que los siglos rasga,
ó alza Quevedo la prismada frente
cual diamante tallado, donde tiemblan
millares de talentos, encendidos
en solo un vasto cráneo de coloso.
Ruedan, desde tu mano, Vates, Reyes,
Políticos, Arcángeles, Sibilas,
Santos, Sátiros, Genios, Patriarcas,
todo un río de estatuas prodigioso,
que evocas, al llamar con los cinceles
á la cantera, en sueño sumergida,
y que á tu canto de hércules despierta,
volviéndose un ejército de Dioses,
de Musas, de Tribunos, de Magnates,

de Apóstoles, de Sabios, de Profetas,
y, caminando tras de tí, te forman
una escolta triunfal, que no tuvieron
ni Alejandro, ni Augustos, ni Nerones...

.....

*Y etcétera, etc., etc., mi querido Querol; porque
ahora, con la alegría que me causa este gran triunfo
de usted, sería capaz mi pluma de estar cien horas
arrojando versos libres, ó con rimas, como agua una
canal maestra.*



LOS CLAVELES REVENTONES

A la murciana hermosísima Elisa Revenga.

¡Qué claveles tan vivos; son llamaradas!
Son cual de una tragedia rojos chispazos,
claveles semejantes á lumbraradas,
claveles que parecen pistoletazos.

Cuando al suelo de España, que no se agota,
llama abril con el mazo de sus pinceles,
se rompen sus arterias, la sangre brota,
y se cuaja en rotundos y amplios claveles.

Y viendo que sus senos en luz se inflaman
ungiéndose de aromas y de hermosuras,
triunfales en el viento se desparraman
desgarrando en jirones sus vestiduras.

Son pétalos plegados en el capullo
que en el cerco no caben que los encierra,
y en el tallo revientan de inmenso orgullo
y en un fuego de gloria cubren la tierra.

Porque son arrancados de tus vergeles
y tienen vestidura regia y bizarra,
te mando ese brazado de ígneos claveles
atados con las cuerdas de una guitarra.

Cuélgalos de tus rizos como un tesoro,
y trame la bandera de España un juego
hecho con tus cabellos que son de oro
y hecho con los claveles que son de fuego.

Y de tu frente ornando la rubia cima,
donde tiemblan reflejos de luz extraña,
estará la bandera clavada encima
de la más alta gloria que tiene España.

Son cual gritos de triunfo de una victoria;
son discos exaltados de rojas frentes;
son deslumbrante arenga de fuego y gloria,
dicha por unos labios de hojas ardientes.

Son pebeteros rojos de los sentidos,
escudos que despiden rojizas flamas,
las ascuas de incensarios estremecidos
y de un *champán* de pétalos, copas de llamas.

Puestos como crestones de luz del día
sobre el blanco prodigio de tu escultura,
parecerás la Imagen de la Alegría,
parecerás la Diosa de la Hermosura.

Alzados en tu mano deslumbradora
en el ambiente pleno de luz y brío,

tu belleza triunfante será la aurora
que en alto puesto el cáliz vierte el rocío.

Muéstralos en tu frente de regios trazos
como lumbres que arrojan los yunques fieros,
y fingirás envuelta por los chispazos
la musa noble y grande de los herreros.

Pónlos sobre tu pecho, que es urna santa,
con tus dedos que fingen alas discretas,
y serás como un ángel que vela y canta
el sueño misterioso de los poetas.

Alza su copa llena de luz divina
que el redondel parece de una amapola;
hazte un velo con ellos, serás ondina;
pónlos en tu mantilla, serás manola.

Como quien toma un cáliz que esencia exhala,
llévalos á tu boca que es de camelia;
bésalos suspirando, serás Atala;
bésalos con locura, serás Ofelia.

Pues con unos claveles como divisa,
en ti está cuanto en famas el mundo llena,
Julieta, Cleopatra, Safo, Eloísa,
Laura, Beatriz, Hipatia, Ninón, Helena...


.....
.....



RÍO DE ESPÍRITUS



Al meritísimo literato Jurado de la Parra.



Del confuso escenario de mi mente
donde accionó tanta figura humana
ya se van disipando como un sueño
los bastidores de floridas ramas,
los estrados lujosos y rientes,
los galanes de letra enamorada,
las mujeres de mágicos contornos,
las fiestas, el reir, las serenatas,
y el pandemonium de la vida entera
con todas sus movibles contradanzas.
Novias hechas con ráfagas del humo;
virgenes de neblinas desgarradas;
amigos de espirales vagorosas
que con sus ondas el cigarro traza;
mujeres de moléculas movibles
cuyas facciones al borrarse bailan;
caballeros formados por la bruma
que en hebras de vapor se deshilachan;

niños como unas rosas de destellos
que fulguran, se cierran y se apagan;
desposadas de niebla que se esfuman
tras su velo gentil de musa blanca;
todos en muda procesión se alejan,
mezclan sus brumas que indecisas andan
y por el fondo negro de mi vida
como río de espíritus resbalan.
¿Nos conocimos en dorada fiesta,
tú, pura virgen, que doliente marchas
y me tiendes la mano temblorosa,
envuelta en ondas de neblina vaga?
¿Nos juramos, quizás, amor divino
junto al teclado de marfil que canta,
ó al eco del violin, que resucita
los muertos mismos y á vivir los llama?
No puedo recordarte, noble virgen;
culpa á lo frágil de la esencia humana,
¡que cuando juzga que eterniza, copia
lirios tan sólo en el temblor del agua!
Y tú, vate sublime, que me miras
con la intensa pupila encandilada
como leyendo en intuición futura
lo que otros ojos á leer no alcanzan:
¿nos conocimos en velada de oro,
donde el ritmo triunfal de la palabra
cuajó en estrofas de cristal perenne
tu pensamiento entre explosión de llamas?
Quisiera recordar tus armonías

para en tu honor altísimo entonarlas,
mientras vas á la sombra, alta la frente
igual que el vivo redondel de un ascua.
¿En dónde, rubio niño, que me ríes
y de tu frente luminosa lanzas
el incendio de rizos que te envuelve
y abres en dos para sacar la cara;
en dónde, niño rubio, en qué momento
ungí mis labios al besar tu nácar?
¿Fué en un campo de Sol donde corrías?
¿Fué en una fiesta donde tú triunfabas?
¿En tu hogar? ¿En el templo? ¿Entre jardines?
¿En tu cuna? ¿En mis brazos? ¿Ante un ara?
No recuerdo tu faz, niño de oro;
¿quién recuerda las flores aún cerradas,
si tal mudan las rosas, que son muchas,
nada al morir el Sol, rosas al alba!
Tísica de las cálidas mejillas
como dos áureos discos de naranjas
y el seno como vaso trasluciente
que una luz cadavérica derrama:
¿te dije alguna vez, por sentimiento,
que eran tus ígneos pómulos dos ascuas,
ó intensas amapolas congestivas,
ó carminosas luces de bengala?
Agradecida acaso te despidas
dilatando en mi sér una mirada
triste como un crepúsculo de invierno
ó un largo són monótono de lágrimas.

Adiós, pálida imagen que te alejas
como luz de Calvario que se apaga,
arlequinescamente colorida...
carnavalescamente arrebolada...
Viejecito que miras, ya rizado
por el temblor de la vejez exhausta,
que llevas la tristeza de los ópalos
sobre tus ojos de órbitas opacas:
¿dónde nos conocimos, triste viejo,
que desde lejos con amor me llamas?
Mi hombro te espera; apoya en su cariño
los largos dedos de tu mano escuálida.
De la salud radiante de mi vida
¿quién á tus lacias venas trasmigrara
los chasquidos valientes con que el ritmo
en lo interior de mis arterias canta!
Déjame que en un círculo de besos
circunde tu cabeza delicada,
como quien pone un cerco de capullos
en derredor de un búcaro con agua;
á ver si por suceso milagroso,
al renacer tu juventud dorada,
tus dos sienes rientes se coronan
con un cordón de rosas que se abran.
Esbozos de mujeres que marcháis
en ronda cadavérica y macabra;
contornos misteriosos de unas gentes
que van pasando en confusión extraña;
perfiles de unas vidas que á mis sueños

he creído mirar que se asomaban;
líneas de frentes; trémulos apuntes
de siluetas caóticas que marchan;
¿dónde vais? ¿Quiénes sois? ¿Vais á lo ignoto?
Sois sombríos espíritus que pasan,
que provienen de Dios y en Dios se encienden;
y van rodando á Dios y en Dios se apagan.
Niágara turbulento de la vida,
Niágara misterioso de las almas;
llega al tajo profundo de las sombras,
¡encorva el arco y á lo eterno salta!



EL ACENTO EN LA POESÍA

La estrofa es un grupo de acordes triunfales,
un haz de equilibrios y justas cadencias,
que llevan, en hombros de alturas iguales,
la idea hecha ritmos, colores y esencias.

Si un hombro es más bajo ó escala más cielo,
si un brazo es más corto, si un pie se desvía,
la idea y las andas se vienen al suelo
por falta de ajuste, de unión y armonía.

La estrofa es el cuerpo de un puente colgante,
de cimbras iguales y trama valiente;
el tren es la idea que cruza arrogante;
si salta una cimbra, va el tren al torrente.

La estrofa es culebra de escamas sutiles,
que el ritmo las suma cual notas abstractas;
su andar determinan las rimas á miles
y cien equilibrios de cifras exactas.

La estrofa es un pájaro de cuatro puntales,
dos pies y dos alas, la tierra y el viento;
no corre, si avanza con pies desiguales;
no vuela, si un ala perdió el movimiento.

La estrofa es un rico collar filarmónico;
si al no ser iguales sus perlas es raro,
ni el collar es bello, ni acorde, ni armónico,
ni noble, ni rítmico, ni puro, ni claro.

La estrofa es hilera de dientes melódica;
si al no ser iguales sus puntos es rara,
ni la boca es bella, ni acorde, ni armónica,
ni noble, ni rítmica, ni pura, ni clara.

La estrofa es caballo de remos iguales
que marchan tocando gentil melodía,
mas dejan los cascos de ser musicales
si alguno, al romperse, perdió la armonía.

La estrofa es libélula de cuatro alas puras
con cuerpo vestido de tintas y galas;
si dos son más débiles y dos son más duras,
por falta de ritmo se anulan las alas.

La estrofa es un barco con cuatro remeros
que en mar de armonías sinfónico boga;
si dos son pesados y dos son ligeros,
el lírico esquife naufraga y se ahoga.

La estrofa es litera de nácar y oro
que en cuatro asideros á cuatro hombres trae;
si no andan los cuatro con ritmo sonoro,
el rey que va en ella vacila y se cae.

La estrofa es un hombre de armónicos trazos;
compás es su pulso, su sangre su aliento;

su andar es un ritmo moviendo los brazos;
sus ojos son doble ritmado portento.

Quien oiga la música de Dios, que la aprenda;
quien sepa sus leyes, estrofas conciba;
quien beba sus llamas, en fuego se encienda;
quien sienta sus ritmos, que cante y que escriba.

Pero como escriben con grupos de hojas
los mil organismos de plantas y flores;
una estrofa armónica de cien rimas rojas
es cada camelia de puleros colores.

Un haz florecido de iguales acentos,
de versos iguales, de rimas perfectas,
hay en cada rosa que se abre á los vientos,
hay en cada lirio de tintas selectas.

Un clavel de llamas es una poesía,
una unión de pétalos, un ritmo acordado;
ni un acento rompe su gran melodía,
¡pues son los acentos de origen sagrado!

Miles rimas tiene cada hortensia noble,
con las que enriquece salas y jardines;
dobles rimas tiene cada nardo doble,
seis rimas de nácar tienen los jazmines.

Y desde principios del mundo enseñando
vienen esas flores sus rimas al viento,
siempre con los mismos pétalos cantando
la inmortal y eterna gloria del acento.

Es un ara pura cada flor ó estrofa
donde Dios se eleva trocado en poesía,
y quien hace, innoble, del acento mofa,
¡á Dios no comulga, que es pan y armonía!

Tal vez un poeta sin acentos canta
lentos alma y ojos de mortal ceguera;
ese no es el hijo de la Madre Santa,
¡ese es el engendro de la vil ramera!

Que desde principios del mundo enseñando
viene cuanto vive su compás al viento,
¡siempre con los mismos pétalos cantando
la inmortal y eterna gloria del acento!



A MI MADRE



Ya el collar de tus años es milagroso;
ya ochenta y tres inviernos tiene engarzados;
¡y aún tu mata de pelo, largo y lustroso,
finge un manto de bucles amotinados!

Tu cuerpo es de una rara piedra preciosa
que Dios tiene con besos embalsamada,
y es tu sangre una fuente maravillosa
que corre por tus venas divinizada.

Tus pies incorruptibles son dos cristales;
tus dedos son de un mármol desconocido,
y tu voz tiene notas tan musicales
que tus labios parecen bordes de un nido.

Una rosa perenne finge tu boca,
rosa que con su gracia Dios la ilumina,
y es tu pecho un sagrado cristal de roca,
tabernáculo puro y ara divina.

Tus ojos son sagrarios sin mancha alguna
donde dan guardia bella cual lanzas reales
tus pestañas completas sin faltar una,
todas combas, sutiles, largas é iguales.

Un fanal invisible guarda tu vida,
en ti la torva muerte rompe su flecha;
de un singular ungüento vives ungida,
de un sagrado alabastro pareces hecha.

Miles de arrugas surcan tu cuerpo santo,
mas yo que no las tienes se me figura,
y, cual si joven fueras, elevo un canto
á la inmortal esencia de tu hermosura.

Y esa esencia inmarchita que te mantiene
no es que yo en mi arretrato me la imagino;
¡como un prodigio humano, tu cuerpo tiene
algo eterno impregnado de algo divino!

¿De qué gomas tempranas y cristalinas,
de qué flores de almendro primaverales
están hechos los vidrios de tus retinas
que á la faz de la muerte miran triunfales?

Aún no eres, madre amada, raro vestigio;
aún es arco de gloria tu frente ufana;
desde cerca del alto crestón de un siglo
ves á tus pies romperse la vida humana.

Ves sus odios y afanes en larga guerra
fija en tus pies seguros como diamantes,
como cumbre asombrosa que ve la tierra
coronada de rayos como turbantes.

Madre inmortal y egregia, madre amorosa;
yo canto tus divinos dones extraños,

cual quien canta á la biblia maravillosa
ó á un vino prodigioso de cien mil años.

Para ensalzarte tengo magnas trompetas
que á mi lira le forman escalinatas,
donde hay cantos grandiosos de los profetas
y estrépitos sublimes de cataratas.

De ti mi cuerpo es lira, que en tu homenaje,
en carne viva tiembla cual instrumento,
haciendo de mis nervios viril cordaje
que llora y se retuerce de sentimiento.

¿Por quién mejor mis venas retorcería
cuando por mí la vida tú te has quitado,
y ternura, esperanza, leche y poesía
á beber en tus senos de amor me has dado?

Más quiero tus palabras de mansa lumbre,
que en tus labios de anciana son celestiales,
que mirar á los hombres desde la cumbre
con las sienes ceñidas de palmas reales.

Con tu amor, en lo puro cristalizado,
fuiste lección viviente que ardió en mi seno,
fuiste virtud constante que me hizo honrado,
fuiste lengua sublime que me hizo bueno.

No has de morir; tus líneas idolatradas
yo encerraré en estrofas de urdimbre fuerte;
¡con versos más pujantes que las espadas
disputaré tu imagen hasta á la muerte!

Vivirás firme vida, por noble y pura,
en renglones latentes y musicales,
y serán mis estrofas tu sepultura,
¡una tumba de ritmos hechos cristales!

Tu lirico sepulcro de verso y lloro
sostendré en diez columnas que hará mi estilo,
con diamante, ónix, pórfido, turquesa y oro,
carbúnculo, ágata, jaspe, sardio y berilo.

Y en tu faz, por cancela, pondré un sudario,
un tul hecho de luces, radiante y terso,
¡y tendrá tantas tintas como un muestrario
con todos los colores del Universo!

Mas te estoy angustiendo y es Nochebuena;
ríe tú, paraíso del alma mía;
¡yo lloraré muy lejos de ti mi pena
hasta dorar la pascua la luz del día!



EL PUENTE COLGANTE

Fué en sueños. Era un puente magnífico y colgante, que sobre el haz amplísimo del agua hecha serpientes, tendía en línea inmensa su comba emocionante hecha con cuerdas bárbaras de hierros resistentes.

Suspensas en los aires, tramaban vigorosas con firmes barandales, y cruces, y tejidos, el gran columpio trágico de bases poderosas, á las que en mil cadenas quedábase prendido.

Haciéndose jirones, el viento atravesaba las láminas del hierro prendidas en encaje, y el puente, ó arpa, ó lira, rotundo preludiaba un canto prodigioso de un impetu salvaje.

Por medio de pagodas, palacios, templos, vías, abríase en dos márgenes el gran río sonoro, formando dos ciudades de agudas cresterías que el Sol empavonaba cual dos ciudades de oro.

Volvían los ejércitos trayendo en las espadas chispazos victoriosos y luces altaneras,

insignias con laureles de triunfo coronadas
y un haz grandioso y libre de ingravidas banderas.

Llenaban los espacios las bandas que tejían
con notas de entusiasmo motivos militares,
y en regios miradores, flotando, parecían
los miles de pañuelos hervores de los mares.

Entraban en el puente garridos batallones,
bizarras compañías, compactos regimientos,
y la tremenda comba de férreos eslabones
cual mecedor de ciclopes cimbrábase en los vientos.

Y aquella hamaca horrisona de tramos vigorosos,
todo un glorioso ejército de punta á punta alzaba,
y como en cuna enorme ó en lecho de colosos,
cien mil hombres á un tiempo prendía y columpiaba.

Cual una gran serpiente, abajo el torvo río
la presa del ejército miraba resbalando,
como una aciaga boa de inmenso poderío
que bajo el Sol se extiende la víctima acechando.

Pasaban las banderas del plomo desgarradas,
los trajes hechos trizas, bollados los cañones,
las caras y las manos de rojo ensangrentadas,
las bocas denegridas por ciegas maldiciones.

Ahitos de saqueo, ya un templo profanaron,
ya de impecables vírgenes hirieron el decoro,
de ancianos y de niños los cuellos cercenaron,
y el himno de la muerte sonó cual ebrio coro.

Pasaban entre vivas y ráfagas de gloria,
borrachos de ignominias como un tropel de males,
¡porque eso es un ejército que alumbra la victoria,
una infinita cuerda de atroces criminales!

Y sobre aquel desfile de bestias embriagadas
con sangre del vencido, caían á torrentes
laureles y palomas de plumas no manchadas;
para las armas, rosas, y luz, para las frentes.

¡Cuándo alzará un patíbulo tu mano justiciera
¡oh, Dios! tan grande y amplio que en él penetre á mares
todo un triunfal ejército que estrangulado muera
en un dogal que abarque los cuellos por millares!

El torvo río acecha cual boa al Sol tendida,
como serpiente enorme de anillos fabulosos,
mientras la hamaca inmensa se comba sacudida
por el tropel de invictos soldados victoriosos.

Verdoso eriza el río sus trémulas escamas,
se anilla y desenrosca lo mismo que en un juego,
y desencaja horrible su gran ojo de llamas
que el Sol finge en su fondo como un disco de fuego.

De pronto, cruje el recio columpio en las alturas,
se rompe la gran comba de láminas fatales,
y entre el zumbido inmenso de un mundo de locuras,
saltan, rasgando el cielo, los férreos barandales.

Y la balumba ciega de espantos y de horrores
baja á la Boa bíblica que la sepulta horrenda,

en tanto puñalean los vientos los clamores
y el suelo cruje y zumba con la emoción tremenda.

.....

¡Oh, río de venganzas, que truecas las fortunas;
ahoga los ejércitos triunfantes y vencidos,
forma de las espadas ruedas para las cunas,
saca de los cañones calor para los nidos!

Cruza de las Naciones las rígidas barreras
en el zigzag sublime que entre los hombres trazas,
y escupe, arrolla y rompe los miles de banderas
que son deshonra y reto que arrójanse las razas.



LA COFRADÍA DEL SILENCIO

EN SEVILLA

Por la calle lejana, pausado
viene el Nazareno,
la frente abatida, la cruz á la espalda,
la mirada vitrea clavada en el suelo.
Sólo al contemplarlo
se cuaja la sangre en el pecho;
no mira, y sus ojos traspasan el alma;
no exhala una queja,
y en el alma se clava su acento.
Su aspecto terrible,
el valor paraliza en los nervios,
y agujas de nieve
saetean de espanto los huesos.
El artista á su gran escultura
transmitiéndole un poder tan tremendo,
que al mirarla, las víboras quietas
del pecado, sacuden su sueño,

y revueltas el pecho estremecen
la conciencia arañando y mordiendo.

Lenta Cofradía,
es la del *Silencio*,
la imagen conduce
sin rumores, ni cantos, ni ecos.

Como luna debajo de un lago,
cual figura detrás de un espejo,
se mueven las luces, y avanzan, y avanzan,
borrándose á veces al soplo del viento.

La túnica larga tejida de lirios,
el cingulo de oro colgado del cuerpo,
el cabello mezclado de espigas
y la sangre saltando y corriendo,
á la luz amarilla resaltan
con los trazos terribles de un sueño,
y el séquito mudo camina, camina,
como hilera de vagos espectros.

Borrones confusos
que la noche dibuja á lo lejos,
los demás *nazarenos* deslizan
sus ropajes medrosos y luengos,
tan leves y largos
que así de la niebla los pálidos velos
suben la montaña

arrastrando sus pliegues aéreos.

A los lados, las rejas se abren
llenas de semblantes y de ojos despiertos,
que en la noche aguardaron las horas

del hondo misterio,
para ver el callado desfile
venir desplegando sus círculos lentos.

La luna ríela
sin rumor en el río sin ecos,
que copia las flores del fresco naranjo
en el trémulo azul de su seno.

La gente se agrupa
para ver en las calles el séquito,
y baja los ojos que, humildes, no pueden
resistir los del gran Nazareno.

El áureo incensario
las ascuas meciendo,
raya la penumbra
con líneas de fuego,
y á los aires arroja la nube
de erótico incienso,
que á la luz de los cirios parece
la escala en que suben plegarias y rezos.
Nada turba la noche; ni cantos,
ni sentidas *saetas* del pueblo,
ni fúnebres músicas,
ni tambores discordes y huecos;
volterianas palomas tan sólo
en las azoteas orladas de tiestos,
á veces transmiten su arrullo de idilio
como un largo y ronco murmullo de besos.
Las colas se arrastran;
los pasos son lentos;

con terrible fatiga la Imagen
pasa bajo el tronco del sacro madero,
y cuando de espalda
imponente se pierde á lo lejos,
las despiertas víboras
del pecado retornan al sueño,
y en el fondo de sombras del alma
se enroscan y quedan tranquilas de nuevo.



SOBRE EL PENTÁGRAMA

EL ENTIERRO DE NOTAS ⁽¹⁾

En la muerte del músico Caballero.

Al compás de una cadencia las hormigas van cantando,
las hormigas ó las notas que al andar van recitando
por el raro laberinto del pentágrama ideal:

en renglones jeroglíficos, confundiendo sus raudales,
van por líneas paralelas las hormigas musicales
componiendo un largo entierro que camina á lo inmortal.

¿A quién llevan en los hombros las hormigas susurrantes
cual rosarios movedizos de partículas cantantes?

¿A quién llevan en la fúnebre y andariega procesión?

Va en sus hombros descansando, bajo tristes liras rotas,
el espíritu de un músico convertido en haz de notas
que, siguiéndose, se alargan, componiendo una canción.

Lleva el séquito fermatas y alargados calderones,
sostenidos y corcheas cual tupida red de sonos
que componen un bordado como un rítmico tisú;

(1) Organismo rítmico del autor, creado con elementos españoles de nuestro octosilabo popular, y ya aclimatado en España.

lleva el séquito los himnos que del arco se levantan,
semifusas como enjambres que susurran y que cantan,
y compases cual los tramos de las cañas del bambú.

Es de un músico el entierro y su cuerpo es de sonidos;
es el genio que compuso con lamentos y bramidos,
los clamores de la jota como un fuego torrencial:

me parecen sus acordes gigantescas llamaradas,
remolinos españoles de banderas y de espadas
que regresan victoriosas de una justa universal.

De esa jota en los sonidos hay rugir de corazones;
flotan cascos, plumas, lanzas, borgoñotas y pendones
en un río que es de gloria, que es de luz, que es de pasión;
y entre el brió de las notas, que retuércense incendiadas,
se perciben cañonazos, y relinchos, y estocadas,
bizarrísimas arengas y zarpazos de león.

Hay motines de manolas en sus salvas de alaridos,
y claveles reventones como rojos estampidos,
pasodobles de toreros que se arrojan á matar,
castañuelas que repican como bélicos clarines
y guitarras que parecen españoles polvorines
que revientan de entusiasmo con la mecha de un cantar.

De esa jota en los acordes hay estrofas de Zorrilla,
acuarelas de Fortuny, regios óleos de Pradilla,
filigranas cordobesas, de un pregón la alegre voz,
los embozos de una capa, los temblores de un pandero,
el cairel de una verbena, la chaqueta de un torero,
y mil notas valencianas como gránulos de arroz.

De esa jota en los sonidos hay caireles de las parras,
hay rocíos destilados por los poros de las jarras,
hay mil flecos de mantones como mil hebras de luz,
de Aragón hay una copla, de Jerez un sorbo añejo,
hay un plátano de Málaga, de Granada un azulejo,
de Sevilla un tango, un palio, una peina y una cruz.

Al compás de una cadencia las hormigas van cantando,
las hormigas ó las notas que al andar van recitando
por el raro laberinto del pentágrama ideal:

en renglones jeroglíficos, confundiendo sus raudales,
van por líneas paralelas las hormigas musicales
componiendo un largo entierro que camina á lo inmortal.



EL ENIGMA



¿Será el morir temido romper de un nuevo día?
¿Será cambiar de forma, de sér y de armonía,
y errar por las escalas que forma la Creación?
¿Será que ignotos círculos el cuerpo traspasando
irá en otras materias sus jugos transformando
y no acabará nunca su eterna evolución?

¿Será esta oculta vida que inflama nuestras venas
futuro velo de olas cubriendo las arenas,
jazmines que desaten su túnica gentil,
insectos que pululen y floten en el viento,
semillas que se rasguen y ofrezcan el portento
de espigas, ó clemátides, ó nardos de marfil?

Cuando la eterna noche columbre la mirada,
¿será la humana forma diversa desbandada
de savias y de impulsos, deshecho su crisol,
y el corazón, que es rojo, se hará encendidas rosas;
nuestro mirar, que es luces, se hará piedras preciosas;
nuestro pensar, que es genio, se hará chispas de Sol?

¿Allá, bajo del suelo, será extinción completa
el vaso en que fué ardiendo la llama del poeta,
la llama misteriosa de rítmico temblar,

y en vez de dar imágenes, dará su cuerpo flores,
y en vez de dar estrofas, dará bellos rumores,
con pájaros al cielo, con músicas al mar?

¿De un niño que fallece, saldrán lirios nevados?
¿De virgen que se extingue, saldrán lirios morados?
¿Saldrán de los caducos las rosas de pasión?
¿Del misero demente la adelfa ponzoñosa?
¿Del dulce enamorado la libre mariposa,
como una flor brotada del tierno corazón?

¿Y el alma? ¿Vuela libre? ¿Emigra? ¿Se transforma?
¿Si Dios en todo vive y á todo le da norma,
y á Dios vuelve su esencia, pudiera el alma, infiel,
cambiar, cual la materia, de círculos y escalas,
y ser el dón divino que da impulso á las alas,
ó la sublime gracia que ríe en el clavel?

Si el alma en todo flota, fulgor será en el día,
será en los vegetales aliento y armonía,
será entre los crepúsculos dulcísima oración,
temblor en las estrellas, color en el ambiente,
perfume en el paisaje, tronido en el torrente,
moral, y ritmo, y lógica de toda la Creación.

Si al sucumbir el hombre se cambia en nuevas vidas,
y pasa á ser destellos y rosas encendidas,
ramaje y piedra y onda, cuanto es vida y poder,
¿se puede llamar muerte su muerte misteriosa,
cuando es arco de triunfo la piedra de la fosa
y da paso á mil mundos que se abren á su sér?

Así será ¡oh, Dios mío!; mas yo tiemblo aterrado,
con un espanto inmenso, jamás imaginado,
con un pavor tremendo que nadie lo sintió,

del día en que á la Tierra mi pobre cuerpo ruede,
¡y de él, que sintió tanto, partícula no quede
y se convierta en polvo cual sombra que pasó!

No quiero que me ofrezcan la Tierra por encierro,
que al hierro de sus vetas de nuevo vuelva el hierro,
que al jugo de sus cales la cal vuélvase á unir,

que al fósforo que esconde se sume el que en mi frente
ardió como una lámpara de luz resplandeciente
con que alumbré cantando mi ignoto porvenir.

No quiero ¡oh, Dios! que el himno de espíritu y materia
que en mí formó tu mano y canta en cada arteria
y en cada nervio vibra con voz de lo inmortal,

del arpa que lo encierra las cuerdas deje rotas,
y cual disperso enjambre dilúyanse sus notas
en la estupenda y varia canción universal.

Yo quiero, cuando muera, seguir viendo ese cielo,
el cielo de la Patria que fué mi único anhelo,
tras de cristal que rompa mi fúnebre prisión;

¡y cuando el Sol de España por el cenit camine,
que en ráfagas de luces mis cuencas ilumine,
y llorará de gozo mi pobre corazón!

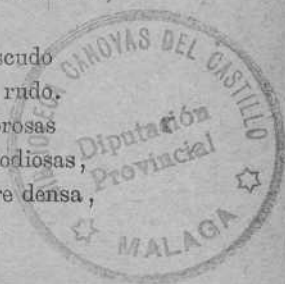


LA CANCIÓN DE LAS CAÑAS

Al célebre manquito murciano Miralles.

Oíd:—«La unión es fuerza», cantando están las cañas
á orillas de los ríos y al pie de las montañas,
y proclamando alegres las glorias del idilio,
recitan ondulando los versos de Virgilio.
Un órgano de flautas de ritmo polifónico
parecen, salmodiando su cántico sinfónico;
una parece espíritu que lánguido se queja,
otra parece el lírico zumbido de la abeja,
otra á la fuente imita cuando desata el chorro
y otra á la lira errante del fúnebre abejorro.
Una remeda el hilo rizado de la risa,
otra el temblor sonante del vuelo de la brisa,
aquélla el cuchicheo de la crujiente seda
y ésta la copla triste que por los aires rueda.
Todas como trompetas de un órgano sonoro
forman acordonadas un misterioso coro,
y con sus frescos labios la boca azul del viento,
las sopla, y trueca en grande, larguísimo instrumento.

Oíd:—«La unión es fuerza», cantando están las cañas.
á orillas de los ríos y al pie de las montañas,
y juntas en los techos de innúmeras viviendas,
coronan los palacios, las chozas y las tiendas.
Labrando en las alturas sus huecos artesones,
se extienden como páginas de rígidos renglones;
pero aunque son tan frágiles sus bóvedas endebles
y son sus largas líneas tan fútiles y febles,
como la unión las une, como la unión las ata,
ninguna viva fuerza sus haces desbarata,
y corren entramando sus múltiples hileras
cual mínimos peldaños de planas escaleras.
Si sueltas se desgarran al vendaval violento,
si aisladas las derriba su propio movimiento,
formando matemáticas, y sumas, y ecuaciones,
no pueden desunirlas ni trombas ni ciclones.
Prendidas de los dedos, cogidas de las manos
con el calor amante de espíritus hermanos,
se prestan un aliento tan grande y poderoso,
que las convierte en nervios potentes de coloso.
Sus planos de mil hebras que la emoción concilia,
defienden amorosos la plácida familia,
que se guarece unida bajo el tramado escudo
cual reservaba el clipeo la tez del brazo rudo.
Y aquellas que parecen las flautas rumorosas
que cantan en las húmedas cañadas melodiosas,
son por la unión atadas en una urdimbre densa,
de todo brusco asalto la sólida defensa.



Oíd:—«La unión es fuerza», cantando están las cañas
á orillas de los ríos y al pie de las montañas,
y en tallos y en fragmentos se rompen y derriban
para formar las jaulas donde las aves vivan.
La unión las hace hileras, estancias, corredores,
compuertas, pasadizos, rotondas, corredores,
veletas, dormitorios y mil escalinatas,
varillas, aros, puentes y aéreas columnatas.
En cada jaula preso un pájaro gorjea,
y un señoril encaje de cañas lo rodea,
y puede proclamarse como belleza extraña,
que vive cada pájaro metido en una caña.
En ellas, ruiseñores, canarios, chamarices,
al Sol abren y extienden sus alas de matices,
y de su pico sueltan cual manantial sonoro
de sus tronantes notas las granizadas de oro.

Oíd:—«La unión es fuerza», cantando están las cañas
á orillas de los ríos y al pie de las montañas,
y unidas determinan cual códigos legales
las lindes de la tierra con cercas de bardales.
Clavadas en el suelo lo mismo que lanzones
cual jueces que decoran jurídicos salones,
las cañas quebradizas se elevan á las veces
cual brazos de fiscales, cual índices de jueces,
y van delineando por valles y confines
las justas propiedades de prados y jardines,
ya orladas de claveles como floridas vallas,
ya llenas de geráneos cual sangre de batallas,

ya presas en rosales cual largas cabelleras,
ya atadas por las cintas de mil enredaderas.
Y las que largas fingen, susurradoras cañas,
lanzones que ondulando recitan sus hazañas,
hebras de frágil trama y endeble cruzamiento,
tapiz sonante y rítmico que cierra y abre el viento,
las que parecen luengas paradas vegetales,
magníficos y espléndidos teclados musicales,
son, por la unión prendidas, un coro de letrados,
un tribunal de jueces altivos y estirados,
un código de cañas firmísimo y severo,
artículo segundo, capítulo primero,
la caña tal dispone, la caña tal ordena,
la caña tal acusa, la caña tal condena...

Oíd:—«La unión es fuerza», cantando están las cañas
á orillas de los ríos y al pie de las montañas,
y en ellas, zarzos hechas, dormitan soberanos
el sueño de la seda los débiles gusanos.
Del sueño de las sedas, sus tramos son la cama,
sus cóncavos canutos colores de oro y llama,
especie de cordaje larguísimo y derecho
de un arpa que se vuelve diván, hamaca y lecho.
Y en esa hamaca llena de mil sueños caóticos
se abisman los gusanos durmiendo sus narcóticos,
soñando con colores, y grecas, y jaece,
con lienzos salpicados de tintes japoneses,
con chales que retuerce la grácil Cachemira,
con oros que parecen las cuerdas de una lira,

con pérsicos ropones y velos orientales,
con tules de Valencia cual fibras de arrozales,
con trajes de toreros, vestidos de odaliscas,
caireles andaluces y túnicas moriscas.

La cama de canutos que el crespo esparto aprieta,
parece una estriada prismática paleta,
donde duermen los quietos gusanos soñadores,
cual sobre tubos llenos de mágicos colores.

Finge una varia tinta cada canuto hueco,
es portador de un tono cada canuto seco,
y esa escala cromática de cañas aflautadas
parece un real teclado de tintas acordadas.
Sobre él teje, borracha de lógica y belleza,
la red de sus capullos la gran Naturaleza,
y da una rueca rítmica á cada hábil gusano
y un pico que devane como una sabia mano.

Y sobre el largo y fresco cañaveral prendido
que hizo la unión con flautas y lo dejó tendido,
cama poli-creadora, cama semi-divina,
cama donde la seda como la luz germina,
ya están leves tramando millones de hilanderas
mantos de lo futuro, clámides venideras,
hebras, cruces, torzales, hilos de Sol fecundo,
para la nueva túnica que ha de vestir el mundo.

Oíd:—«La unión es fuerza», cantando están las cañas
por valles y por lomas, por llanos y montañas,
hechas canastos frágiles y cestas deliciosas
ligeras y pajizas, alegres y porosas,

que hacer saben las húngaras encima de su falda
y llevan los gitanos colgando de la espalda.
Con cañas arrancadas del suelo macedonio,
con cañas arrancadas del borde del mar jonio,
con cañas de pomposo penacho de magnolia
del seno de la Persia, la Nubia y la Mongolia,
con cañas de los áureos egipcios arenales,
con cañas de los trópicos y suelos orientales,
basando en la armonía sus dedos los gitanos,
modelan sus vasijas de círculos livianos,
que por la unión se truecan en firmes recipientes,
en bóvedas y en cóncavos de muros resistentes.

Cantad la de las cañas canción maravillosa,
cantad, hombres, á coro su letra prodigiosa,
y unid penas y risas, unid pechos y frentes,
unid en larga hilera las almas florecientes.
Haced como las cañas; la unión es la firmeza,
la unión es la armonía, la unión es la belleza;
¡haced las razas todas cordón sin fin de manos,
y un libre, alegre, inmenso cañaveral de hermanos!



LAS ALMAS ARDIENDO

En lo interior de transluciente vaso,
por su difunto esposo, la Condesa,
echa una mariposa, suspendida
en flotante triángulo: la tersa
mano en que corren bajo el fino nácar
como azuladas víboras las venas,
alarga con un fósforo encendido
del rico vaso al interior; se incendia
la mariposa errante, y, sacudida,
dentro del muro alabastrino tiembla.

A su reflejo fúnebre, los largos
cortinajes tejidos de oro y seda,
los armarios de luna, las estatuas,
las cornucopias, las radiantes telas,
con el juego diabólico de danzas
de la luz jeroglífica, se pueblan
de repentinos trazos, que simulan
esqueletos en danza cadavérica.
Como una ojera de la luz, el nimbo
de la amarilla llama se refleja
en la estancia lujosa. De las torres
los graves instrumentos se lamentan

con fieros dobles, que parecen frases
de infinito dolor. Es la hora negra
en que á fundirse en las medrosas luces,
con que el recuerdo los hogares llena,
vienen las almas y á pasar la noche
junto á nosotros, mudas y siniestras.

Para ver un instante á los que viven,
Infierno y Gloria en torbellinos dejan,
y, su país buscando cada espíritu,
los círculos recorre de la Tierra.
El mundo en esas horas enlutadas
parece todo una bandada inmensa
de almas paradas sobre tantas luces
cual hay en noche de verano estrellas.
¿A qué volvéis al mundo, almas errantes,
á mirar de los hombres la tragedia,
á oír sus gritos de dolor, y verlos
despedazarse en lucha sempiterna?

De aquel hogar entre los frios muros,
tú, espíritu, que mudo reverberas
en la luz que encendiéronte afligidos
tus hijos amorosos en tu ausencia,
contempla el cuadro tétrico de angustia,
contempla el cuadro lúgubre de pena,
que envuelve á los que fueron tu esperanza
y que adoraste con tu fe más tierna.
Desamparados del calor humano
en el rincón de lúgubre vivienda,
¡cual estruja el dogal en un patíbulo,
los ajusticia el hambre amarillenta!

Mira, también, desde tu luz medrosa,
alma, en su lecho de dolor enferma,
la hija entre cuyos brazos expiraste
al alzar tus dos alas de la Tierra.
Disipóse en sus manos tu fortuna,
disipóse en sus manos tu riqueza,
y se fué marchitando aquella frente
que era la luna de tus noches bellas.
Igual que una azucena, en su almohada
hoy pálida se inclina su cabeza,
y tú vienes á verla en su agonía
y á recoger sus lágrimas postreras.
No llores de dolor, alma invisible,
sobre la llama en que palpitas presa,
pues matarias con tu propio llanto
¡la única luz de la espantable escena!

Tú, que al asilo paternal retornas,
¡oh, espíritu de virgen! arde y tiembla
viendo á tu noble padre deshonorado
por meretriz que relevó tu ausencia.
La atmósfera inefable de ternura
que tibia derramaba tu pureza
sobre sus canas de blancor sereno
que le tejieron patriarcal diadema,
se convirtió en ambiente gangrenado
que su sangre encandila y la envenena.
En su pecho se clavaban las pasiones
como irritado pelotón de abejas,
y todas dejan su aguijón zumbando
en su ardiente y satánica cabeza.

Tú, herido Conde, espíritu terrible
que en el misterio de la luz te quemas,
que en lo interior del alabastro flotas
y restallante el vaso golpeteas:
tu profanado tálamo divisa
y mira en tu almohada dos cabezas
juntas como palomas en el nido
que al blando arrullo del amor se besan.
De la mesa en el mármol cincelado,
dentro del muro trasluciente, elevas
para el idilio ver, tu roja llama
que más roja la vuelve la vergüenza.
Rozando el agua donde flotas, gritas,
y tu grito estremece sus conciencias,
y se cubren la faz con los cendales
para no percibir tus anatemas.

—«¿Oyes la luz? Su grito me horroriza —
dice con voz de espanto la Condesa; —
más que el crujir de lámpara que muere,
parece el són de un alma que se queja.

— Las almas no retornan á este mundo —
le responde su amante con vehemencia, —
no pienses en fantasmas misteriosos,
cierra los ojos y en mis brazos sueña.»

Y la luz, en su cárcel encerrada,
otro alarido da, grito de fiera,
porraceando el transparente muro
con ira loca y con extraña fuerza.

— ¡Apágala, por Dios! — ella murmura,
bañado el rostro en palidez de muerta; —

es mi esposo quien llama; en mis oídos
su voz, que enciende la venganza, truenas.
Lió el cuerpo á su amante temblorosa,
y él, sacando del lecho la cabeza,
de un frío soplo, cual con un cuchillo,
mató la luz, que sollozó tremenda.

El alba, á poco, derramó indecisa
sus palideces por la azul esfera,
y vió en el fondo del brillante vaso,
debajo de la luz, gotas sangrientas...



CARTAGENA

AGRADECIÉNDOLE SUS FIESTAS

A los ilustres cartageneros D. Enrique Martínez Muñoz
y D. José Maestre.

Son en Levante las leyes
tan galantes y discretas,
que tratan á los poetas
de igual á igual que á los reyes.

Cartagena la divina, Cartagena la galante,
la ciudad deslumbradora de la curva de Levante,
como piedra de un joyero, sus aristas abre al Sol;
y cual concha de mil nácares incrustados de colores,
la columpia el mar y canta sobre azules mecedores
entre cielos chorreantes de aguaceros de arrebol.

En su puerto de agrios montes que defienden su salida,
como lengua en una boca, Cartagena está prendida
y una serie de castillos la consigue circundar;
una serie de castillos de una trágica hermosura,
engranaje torvo y bárbaro de una inmensa dentadura,
que se asoma á lo infinito siempre abierta sobre el mar.

Cartagena, guarnecida de montaña tras montaña,
es la gran lengua de acero con que hablar aún puede España,
y hablar alto, y hablar fiero, y hablar bronco, y hablar bien.

su sintaxis construída de alaridos de cañones,
su prosodia de estampidos y su ritmo de explosiones,
aún lograsen que temblasen mil coronas en la sien.

Cartagena es Madrid chico, de un estilo fastuoso;
pero aunque es Madrid pequeño, es su impulso prodigioso,
y es ciudad de mar y tierra levantada entre las dos,
es un cáliz de oro puro donde el agua se atropella,
es el aro de un anillo en el cual brilla una estrella,
es dedal de tersa plata donde está metido Dios.

Sus Escuelas Graduadas, á que da un gran hombre vida,
son sublime incubadora de mil ciencias revestida,
son el seno milagroso de un ovario colosal.

Como de una Clueca enorme, de ella surgen en bandadas
sabios niños con las frentes por el genio cinceladas,
por el genio que las baña con su espíritu inmortal.

Para orgullo de la Tierra, su hospital es un portento;
la ciudad tiende sus manos con sublime sentimiento
y demanda la limosna del enfermo para bien.

¡Ciudad pura, ciudad noble, ciudad tierna, ciudad santa,
si tu frente es torre aguda que hasta el cielo se levanta,
tu piedad te hace otra excelsa y otra azul Jerusalén!

Es tu puerto rumoroso vasta alhóndiga del mundo,
y tu muelle es yunque recio de viril himno rotundo
como bronco campanario de tu mar color turquí;

yunque fuerte que vibrando llama á misa á las Naciones
é impulsadas por las hélices de gigantes pulsaciones,
bajo el palio de sus velas, como á un templo van á ti.

Es tu dique brazo enorme que se eleva soberano
levantando al aire un buque en la palma de la mano,
y lo vacía como copa de contorno colosal;

y después que el mecanismo de su sér la ciencia fragua,
baja el brazo y nada el buque sobre el haz sin fin del agua
que lo mece con hamacas y columpios de cristal.

Es tu suelo un manto rico de lujosos minerales;
con agujas de oro y plata el minero te hace chales,
que te cuelga de los hombros, donde brillan al trasluz;
potentados de la Tierra á tu sér le forman coro;
de tu seno salen ríos como Niágaras de oro,
que le dan la vuelta al mundo como Niágaras de luz.

Tu Penal es infinito como el mal y la tristeza,
mas también son infinitos la piedad y la nobleza;
desde veros, tristes presos, no he cesado de llorar:
por vosotros intercedo á los pobres y á los reyes,
á los héroes y á los vates, á los hombres y á las leyes;
¡cuando un rey quiera ser grande que se enseñe á perdonar!

Es tu fábrica grandiosa, que hace vidrio de la arena,
tu copero esplendoroso, primorosa Cartagena;
de sus hornos brotan lanzas como en ígnea procesión;
de las lanzas brotan vidrios á montones y á raudales;
de los vidrios, vasos, copas, cual teclados musicales,
y de todo, un mundo acorde, una orquesta, una canción.

Deslumbrante Cartagena, que te asomas á un zafiro,
al espejo en que las naves asomáronse de Tiro,
y te das fiestas de azules de tu mar en el confin:

en tus cielos mis retinas se quedaron extasiadas,
en tus bárbaros claveles que parecen lumbraradas,
en tus rosas cual tazones con gualdrapas de carmín.

Cartagena es Madrid chico, de un estilo fastuoso,
pero aunque es Madrid pequeño, es su impulso prodigioso,
y es ciudad de mar y tierra levantada entre las dos,
es un cáliz de oro puro donde el agua se atropella,
es el aro de un anillo en el cual brilla una estrella,
es dedal de tersa plata donde está metido Dios.



LAS SERPIENTES

A Amado Nervo.

Adormecidas en sueño obscuro
que las retiene soporizadas,
sobre la arena del circo hirviente
las echa un indio con fuerza brava.
Resuena un vasto grito de asombro,
y las serpientes entrelazadas
un punto mueven al vocerío
las triangulares cabezas chatas.
Como de un opio de extraña fuerza
estar parecen hipnotizadas,
embrutecidas por la modorra
de una morfina que las aplana.
Sus pieles bronceas de cien matices
túnicas fingen de tintas raras,
fundas de tonos deslumbradores
que se entretejen como una malla.
Como millares de pies sutiles
siembran su cuerpo bruscas escamas,
y aunque parecen todas inútiles
todas á un tiempo muévense y andan.
Como una tabla de logaritmos
desconocida suma las ata,

y sometidas á una cadencia,
hecha con cifras y matemáticas,
corre por ellas un equilibrio
que las empuja con fuerza mágica,
y haciendo restas, sumas, quebrados,
con deslizante rumor se arrastran.

Una es de Egipto; lleva en los lomos
recio blindaje de conchas áureas,
donde hacen visos y tornasoles
del venenoso Nilo las aguas.

Cuando á la arena la arroja el indio,
el circo todo de asombro brama,
y en un pandero, que Alejandria
llenó de cintas y de sonajas,
él toca el paso de un ritmo húngaro,
y la serpiente sugestionada
cual ondeante línea de arsénico
trazando vueltas se quiebra y baila.

Otra es de Asiria; lleva en su dorso
del calcinado Calvario, llamas;
del religioso Jordán, frescuras;
del vengativo mar Muerto, ráfagas.

A un milenario tronco de olivo
del sacro Huerto durmió enroscada,
y en la flor blanca de una azucena
reclinó horrible la testa chata.

A un religioso ritmo de templo
que el indio enuncia, gentil se alza,
y hace las líneas de un ataurique
de mil colores prismatizadas,

mientras bailando retuerce y gira
su piel de ricos prismas sembrada.
Otra culebra resplandeciente,
la más soberbia, vino de España;
nació del río que ata dos glorias,
una Sevilla y otra Triana.
Copia del velo de las mantillas
las áureas blondas que la abigarran,
y de los trajes de los toreros
las lentejuelas lleva incrustadas,
las lentejuelas de plata y oro
que en su piel brillan en vez de escamas,
y que la llenan de más temblores,
rizos y luces que tiene el agua.
Al són de un ritmo de castañuelas
que hace el pandero con las sonajas,
la prodigiosa serpiente brinca
y, como un rayo, la lengua saca.
De pronto, fiera, muerde la fusta
y á los tendidos febril se lanza,
la sangre ardiendo por el castigo,
llena la boca de roja rabia.
Un grito inmenso, bronco, profundo,
de todo el circo surge y se escapa,
al ver el torvo reptil que cae
como centella sobre las gradas.
Encierra el indio las otras fieras,
y la que busca la sangre humana
muerde rabiosa y alza un estruendo
como un zumbido de catarata.

Fingen los palcos cien remolinos
de carne loca que se desbanda;
trajes, tocados, todo se arrolla
y entre las puertas zumba y se atasca.
Rompe el encanto de mil idilios
la pavorosa serpiente trágica;
deja el amante su prometida
á la que nunca dejar jurara;
pierden las madres en la carrera
los tiernos hijos de sus entrañas;
ya no hay hermanos, ya sólo hay gritos
como explosiones de las gargantas.
De la revuelta sala redonda
sólo alaridos brotan y saltan,
y alza tumultos de carne ciega
la muchedumbre que grita bárbara.
Ya no hay finura, ya no hay respeto,
ya sólo hay rostros libres de máscaras,
donde el impulso del egoísmo
los blancos ojos de espanto rasga.
¡Ahí viene, ahí viene! tremendo suena
entre el zumbido de la batalla,
y hechos los labios trompas del miedo
tocan el bronco clamor de alarma.
Y la serpiente fascinadora,
por los voltaicos encandilada,
con un impulso de culebrina
como una fusta vibrando estalla,
mientras, cual lumbre, la boca enseña
donde la lengua finge una llama.

Muerde al avaro, muerde al hipócrita,
muerde al que vende, muerde al que mata,
muerde al Ministro de la Justicia,
que al corromperla vende á la Patria,
muerde al político que la deshonra,
muerde al guerrero que la desgarrá,
muerde á la pluma que la envilece
y al sacerdote que la profana.

Cual si quisiera dar fin de un mundo
hecho de horrores y lepra humana,
para que surjan hombres más libres,
pechos más nobles, más puras almas,
mordiendo, ansiosa, se descoyunta,
se desacorta, se desalarga,
se reconcentra, se desentume,
se arremolina, se desbaraja,
se espiraliza, se desenrosca,
se pliega y brinca, se encoge y salta.
Vuélvete incendio que purifica,
vuélvete rayo que desbarata,
vuélvete río de ácido prúsico
y esta inmundicia social arrastra.



SILABARIOS ERRANTES

¿Dónde vais errantes, mudos silabarios,
que en conchas é insectos erráis solitarios
y nadie comprende vuestros consonantes,
vuestras raras silabas de tintas brillantes,
vuestros participios y conjugaciones,
vuestros adjetivos é interrogaciones?
Sus abecedarios de luz infinitos
llevan en sus cóncavos las conchas escritos;
sus abecedarios de tonos selectos
llevan en sus clámides los leves insectos;
sus abecedarios cual letras de encajes
llevan por el viento todos los plumajes;
sus abecedarios de tintas y llamas
componen los peces con cifras de escamas.
Son Mar, Tierra y Cielo cien mil silabarios
¡que viven tejidos y están solitarios!
¿Qué dicen, Dios mío, los raros idiomas
que vagan por cielos, por mares, por lomas?
¿Por qué se embellecen de tonos gentiles
las letras de escamas, si son de reptiles,
y, en cambio, no lucen sublimes colores
las letras de plumas, si son ruiñeñores?
¿Por qué el pez idiota se viste iniciales
que son como acordes de letras triunfales,

y en su curva espalda la serpiente lleva
su tipografía polícroma y nueva,
y el tosco lagarto desata entre el día
sus letras brillantes de real pedrería?
Una ardiente página de espléndido estilo
en su horrible dorso lleva el cocodrilo;
de rubios renglones el tigre se llena;
un listado ritmo salpica á la hiena;
otro ritmo bello la vibora inflama;
otro á la pantera le escribe una llama;
y en cuanto es perfidia, fiereza ó veneno,
¡de un idioma de oro el manto va lleno!
¿Qué dicen, Dios mío, las cifras que escribes?
¿Qué dicen los signos que al mundo transcribes?
¿Qué dicen tus raros idiomas magníficos?
¿Qué dicen tus pieles de mil jeroglíficos?
¿Qué dicen las frases de chispas de soles
que das á los nácares de mil caracoles?
¿Qué dicen las conchas orladas de grecas,
hendidias de rayas, pobladas de pecas?
¿Qué escriben con trazos de luz enigmáticos
en los ricos mármoles tus dedos erráticos?
Para amar tus signos, quisiera leerlos;
para amar tus tonos, quisiera entenderlos;
pues en todo has puesto tu sabiduría,
y nada hay sin lógica, sin bien, ni armonía.
Yo siento lo triste de la azul ojera
de la campanilla de una enredadera,
mas no sabe el alma que incierta vacila
asomarse al fondo de su honda pupila.
Hay un sentimiento que llega á mi mente
en el signo lirio y el alma lo siente,

pero al meditarlo turbio el pensamiento
no sabe el camino de ese sentimiento.
Gozo la poesía de acentos iguales
que hacen con candelas los rubios panales,
mas mi inútil frente se rompe y se estrella
ante cada signo de su forma bella.

¿Es *a* de un dialecto la cifra diamante?

¿Es *e* de un idioma la perla radiante?

¿Es *i* la preciosa turquesa azulada?

¿Es *o* la del ópalo pupila nublada?

Letras, alfabetos, signos, silabarios,
idiomas y frases, que erráis solitarios,
sin cambiar ansiosos las almas distintas,
cambiando las luces, los tonos, las tintas:
yo quiero, yo adoro saber vuestro idioma
y entrar por sus signos igual que un aroma,
igual que un espíritu que leve penetra
y aprende sus frases y entiende su letra,
para, al ser de todos intérprete sabio,
y oír cada lengua y oír cada labio,
unir los afectos de toda la tierra
y cuantos amores divinos encierra;
y haciendo las lenguas legibles y claras,
desde las del hombre hasta las más raras,
lograr que entendieran los seres distintos
sus lenguas formadas de mil laberintos;
pues son los idiomas terribles fronteras
que hacen de los hombres indómitas fieras,
y un combate trágico, feroz y diverso,
de todas las bestias del vasto Universo.



A LAS VIDAS PERFECTAS

Venid á mí las cosas, ya que los hombres pasan
por el crisol primero de la armonía eterna,
y aún subirán la escala de innúmeros crisoles
hasta bañar sus sienes en el Supremo Espíritu;
venid á mí las cosas maduras de armonía,
pletóricas de ritmos y de temblores sabios,
que ya saben el paso de Dios, como las olas,
como las tercas piedras de pensamientos hondos
que entre la azul distancia se vuelven fantasía,
y cerca y lejos, llevan la marcha con que vuelan
de la Creación inmensa las alas arrastrantes;
venid á mí las cosas, las cañas hechas versos
con doctos hemistiquios de cóncavos canutos,
de complexión tan música, que un baile filarmónico
describen cuando el viento les sopla en la cimera.
Venid á mí las cosas, los largos caracoles
como turbantes huecos de bélico blindaje,
con coselete rígido de clavos que desgarran,
y donde está el problema resuelto de la bóveda
desde el principio obscuro de los remotos siglos.
Venid á mí las cosas, la página de mieles
que escribe en los panales la abeja bordadora,
donde la más suprema lección de noble euritmia

se da por un insecto á todas las edades:
hechas de rubios átomos están sus tenues celdas
á los precisos golpes de un vuelo de batuta
que ven únicamente las líricas abejas
en la calina ardiente del Sol, mientras laboran.
Postráos de rodillas, poetas, ante el trozo
de versos fabricados de sílabas, de acentos,
de balancines músicos y exactos equilibrios,
con que á la miel — la idea — sostiene el recipiente
mil veces prodigioso de un bello panal rubio,
que tal vez, por milagro, no rompe en armonía
y entona la más alta lección de la cadencia.
Venid á mí las cosas, los élitros cantores
que asimilando rayos en el hervir del día,
incandescentes tornan sus conchas plañideras,
porque es el Sol quien vibra, el mismo Sol quien lanza
el himno de la vida trocado en instrumento:
el Sol arde por música, los élitros lo dicen;
imán del Sol, sus palpos se tornan ascuas vivas,
y entonces, sus dos cóncavos, lo mismo que dos cuerdas
de Sol, que dos bordones de luz, témpanse y cantan:
¡quien oye una cigarra escucha al Sol inmenso!
Venid á mí las cosas, las hojas de los álamos
bailando un casto baile de una alegría loca,
que ya enseña de un lado redondas esmeraldas,
ya muestra de otro lado nevadas arandelas,
y el ánimo ilumina con su temblor riente
de innúmeras sonajas, que el viento arremolina.
Venid á mí las cosas, las conchas de los mares
forjadas para el tumbo con bóvedas potentes
que por el fondo inmenso de arenas van rodando

y entreabren sus dos pétalos de nácares oscuros
para que en ellos entre la luz del Sol, que baja
como una escala rubia al fondo de las sombras:
sobre sus huecos cóncavos de rayas indelebles,
tiradas con la regla de un dedo de Dios rítmico,
originales brillan escritos en colores
los raros jeroglíficos de herméticos idiomas
que llevan en sus túnicas el pez, la flor, el pájaro,
y que en las conchas ríen con letras enigmáticas
como diciendo al alma: «Descíframe y adórame.»
Venid á mí las cosas, el juego de parábolas
del vuelo de los astros, que trazan calderones
sobre el celeste inmenso, como en papel de música,
y bailan una danza de enormes mariposas
que tienen el tamaño de soles esplendentes.
Pesando lo que pesa la cúpula de un orbe,
por la atracción sujeto, que es hilo misterioso,
por el amor prendido, que es hebra sutilísima,
va en el tramado juego de la estupenda danza
que bailan revolando los coros de planetas;
¡á tanto llega un hilo de amor, que va arrastrando
por el azul eterno la bóveda de un mundo!
Venid á mí las cosas, los gestos del crepúsculo,
el gran teatro ardiente de luchas y de horrores
que finge el horizonte, repleto de puñales,
de testas y de túnicas, de gritos y de asombros,
donde la inmensa trágica, la Sarah que los siglos
encarna y resucita, parece en medio erguirse
de ráfagas de sangre, de rayos y cadáveres,
lanzando de su boca como un torrente eterno
el sacro Verbo humano cual Niágara de ritmos.

Venid á mí las cosas que lo sublime cantan,
que en su armonía llevan la perfección más honda
y un elevarse de hostias en su trasluz dibujan.
Los hombres aún segregan venenos á raudales
y van atravesando por el crisol primero,
que es el primer peldaño de una ascensión de filtros...

.....



LECCIÓN DE MÚSICA

A mi insigne médico el gran clínico D. Francisco Huertas.

Abrid el noble libro, repliegues de las rosas;
abrid el casto libro, temblores de las aguas;
volved, árboles todos, las hojas del gran libro,
las hojas como folios, las hojas como páginas;
una lección eterna vuestro saber difunde;
deletreadla, frentes; bebed sus luces, almas.
Como en la orquesta múltiple las páginas de notas
están en los atriles metálicos paradas,
así está en los diversos atriles vegetales
abierta la gran Ópera de la divina gracia.
Los miles de instrumentos que al Músico interpretan
son riscos, mares, árboles, cuanto la Tierra abarca,
unos, como violines graciosos y expresivos;
otros, como las trompas pujantes de batalla;
éstos, como las raras cadencias del oboe;
aquéllos, cual las notas egregias de las arpas.
Leed en la gran Ópera los tristes, los alegres,
los dulces, los soberbios de olímpica mirada,
los sabios, los guerreros, los santos, los poetas,
los pálidos enfermos de frentes deshojadas.

Un justiciero espíritu que todo lo armoniza,
en un haz infinito cuanto palpita enlaza,
y constituye el libro de poliforme música
en donde todo tiembla, se regocija y canta.
Esa grandiosa música despierta en el espíritu,
si es hosco, la dulzura; si es fiero, la templanza;
si es torvo y vengativo, la risa que perdona;
si es frío y altanero, la sencillez sagrada.
Mil círculos de luces y risas que aletean
parece que se esconden en esa Orquesta magna,
tonificante inmenso que todo lo equilibra
y con su cinta rítmica hombres y cosas ata.
Leamos y cantemos á cielo abierto, un himno
á toda luz, teniendo las manos enlazadas:

«Espiga esbelta y noble que de la tierra brotas
envuelta en una túnica de tonos de esmeralda,
y del materno jugo traes á la caña débil
plastificantes notas para rimarte sabia:
eres en la gran Ópera de innúmeros atriles
lo delicado y leve, la enredadora flauta,
y si te sopla el viento, suenan tus granos de oro
con los sonidos ágiles de mil cintas cromáticas.»

«Pinos de recia pompa, pinos de tronco recio,
que os agacháis cual péndulos cuando la tromba pasa
y en la cabeza arisca, como serpientes rojas,
os envolvéis los rayos de la tormenta brava:
vosotros sois rotundos platillos de la Orquesta
que os azotáis, hercúleos, con vuestras porras ásperas,
y entre el fragor grandioso de la tremenda música
os agitáis, terribles, como gigantes mazas.»

«Rosales ardorosos donde la luz en rizos
echó Dios desde el cuello de antilope de un ánfora,

y la invención gallarda de la lasciva rosa
como un tazón de pétalos colgó á las verdes ramas :
sois, cálidas corolas, en el inmenso libro,
aria de rojo fuego que de pasión abrasa,
clamor de carne verde que ardiendo grita y cruje,
clamor de pecho erótico que ardiendo cruje y canta.»

«Vosotras, monopétalas y azules campanillas,
formando laberintos colgados de las tapias,
tapicerías verdes de amotinados hilos
de reja á reja atados como andaluza hamaca :
sois en la fiesta música la idealidad divina
que susurrando leve por los violines pasa,
y queda por el arco prendida en una nota
como una azul estela que en la ilusión se alarga.»

«Parrales retorcidos en contorsiones lúbricas
que os esponjáis de insectos y os coronáis de pámpanas,
y recordáis los brazos de las bacantes, hechos
curvas de baile antiguo y asas de griegas ánforas :
representáis gallardos en la grandiosa fiesta
los locos jeroglíficos de la ondulosa danza,
la exótica leyenda que al enlazarse escriben
en la sensible arena los sátiros que bailan.»

«Y tú, clavel rizado como temblor de luces,
como temblor de incendio, como temblor de llamas,
que finges una boca redonda que se ríe
partiéndose en los pétalos de roja carcajada :
eres el rauda *alegro* que retozante brinca
del hueco de las trompas al tallo de las flautas,
que todo lo salpica de risas y diabluras
y todo lo chorrea con su española gracia.»

«Magnolia, cono blanco del seno de una virgen,
cáliz que se pudiera alzar al pie del ara,

flor hecha de raspados cristales de la luna,
flor de inmortales hostias que cúrvanse sagradas:
tú eres la religiosa, la excelsa melodía,
que en la espiral de incienso bajo las naves vaga,
blanca como los Cristos tallados en marfiles,
pura cual los rocíos que ruedan por las cañas.»

«Y tú, la horrorizante, la hirviente, la grandiosa,
tú, la del monte asida sublime catarata,
partida en largos arcos de cóncavas trompetas
que pavorosas rugen y retemblando braman:
tú eres en la gran Ópera del órgano imponente
el mundo de trompetas audaces y doradas,
y encima de los ríos y trombas de tu música
con su rotundo carro Dios retumbando pasa.»

«Vosotros, vastos mares, que cobijáis el mundo
como en fanal inmenso de aterradoras aguas
y van rodando siempre por vuestro espejo enorme
cañaverales de olas que musicales saltan:
vosotros sois en medio de la Ópera infinita
que en todo el Universo eternamente canta,
bajos de són profundo, pedales fabulosos,
zumbidos de tambores de una armonía trágica.»

Oid la vasta música de Aquél que es una Orquesta,
de Aquél que es una Ópera que el mundo entero abarca,
¡y salga de los hombres á cielo abierto, un himno
á toda luz, teniendo las manos enlazadas!



EL ALMA DE ASTURIAS

Asturias un lamento va suspirando
que es la voz de sus vivas ansias secretas,
lamento largo y triste que van cantando
los ejes dolorosos de sus carretas.

Por todos los caminos de sus montañas,
por todas sus gargantas y sus senderos,
dan al dulce paisaje notas extrañas
los ejes quejumbrosos y lastimeros.

Dicen que ese lamento que el eje imita
es para que se alegren los fatigados
bueyes, en cuyos ojos, que el canto excita,
los hórreos y paneras van retratados.

Dará á la bestia mansa, brío y destreza
esa canción que imitan los ejes tardos,
pero al alma que siente, da una tristeza
que la punza y la eriza de agudos dardos.

No es el eje asturiano la alegre lira
que del pecho el agudo dolor rechaza,
es la gaita llorosa donde suspira
la nostalgia que lleva toda una raza.

Tapan su triste cielo montes y montes,
vela la eterna lluvia valles y valles,
cierran altas barreras sus horizontes
y fantasmas de nieblas cruzan sus calles.

El frío en sus entrañas tiembla escondido,
á acurrucarse en ellas la brumã baja,
y la nevada muda de alas sin ruido,
le hace con blandos lirios gruesa mortaja.

Y dando á ese concierto voz, ritmo y canto,
que por montes y valles vagando gira,
como una nota eterna de pena y llanto
el eje en las carretas lento suspira.

¿Por qué estás afligida, comarca bella,
si tienes de manzanas áureos collares,
si en ti el mar de lo grande ruge y se estrella
y en ti con sus prodigios se alza el *Pajares*?

Las *xanas* misteriosas que hay en tus riscos,
los genios que tus aguas llenan de seres,
dan miedo á los pastores en los apriscos,
dan espanto á tus niños y á tus mujeres,

Por tu ambiente desfilan largas leyendas,
que las viejas hilando cuentan sentadas
bajo el ahumado techo de sus viviendas
mientras que las panochas son deshojadas.

Refieren rancios cuentos de paladines
que al frente de las tropas van denodados,
y al són vivo y guerrero de los clarines
van dejando á los moros acuchillados.

Ya es Pelayo el que evoca la vieja enjuta
bailando hacer el huso sobre la rueca,
cuyo enemigo emprende la rauda ruta
temblando en su coraza bollada y hueca.

Ya es Favila el que llena sus narraciones
mientras trama los hilos del lienzo blanco,
y de un oso roído va, entre visiones,
rodando su esqueleto por el barranco.

Todo es en ti sombrío, vago y doliente,
¡oh, Asturias, que Dios hizo de una esmeralda!
ceñida de fantasmas llevas la frente,
recamada de duendes llevas la falda.

Tu capuchón de lluvia que imita el llanto,
al envolver tus calles con sus madejas,
cuelga de tus aleros perpetuo canto
de lamentos, suspiros, ayes y quejas.

Menudísima lluvia de hilos sutiles
te nubla en sus telones y cortinajes,
y desfleca ondulando líneas á miles
sobre las vacas lentas de tus paisajes.

Todo en tu eterna lluvia se borra y pierde,
y tu luz es la mueca de una agonía
que del ánimo arranca cual tedio verde
la canción de la estéril hipocondría.

Y dando á tu tristeza más aflicciones,
por tus faldas y cumbres altas y escuetas,
va oprimiendo de angustia los corazones
el chirrido doliente de tus carretas.

Alza al aire en la copa tu sidra de oro,
y abrillanten tu cielo tintes lozanos,
y arrastre de tus ríos el haz sonoro
tus fantasmas y brujas, monstruos y enanos.

Alza tu sidra clara, que es la alegría,
y con su hervor dorado tus labios riega,
con ramas de manzanos tus sienes lía
y brote de tus labios la risa griega.

Haciendo la vendimia de tus manzanas
lleva las agrias pomas á tus lagares,
y las prensen tus nobles hembras galanas
mezclando con retozos tiernos cantares.

Allí den, bajo ruedas exprimidoras,
lagrimeando el jugo color topacio,
hasta que eche en las cubas germinadoras
aquella risa amada del viejo Horacio.

Que es tu sidra luciente de grato gusto
igual que el generoso mozuelo vino
que bebió en Roma antigua César Augusto
en la clásica copa del gran latino.

Detén de tus carretas el triste paso
y arráncale á sus ejes la melodía...
Y pon al borde hirviente de tu áureo vaso
un cerco de cigarras de Andalucía.



LA TÍSICA

A mi hermano en Apolo José J. Herrero.

Dedos leves y ambarinos, dedos castos y sutiles,
dedos puros cual falanjes de traslúcidos marfiles
que tenéis de los ascetas la tranquila idealidad;

dedos tibios y llorosos como lágrimas de cirios,
dedos santos é ideales como cálices de lirios,
que os bañáis en luz remota de una excelsa claridad:

Se os conoce, humanos tallos de cristal, que habéisorado;
se os conoce en vuestra carne de ilusión que habéisllorado;
que os alzásteis á los cielos suspirantes y hechos cruz;

la oración, vuestras blancuras volvió un vidrio penitente;
la plegaria, vuestros tonos hizo un ópalo doliente
y trocó vuestros diez pétalos en diez ágatas de luz.

Dedos largos y ambarinos que el sufrir hizo triunfantes,
dedos frágiles y alados que el dolor trocó en diamantes,
vuestra carne ya no es carne, que es un pórfido ideal;

vuestros tramos y cartílagos, vuestras líneas y tendones,
ya parecen de arpa eolia los angélicos bordones
y semejan el cordaje de una lira celestial.

Vuestras venas no son redes de dibujos mundanales;
el cincel de la elegancia no les dió líneas ducales;
no son venas de áureo origen y azulado resplandor;

son un plano religioso de martirios y desvelos,
son el puro laberinto de la vida de los cielos
y el callado jeroglífico del martirio y del dolor.

Más que dedos elegantes, sois registros de poesía,
que buscaron en los folios la ideal filosofía
que piadosa hace del alma un ensueño juvenil;

más que dedos elegantes, sois los dedos literarios,
peregrinos de mil obras, que entreabieron, visionarios,
con la casta plegadera de un colmillo de marfil.

Sois diez rosas convertidas á la vida de la pena,
diez capullos alargados de castísima azucena,
y diez nácares vestidos con mil prismas de candor;

sois diez plumas desprendidas de unas alas prodigiosas,
diez estuches de claveles, diez adelfas religiosas
y diez ascuas que palpitan con la fiebre del amor.

De seráfica escritura sois purísimos punzones,
estiletes que dibujan eucarísticos renglones,
donde lloran largas penas de aflicción y de bondad;

más que dedos de áurea carne, parecéis santos cinceles;
más que dedos de albo nácar, parecéis sacros pinceles
que trazáis una leyenda dolorosa de bondad.

¿Quién os hizo, nobles dedos, tan sublimes é ideales?
Semejáis de blanca monja los diez dedos monacales
que recorren los registros del misal del facistol:

¿quién os hizo, al modelaros en troqueles peregrinos,
tan traslúcidos y bellos, tan ardientes y divinos,
como flautas construídas con partículas del Sol?

Mas ¡oh, asombro! alzo los ojos, y muy pálida contemplo
una cara que honor diera al altar mayor del templo,
una cara con dos ojos cual dos lunas de pesar;

de ese rostro sois esclavos, dedos hechos de la aurora,
y esa cara es de una virgen, de una tísica que llora,
¡de una vida en flor que muere como espuma en flor del mar!

Ved su pecho, es cáliz mustio de alabastro agonizante,
donde quémase un espíritu que suspira vacilante
como en un tazón de china la girándula de luz:

ved su pecho, lo traspasa luz que en nácares se irisa;
un atril de huesos finge, donde abrió el amor su misa,
que para ella fué sentencia de Calvario, muerte y cruz.

De un humano lapislázuli se tiñeron sus ojeras,
y en sus cercos, campanillas de un girón de enredaderas,
como dos ascuas fulguran dos pupilas verde mar;

dos pupilas abrasadas por perenne calentura,
donde dos lágrimas tiemblan desbordadas de amargura,
tan sinceras y tan hondas, que disponen á llorar.

Asomando, blanca y cóncava, del bosque rubicundo
de una mata de cabellos que se encrespa en haz jocundo,
cavilosa está su frente, que es patena de virtud;

cavilosa en su tristeza y hacia el suelo derribada,
cual si echase hacia la tierra su corona deshojada,
cuando late en pleno día su eclipsada juventud.

Por la fiebre abrasadora en tenaz carmín prendidos,
sus dos pómulos son llagas, tal fulguran de encendidos;
son dos lámparas, dos cirios de un candente bermellón;

hachas fúnebres parecen de una muerta que está viva,
de una muerta interesante que solloza pensativa
mientras rásgase tosiendo su clorótico pulmón.

Como un pájaro aguileño, como un pájaro anguloso,
que sintiendo ya cercano su extinguirse doloroso
dobla el cuello sobre el ala con marchita languidez,

ella dobla la cabeza sobre el hombro funerario,
y resalta con morados cardenales de Calvario,
como un nácar de la muerte, su azulada palidez.

En un último suspiro hacia el cielo inmenso mira;
la Creación, robusta y grande, embriagada de Sol gira;
ve la Tierra coronada de poder, de luz, de amor;

y ya igual que un roto esquife que naufraga entre las olas,
se desbordan por sus labios bocanadas de amapolas
y llorando expira dando un lamento de dolor.

Ya sin vida la alba virgen muestra el arco de la frente;
es un ágata su cuerpo, es de piedra transparente;
por su pórvido sagrado rubio el Sol pasa al trasluz;

diez esbeltos azafranes son sus dedos adorados,
diez crisálidas pajizas son sus dedos consagrados,
diez recortes de hostia de oro son sus dedos hechos cruz...

.....



LA AGUJA



A Luis Morote.

Traspasadora maga de débiles tejidos,
fibra de acero sabio de armónicos latidos,
aguja, obrera rítmica de timbres seculares,
origen é inventora de todos los telares:
¿quién cuenta tus puntadas si no tienen medida?,
¿quién mide el sacrificio grandioso de tu vida?
Del fondo de los tiempos avanzas laborando
al són de tus dedales enérgica, cantando;
al són de tus dedales vistiendo á la pobreza;
al són de tus dedales vistiendo á la riqueza;
labrando al són de un ritmo los velos señoriales,
las flámulas de reyes, los mantos imperiales,
las místicas casullas, las faldas de manolas,
los paños petulantes de capas españolas,
chaquetas de toreros, monjiles delantales,
los lazos de guitarra, los cíngulos papales,
los locos laberintos de telas arabescas,
las clámides egipcias y túnicas chinescas.

Obrera diminuta, sutil maga divina,
araña de los siglos, que labras peregrina
las hebras intrincadas de telas numerosas
con raudas hilanderas y ruecas primorosas:

tus husos bailarines, tus hilos danzadores,
mueven su trama leve de juegos tejedores,
y de los pasos rítmicos de su trenzada fiesta,
de los alegres ruidos de su profusa orquesta,
surge la que tú enseñas lección maravillosa,
hecha en el lienzo, tela de urdimbre provechosa;
hecha en el terciopelo, dormidos arreboles;
hecha en la seda, esmaltes de frescos tornasoles;
hecha en el hilo, castas blancuras florecientes;
hecha en la randa, bailes de poros sonrientes;
hecha en el raso, brillos que imitan á barnices;
hecha en la alfombra, mudas escenas de matices;
hecha en el paño, visos oscuros que vacilan;
hecha en el real damasco, destellos que encandilan;
hecha en la lana, tonos de Sol abrigadores;
en el mantón de flecos, cien triunfos de colores;
en el tricot, falanges de rayas diagonales;
en el satén, reflejos y brillos monacales;
en el linón, encaje de leve fantasía;
en la mantilla, velo de luz y de poesía;
en los estambres fofos, tibiez caliginosa,
y en los etéreos tules, paciencia milagrosa.

No ríndese tu brío con el trabajo atento;
tu pulso es el constante y eterno movimiento;
largas generaciones á que las vistas vienen,
y ante tu talla mínima, postrados se detienen
Reyes, Poetas, Héroes, Santos, Historiadores,
Príncipes, Patriarcas, Papas, Emperadores.
Y tú, al són prodigioso que elevan tus dedales,
les cubres de estameñas ó velos señoriales,

y vistas luego pródiga cien mil Congregaciones,
cien mil Centros humanos, cien mil Instituciones,
y vistas las paradas de airosos militares,
y el mundo de marinos que bogan por los mares,
las sumas de fiscales, de jueces y letrados,
de sobrios sacerdotes y obispos consagrados,
y luego entras sedienta de amor en los Penales
y vistas compasiva los tristes criminales,
y á cuantos largos siglos enfloras y barajas,
¡oh, aguja milagrosa, también los amortajas!

Tu andar es una marcha de amor sublime y tierno;
tu paso es una síntesis del santo ritmo eterno;
no paras, no te rindes, no duermes, no respiras;
tu avance suena á un toque sinfónico de liras;
tus versos de puntadas los oye el pensamiento;
como un Poeta esculpes las leyes del acento,
y labras tus estrofas de sílabas iguales,
tus himnos prodigiosos y yámicos triunfales.
Y andando vienes, vienes, enérgica y concisa,
echando tus pespuntos, moviéndote deprisa,
desde los hoscós drúidas hasta la edad caldea,
desde los babilonios al Sol de Galilea,
desde la Siria á todos los suelos orientales,
desde el Oriente al mundo de témpanos glaciales.
Gitana peregrina de labios de ababoles, (1)
Judío audaz y errante que vió todos los soles,
tú fuiste en las tenaces y sabias carabelas
y á América bordaste con íris y telas;

(1) Plural de la voz murciana *ababol*, *amapola*.

pasaste á Oceanía rimando tus canciones
é hilastes en Manila los célebres mantones;
cruzaste de la China las ondas virginales
é hiciste los floridos ropones de torzales,
y al són de tus dedales cantando tus empresas
en el Japón bordaste las vestes japonesas.
Tú hicistes el *velarium* del rojo Coloseo,
y el traje de mazmorra del magno Galileo,
el manto de escarlata del gran Colón divino
y la grandiosa túnica de *Séspir* peregrino.
Tú hilaste el traje olímpico de Víctor Hugo intenso
y la estupenda clámide de Castelar inmenso,
el himatión flotante del grácil Praxiteles,
la vestimenta sacra del policromo Apeles,
el rojo airón de harapos de Atila carnicero
y la envoltura sobria del portentoso Homero.
Tú hicistele á Teócrito la veste del idilio,
el traje de la égloga tejístele á Virgilio,
tramaste en Aristófanes el velo á la comedia
é hicistes en Esquilo su manto á la tragedia;
y en sedas que torcieron gusanos celestiales
labrando sus capullos de un blanco de panales,
hiciste, al ritmo alado de un uso nunca visto,
la túnica inconsútil del manso Jesucristo.

¡Oh, aguja! ¡oh, profesora! ¡oh, artífice preclara!
¡Oh, madre inmensa y múltiple que á todo sér ampara!
Misericordia enseñas que al ánimo convence,
laboración que triunfa, tenacidad que vence.
Tú, que eres más pequeña que el brillo de una arista,
enseñas al obrero, y al sabio, y al artista;

tú, que eres más pequeña que el hilo audaz de un ala,
has hecho de los hombres los tramos de una escala.
De tu piedad aprendo, y hacer quiero contigo
el traje de alba lana que lleve mi enemigo,
el mismo que me hostiga y el mismo que me prende,
el mismo que me escupe y el mismo que me vende.

Aguja: laboremos al són de tus dedales,
alzando tus versículos y cánticos triunfales,
y si la muerte llega con marcha no sentida,
nos coja elaborando la malla de la vida;
que el sér que no es activo, la fe que no es intensa,
la boca que no ríe, la frente que no piensa,
el ansia que no late y el fuego que no prende,
la azada que no rasga y el remo que no hiende,
las rosas no merecen del triunfo soberano,
¡ni son cuerdas sublimes del gran concierto humano!



RESURRECCIÓN

A José Fernández Zabala.

En los sepulcros de los secos granos
duermen espigas é inflamadas rosas,
y yacen las divinas mariposas
en la negra hediondez de los gusanos.

Dios, con la luz de sus candentes manos,
preñó de vidas las fecundas fosas,
y hace de ellas surgir seres y cosas
al són de sus acentos soberanos.

Dice ¡*vibrad!* y engendra los latidos;
dice ¡*cantad!* y púéblanse los nidos;
¡*reverdecad!* y enárcanse las palmas;

¡*desheláos!* y ruedan las corrientes;
¡*resucitad!* y estallan las simientes;
¡*amad, creed!* y enciéndense las almas.



MÚSICA BÁRBARA ⁽¹⁾

EL TREN

I

A Perni, y á Tolosa.

Decidido las montañas el resuelto tren perfora
al redoble acompasado de su marcha monofónica.
Obsesión de los sentidos, el telégrafo hecho combas,
cual pentágrama colgante en los aires se desdobra,
y á los pájaros sostienen los alambres como notas,
y componen himno alado al Progreso y á la Gloria.
De los túneles sombríos en las fauces cavernosas
su trajín centuplicando el furioso tren se arroja,
y promueve mil estruendos que retumban en las bóvedas,
ciento-pies de raudas ruedas que trepidan como locas.
Cual brutal hacha cilíndrica, la caldera sudorosa
parte el viento en dos mitades y valiente lo destroza,
y por él loco resbala con la crin rizada en ondas
y erizada de centellas que rutilan en la sombra.
Sin palpar tajos ni riscos, ni apartar velos ni frondas,
rasga, hiende y de sí mismo huye en marcha voladora.
Palpitando al ritmo bronco de sus venas poderosas
y crujiendo de sus músculos la bronceína urdimbre tosca,

(1) Organismo monorritmico del autor.

delirante por los campos las distancias cruza y borra,
y sus alas circulares van y van vertiginosas.

Ya á una curva prolongada docilísimo se amolda
y el salvaje grito escupe cual relincho de victoria;
ya en inmensas espirales, como un águila orgullosa,
de los valles sube y sube y á las cimas se remonta;
ya en sus frenos detenido se descuelga por las rocas
como horrisona culebra de pupila audaz y roja.
Siempre el bronco golpeteo de sus ímpetus redobla
y hace burla de las alas, de las flechas y las ondas.
Incendiada en viva lumbre su bandera tornasola
y se llena de áureas chispas como luz de su corona.
Pronto llega al largo puente que colgando se prolonga
sobre el río furibundo de corriente caudalosa;
ya silbando lo estremece, ya sacude sus argollas,
ya volando se columpia en la trama de su comba;
crujen hierros y engranajes, retumbando el puente flota;
¡y el prodigio pasa y ciega con su luz y con su gloria!

II

A Cano Luna.

Como hilera de visiones que el cincel del rayo traza,
se alzan, cresta tras de cresta, rudas filas de montañas,
y esas cimas vigorosas por cien puentes se entrelazan
y los túneles sombríos las perforan y taladran.
A la roca dura y viva el telégrafo se agarra
y, vibrando, al tren saluda, extendido como un arpa.
En los trémulos alambres las filtradas gotas cantan
y producen susurrando una música de lágrimas.
La serpiente de mil ruedas por los cóncavos se arrastra
y con gritos pavorosos estremece sus entrañas.

Al salir de aguda cresta para hender otra más alta,
un momento luce el día y deslumbra la mirada,
y otra vez huye entre sombras la fugaz culebra rauda
con su bélica pupila que barrena la distancia.
De un abismo en otro abismo el horrendo monstruo salta
y un reguero de centellas de su cuello se desgrana.
Bordeando un precipicio con sus mil ruedas lo salva
y asustado el pecho tiembla de su arrojo y de su audacia.
Las hendidas rocas fingen milagrosa estatuaría,
escuadrón torvo y sombrío de quimeras y fantasmas.
Entre dos crestas ingentes, cuando el tren de un brinco pasa,
un instante allá en el fondo se sumerge la mirada,
y se ven aves oscuras que sostienen en la espalda
tornasoles misteriosos que de luces se recaman.
En la más inmensa altura, del tren roza las ventanas
el espléndido abanico de las plumas de las águilas.
Sutilísimas agujas, y rotondas soberanas,
y veletas de granito, al radiante azul se lanzan,
y por cima de esos templos que diseñan las montañas
alza el tren de sus cadenas la triunfal música bárbara.
Su carrera monorrítmica, al herir las rocas bravas,
retumbando tabletea con fragor de catarata;
¡yes que el tren, como el Progreso, si retienen sus dos alas,
caminando á la victoria, ruge, hiende y despedaza!



EN LA ARMERÍA REAL

A José Santos Chocano.

Llovía. En el recinto guerrero de la Historia,
repleto de armaduras y flámulas de gloria,
entré tarareando del alma una canción;

una canción fecunda de amor maravilloso,
de amor, que hace la vida torrente prodigioso,
y es lo único y lo grande que llena el corazón.

Llovía. Y por los campos, rodando en mil tropeles,
las gotas trabajaban con ruido de cinceles,
la vida elaborando prolífica, inmortal;

mientras que de armaduras pletórico el recinto,
la sombra se elevaba del César Carlos Quinto,
con su lanzón de guerra, inmóvil y espectral.

El río de atrofiadas y regias dinastías,
con petos, y coronas, y espadas de otros días,
notaba el aguacero zumbiar con recio són.

— «Un poderoso ejército de gotas gana el mundo —
pensaba el magno César — y lo hace más fecundo
que lo hizo mi gigante y estéril ambición.»

Ejército que canta, que siembra y que germina,
que conquistando razas de amor las ilumina,
salvando las fronteras con rápido volar;

ejército de gotas que rinde poblaciones,
que ondea sus relámpagos á guisa de pendones
y en vez de bronces hace sus truenos retemblar.»

Y á poco que callaron su són los aguaceros,
por las hileras largas de históricos aceros,
cual por teclado bárbaro de hierros hechos cruz,

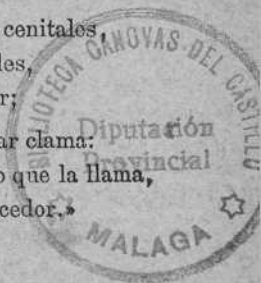
corrió del Sol lanzada, cual vivo meteoro,
la rápida culebra de un rayo audaz de oro
que las cien mil espadas metió en fundas de luz.

Y al ver volar el rayo cual río de hermosura,
así dijo el gran César metido en su armadura:
—«¿Quién, cual la luz, los pueblos se lanza á conquistar?

Sus vuelos son del aire larguísimas escalas,
que en un momento cubren el mundo con sus alas
y todo lo fecundan, la Tierra, el Cielo, el Mar.»

Rasgó el viento de pronto los vidrios cenitales,
y libre entró azotando crineras de metales,
airones, petos, ricas gualdrapas de color;

y al ver cruzar el aire la voz del César clama:
—«El viento es cual la lluvia, lo mismo que la llama,
y da la vuelta al mundo cual héroe vencedor.»



De una triunfal cimera cayó una frágil pluma,
y el Rey de cien Estados clamó con ansia suma:
—«Un milagroso ejército la pluma viene á ser;
cañones de más brío jamás miró la guerra;
la pluma es la que abarca los cetros de la Tierra,
y nunca en sus Estados el Sol se ha de poner.

»No hay Césares que paren el curso de los siglos;
sus triunfos pasajeros, serán al fin vestigios;
el mundo que aprisionan, veloz se ha de escapar;
sólo el amor conquista con gracia y sentimiento;
amor es pluma, y lluvia, y rayo, y luz, y viento,
y sólo de él la Tierra se deja encadenar.»

Así exclamó el gigante que tuvo en una mano
la redondez del mundo al ser su soberano;
mas como en férreas cintas de espadas lo prendió,
rompiendo el orbe opreso las hojas toledanas,
soltó sus ligaduras cortantes é inhumanas,
y el Sol, de un vasto soplo, al César apagó.

¿Y qué esperáis inmóviles, fantasmas espectrales,
azotes de la Tierra vestidos de metales,
si el mundo no supisteis llenar de amor y luz?

Lo mismo que visiones dormis en las corazas,
cercados de rodela, de bronce y de mazas,
vestidos de relámpagos y plumas de avestruz.

De la barbarie humana sois símbolo y compendio;
fué vuestro heraldo, el monstruo crinado del incendio;
fué vuestra estela, un lago de sangre que tender;

caballos cual vorágines montásteis en la Tierra,
y el hurto, el dolo, el crimen, endriagos de la guerra,
bajo la cruz de Cristo llevó vuestro poder.

De Cristo, si, miradlo; se yergue su figura;
se eleva entre vosotros sin casco ni armadura;
avanza, mira, alumbra, se agranda su visión:

viril macho de yunque sostiene entre sus manos;
es el Jesús terrible de arranques soberanos,
el que arrojó del templo las turbas en montón.

Os reta. En vuestras frentes os tiemblan las celadas;
saliendo de las fundas se os crispan las espadas;
—«¡Resucitad!»— os dice, y os da carne mortal:

ya sois otra vez Reyes, ya sois Emperadores,
pero al mirar de Cristo los trágicos furores,
os tiembla la armadura de efímero metal.

No pueden las edades dar tumba á la conciencia;
resurge de las épocas con más tenaz vehemencia
pidiendo de los crímenes y víctimas perdón.

Jesús levanta el torvo martillo en las alturas,
y hay un crujir inmenso de broncas armaduras,
y escudos, cascos, lanzas, en brusca rebelión.

Retiemblan los relámpagos de luz en los arneses;
oscilan las rodela de aceros milaneses;
regidos los caballos dan bote colosal;
como batalla enorme retumba la Armería,
y elevan á los aires, cual bárbara armonía,
cimera, petos, lanzas, su estrépito triunfal.

Jesús descarga el golpe rompiendo mil espadas,
deshace las lorigas de luz empavonadas,
los discos de medusa, prodigio del cincel,

las láminas de acero que comban los pretales,
las inclitas crineras de curvas imperiales,
y todo ondula en grande y horrisono tropel.

Y baja entre el estruendo del bélico recinto
de su corcel soberbio el César Carlos Quinto,
mirando con fijeza de absorto girasol;

y ante Jesús inmenso, que es todo maravillas,
se postra, repicando los dientes, de rodillas,
¡él, en cuyos Estados no vió ponerse el Sol!

Pero Jesús no absuelve, no abdica, no perdona;
deshace un martillazo del César la corona,
que salta en ricas piedras y ráfagas de luz;

¡son piedras como lágrimas de niños y de esposas,
de madres y soldados, de vírgenes hermosas,
do cien guerras brutales en nombre de la Cruz!

Avanza luego rígido Felipe, el Rey del mundo,
la sangre envenenada, llagado el cuerpo inmundo,
y con enorme espanto su voz clama: «¡perdón!».

Jesús eleva el torvo martillo poderoso,
y rompe en vanas chispas el cráneo del coloso
lanzando un penetrante rugido de león.

Es el furor celeste lo que á Jesús domina;
como un volcán inmenso borbota su retina;
su pecho es cataclismo, sentencia, tribunal;

cual dos ríos de llamas de fiero enojo llenas,
en torno al rostro trágico le bajan las melenas
como una apocalipsis de origen inmortal.

—«Venid, prorrumpe, todos los monstruos de la espada;
con tronos, y diademas, y cascos de celada;
yo soy el yunque excelso que forja el porvenir.»

A sus palabras huyen los Reyes espantados,
y hay un temblor de bronces y aceros cincelados,
un estupor que el ámbito de asombro hace crujir.

Rompe el martillo trágico frontales belicosos,
bruñidos trancaletes, pretales luminosos,
gruperas y gualdrapas de rica seda real,

escudos con grandiosas escenas de combate
y lanzas de torneo mostrando en el remate
como una luz la larga cuchilla de metal.

Tan grande espanto siembra la mano destructora
al ir pulverizando, sublime y vengadora,
la guerra y la barbarie, tronando entre las dos,

que sobre el mar de escombros y restos de titanes,
parece que desfila cual lava de volcanes,
en mil lenguas de fuego, la cólera de Dios.

Cesó el estrago; entonces prodújose un portento;
llenó la inmensa estancia, del vértice al cimiento,
pasmosa biblioteca que cobijó una cruz;

y hubo por lanzas, plumas; tinteros, por cañones;
cerebros, por celadas; por petos, corazones;
amor, por sangre y llanto; por hierro y bronce, luz.



EL FRISO DEL PARTENÓN

I

EL PARTENÓN

A D. Manuel Cossío.

¡Oh, Partenón de mármoles divinos
con que se ornó la Acrópolis de Atenas:
de tus líneas sublimes y serenas
sólo halla el hombre restos peregrinos!

Pero aun rotos tus muros diamantinos,
cual caravanas bajo mar de arenas,
la mente humana de esplendores llenas
y ríes en los aires cristalinos.

En los celestes mundos del ensueño,
aún es Pericles tu sagrado dueño
y es genio Fidias que á lo eterno alcanza.

Y aun la Minerva que ante ti se erguía,
sirve á las almas de radiante guía
con la alta luz de su gloriosa lanza.



II

LA CELA

A D. Jose Cintora.

En derredor del templo milenario
vese en los muros regia cabalgata,
que ondulando se extiende y se dilata
con el compás de un rítmico rosario.

Hecha á cincel por genio estatuario,
finge un andar de vírgenes de plata,
donde la luz se rompe y desbarata
entre el reir del griego santuario.

Dando la vuelta al templo milagroso
corre un intercolumnio cadencioso
como un paso numérico y preciso.

Y detrás de sus mármoles se mira,
cual tras las cuerdas de grandiosa lira,
¡la augusta y larga procesión del Friso!



III

LOS DIOSSES



A D. Antonio Maura.

En amplio semicírculo sentados
están los Dioses en honor de Atena,
y una quietud olímpica y serena
se extiende por sus mármoles sagrados.

Entre los sacros Dioses congregados,
Zeus preside la grandiosa escena,
Hera lo mira y con su amor lo llena,
Apolo entona versos inspirados.

Marte levanta la guerrera frente,
Hermes mira la fiesta que esplendente
avanza con sus grupos y cuadrigas.

Y se muestran en gérmenes opimos,
Dionisos, que madura los racimos;
y Demeter, que grana las espigas.



IV

ATENA

A D. Alberto Aguilera.

Tímida luz de castidad la anega
y da grandeza á su ideal figura;
su tierna y nobilísima escultura
digna es del pueblo que á admirarla llega.

Fina serpiente, retorcida juega,
ciñendo de su mano la blancura;
y el manto que á sus hombros se asegura
el céfiro lo pliega y lo despliega.

En su clipeo, por música templado,
lleva el brazo gentil aprisionado
como en defensa del embate rudo.

Y ambicionara el entusiasmo ciego,
despertar otra vez el mundo griego
al són de un golpe en el redondo escudo.



V

AFRODITA

A D. Segismundo Moret.

Venus, la de los senos adorados
que nutren de vigor savias y rosas;
la que al mirar derrama mariposas
y al sonreir florecen los collados;

la que en almas y cuerpos congelados
fecunda vierte llamas generosas,
de Eros á las caricias amorosas
ostenta sus ropajes cincelados.

Ella es la fuerza viva, el soplo ardiente
de cuanto sueña y goza, piensa y siente;
de cuanto canta y ríe, vibra y ama.

En el niño es candor, eco en la risa,
en el agua canción, beso en la brisa,
ascua en el corazón, flor en la rama.



VI

EL PEPLOS

A Salvador Canals.

Ya un joven brinda al sacerdote el velo
simbolizado con figuras bellas,
que tejieron las hábiles doncellas,
gloria y honor del ateniense suelo.

Es la áurea tela cual girón de cielo
con diversos colores por estrellas,
y lanzará sus haces de centellas
de Atena augusta entre el undoso pelo.

Ya el sacerdote acércase á la diosa;
ya está bajo su vista poderosa;
ya le da el velo que á sus hombros ata.

Y después de entregado su tesoro,
se ven pasar las vírgenes en coro
bajo un temblor de túnicas de plata.



VII

LOS ARCONTAS

A D. José Sánchez Guerra.

En amplios himationes rebujados,
que á sus figuras, dóciles, se avienen,
esbeltos los Arcontas se sostienen
en sus bastones de laurel labrados.

Junto á los sacros Dioses colocados
en conversar afables se entretienen,
viendo los grupos que avanzando vienen
por heraldos distintos ordenados.

Cada Arconta gallardo manifiesta
noble emoción por la grandiosa fiesta
dedicada de Atena á la memoria.

Y contemplando el séquito ondulante,
lo ven venir soberbio y deslumbrante
cual áureo río de hermosura y gloria.



VIII

LAS CANÉFORAS

A D. Santiago Alba.

Deteniendo severo magistrado
su pie ante las Canéforas preciosas,
mira en sus caras de purpúreas rosas
el pudor por carmines dibujado.

El temblador ropaje replegado
les da esbeltez de vírgenes graciosas,
y llevan en las manos primorosas
ricas bandejas de oro cincelado.

Sobre el metal que espejeando brilla,
del sacrificio llevan la cuchilla
que al magistrado, cándidas, ofrecen.

Y le brindan también trigo flamante,
que en las canecas de oro rutilante
rubios granizos con el Sol parecen.



IX

LAS DONCELLAS EUPÁTRIDAS

A D. Ricardo Allue.

En el mármol pentélico labradas
de otras vírgenes van las hermosuras,
cuyas blancas y luengas vestiduras
fingen alas de cisnes replegadas.

Conducen en las manos delicadas
jarras de líneas áticas y puras,
fiales con mitológicas figuras,
incensarios y copas cinceladas.

El grupo de elegancia y de belleza
pasa con su adorable gentileza
como visión que vaga se desliza.

Y bañando sus ropas esplendentes,
dijérase que pasa por sus frentes
luz immortal que el mármol diviniza.



X

LOS CARNEROS

Los cándidos é idílicos corderos
que atenienses Colonias enviaron,
en el mármol olímpico mostraron
astas torcidas y lanosos cueros.

Voces de mando como gritos fieros
de los guías tronantes escucharon,
y al paso de la fiesta se ajustaron
dando al aire balidos lastimeros.

Muestran tanta verdad y poesía,
que hasta piensa escuchar la fantasía
del rebaño dulcísimo las quejas.

¡Prodigioso el artista conmovido
que hebras hizo el pentélico bruñido
para formar vellones y guedejas!



XI

LAS VACAS

Brillante con el brillo de la vida,
de asta pequeña y de pezuña breve,
de piel con la blancura de la nieve
y ubres como una fuente dividida,

va á una cadena de metal prendida
la res lustrosa donde el Sol luz llueve,
y arrastra al hombre cuyo paso mueve,
retozando de todo sorprendida.

Muge, brinca, sacude la cabeza;
la espléndida salud, que es su belleza,
muestra en el ancho lomo y cuello altivo.

Y cuando cesa, de jugar cansada,
mansa, enorme, paciente y reposada,
¡parece andando un monumento vivo!



XII

LOS ESCAFÉFOROS

A D. Antonio Martínez Cabezas.

Pasan los Escaféforos erguidos
con escafes en bronce modelados,
que en los brazos, al aire adelantados,
llevan sin fatigarse sostenidos.

Por el luengo ropaje revestidos,
van á un plácido ritmo encadenados,
y sus pies extendiéndose pausados,
se suceden por música movidos.

En las vasijas donde el Sol destella,
que á un barco imitan en la forma bella,
se ven frutas de tonos desiguales.

Y en medio de las frutas olorosas,
se admiran entre círculos de rosas
mieles rubias en áticos panales.



XIII

LOS ESPONDÓFOROS

A D. Gabriel Ruiz de Almodóvar.

Llevan sobre los hombros apoyadas
hidrias repletas de hervoroso vino,
jarras de un modelado peregrino
con heróicas pinturas adornadas.

Al magno sacrificio destinadas,
muestran airozas su diseño fino,
y parecen rocío cristalino,
llenas de luz, sus gotas irisadas.

Es el que Grecia en sus viñedos cria
vino de luz, de aroma y de poesía,
que inspiración derrama por las venas.

El que entre el ruido del festín sonoro,
lentos los fiales hasta el borde de oro,
bebe riendo la triunfante Atenas.



XIV

LOS CÍTARISTAS

Al Conde de Romanones.

Con plectro de marfil tocan la lira
los músicos de manos acordadas,
y de las siete cuerdas combinadas
brotó el raudal que á la ilusión inspira.

Anacreonte que de amor delira,
Safo con sus estrofas inflamadas,
parecen palpar en las doradas
fibras de luz donde el placer suspira.

Con tal belleza lanzan los sonidos
los instrumentos á compás heridos,
que el alma arroba su cadencia clara.

Zeus, tal vez, robado de su coro,
dotó á Grecia de un aire más sonoro
para que en él la música cantara.



XV

LOS AULETAS

A José Nogales.

Grupo de flautas extremece el viento
con riente y diabólica armonía;
al mundo entero Grecia vencería
dando á las notas gracia y movimiento.

Son en sus dedos rítmico portento,
fuente de luz, de encanto y de poesía;
¡que hay un Silfo travieso, se diría,
encerrado en el músico instrumento!

Toca en Eólio, en Frigio, en Lidio, en Jónio,
y desgrana en las alas de Favonio
miles de notas en fugaz fermata.

Sus manos delicadas son de rosas,
y canta Grecia en flautas melodiosas
de oro, hueso, laurel, ébano y plata.



XVI

LOS TALÓFOROS

A D. Luis Seco de Lucena.

Con las ramas de olivos en las manos
y los rostros barbados y severos,
de su vida en los límites postreros
pensativos avanzan los ancianos.

Se extinguieron sus impetus lozanos
como en lo azul se apagan los luceros,
y se ven al final de sus senderos
menos felices pero más humanos.

Aunque á la Tierra la cabeza inclinan,
también en pos del ideal caminan;
y van, mientras su forma se conserva,

con la mente soñando en la hermosura,
el corazón gozando en la ternura
y los ojos clavados en Minerva.



XVII

LAS CUADRIGAS

Al General Polavieja.

De los cuatro corceles la bravura
excita airado el impaciente auriga,
y arranca al pavimento la cuadriga
relámpagos de efímera hermosura.

Sobre el carro destaca su figura
fuerte Apobates libre á la fatiga,
que en la carrera á resistir se obliga
el argólico escudo y la armadura.

El conductor, los frenos descuidando,
el carro precipita retumbando
sobre los grupos con furor violento.

Pára un heraldo el impetu gigante,
¡y quedan los corceles un instante
pataleando en el azul del viento!



XVIII

LA CABAILLERÍA

Dando á la fiesta militar decoro
avanza un escuadrón: son los corceles,
que mezclan en espléndidos tropeles
frenos de bronce y frontaleras de oro.

Como los pinta el clásico Heliodoro
con pluma que avasalla á los pinceles,
van á la rienda que los manda fieles
y relinchando al galopar sonoro.

Mancebos con jitones y diademas
pasan cual manchas de color supremas
dejando un punto el ánimo suspenso.

Y el oído recoge entusiasmado
el militar estruendo, redoblado
con el profundo patear inmenso.



XIX

EL PEPLoS EN LA NAVE

A D. Bernabé Dávila.

Como vuelve el motivo melodioso
de musical composición divina,
vuelve otra vez en nave peregrina,
abierto al Sol, el peplos primoroso.

En su tejido mágico y radioso
lucha de hombres y dioses se adivina,
y, dibujada en oro, se ilumina
Atenea en el centro esplendoroso.

Manchan la tela el azafrán dorado
y el tono oscuro del color violado,
donde la luz se tiende como estela.

El Sol lo dora y á la vez lo azula,
y, sobre el mástil desplegado, ondula
como una rica y deslumbrante vela.



XX

A ATENA

¡Virgen Minerva, sabia y generosa!;
á ti va en larga procesión Atenas;
tú, que las almas y los siglos llenas,
guíala con tu lanza luminosa.

Tan alta está tu estatua esplendorosa,
que absorto el hombre la divisa apenas,
y en regiones sublimes y serenas
se hunde tu casco de divina diosa.

Es Sol fecundo el arco de tu frente;
sé cual del Norte estrella reluciente
que guía la errabunda caravana.

Y vaya á ti como á Ideal Eterno,
¡en un relieve vivo y sempiterno,
esta infinita Procesión Humana!



CANTO DE AMOR

EL DOMINGO DE RAMOS

Ya siendo muy anciana, ¡divina madre mía!,
la fiesta de los ramos mirar quisiste un día
y ver el grave templo trocado en un palmar:

yo te vestí de novia de Dios, que te esperaba;
yo mismo que á tu vida mi vida consagraba,
y te vestí cual visten la Virgen del altar.

Saqué del arca antigua tu histórico vestido
de seda milagrosa; colgué bajo tu oído
dos trémulos pendientes de un mágico reir;

saqué de tus zapatos los dos estuches bellos,
saqué ajorcaas de oro que puse en tus cabellos,
saqué tus dos pulseras de broches de zafir.

De aquel arcón sublime saqué un libro sagrado,
cual por la luz de un ángel en derredor dorado;
tu cándido abanico de plumas de avestruz;

tu prendedor de concha; tu tierno relicario;
tu de prismadas cuentas santísimo rosario,
y tu mantilla espléndida como un temblor de luz.

Y así que te vi toda de brillos constelada
igual que si estuvieses de estrellas salpicada,
cogí entre mis dos brazos tu imagen de marfil,
y te bajé entre juegos y risas la escalera
cual si en mis ígneos dedos la luna condujera,
ó el cáliz consagrado, ó el místico viril.

Soltándote en el suelo como á un niño adorado,
tembló la calle toda como un bosque trezado
de miles de palmeras bañadas de esplendor.

Se hinchó tu pecho anciano con la onda de la vida,
y un punto te sentiste de gloria estremecida
con emoción tan grande, que fué casi dolor.

Para atajar el paso de dos lágrimas puras
que al verte deslunbrada por tantas hermosuras,
á tus divinos ojos quisiéronse asomar;

yo te enredé en mil vivos piropos andaluces,
y te hice tan brillantes hipérboles de luces,
que al fin rompiste en risas, á punto de llorar.

Prendida de mi brazo llegaste al presbiterio,
y cual se dobla un siglo, bañada de misterio
doblaste las rodillas con hõnda religión;

y apenas inclinaste la frente conmovida,
como una larga flauta de luz, del Sol venida,
llegó á tu boca un rayo, calando un rosetón.

Dios te besó en los labios, mi prodigiosa anciana,
mandando una larguísima trompeta soberana
con la divina esencia de su inmarchito bien:

del Organo de oro, que es Organo del mundo
y tiende cien mil flautas, mandóte el más fecundo
rayo de triunfo y gloria, para dorar tu sien.

Allí entre las palmeras que el templo embellecían,
los vidrios policromos temblando se reían
como una alegre Pascua de luz y de color;

allí alzaba Isaías sus iras de profeta;
San Juan apocalíptico, sus alas de poeta;
San Agustín, su frente de grave pensador.

En las pluviales capas tejidas de mil rosas,
enjambres se bordaban de espesas mariposas;
en dos haces partido, mostrábase el misal;

y allá, en dorado púlpito, lanzó un tenor su acento
igual que si una ráfaga melódica del viento
trajera de otros mundos un canto celestial.

Vi levantarse, ¡oh, madre!, tu pecho estremecido
y desprender tus ojos dos lágrimas sin ruido,
mientras que á Dios mirabas cual tierno girasol;

aún me parece ¡oh, madre!, que tu dolor contemplo,
y aún siento en mi romperse la bóveda del templo
y que ante mí se apaga la lámpara del Sol.

Hoy vienen nuevas palmas del suelo de Levante
para que se orne y ría Jerusalén triunfante,
mas no veré sus ramas postrado junto á ti:

desde hace mucho tiempo mi casa está vacía,
mi casa ya no tiene tu santa compañía,
y está lejos, muy lejos, tu espíritu de mí.

Las palmas ya no tienen para mi mente gloria,
sus altas lanzas de oro no hieren mi memoria
igual que cuando dabas honores á mi hogar;
ya engalanar no puedo tu sér para la fiesta,
ni acompañarte al templo para escuchar la orquesta
que hacía con su estruendo las bóvedas temblar.

Mi casa está tan triste como un sepulcro frío,
mi frente ya no tiene coronas de rocío,
mientras las palmas cruzan, llorando estoy por ti;
se fué cuanto quería, se fué cuanto adoraba,
se fué la mariposa que el aire me encantaba,
¡te fuiste y la tristeza colgó su velo en mí!

Ya del arcón sagrado que guarda tu tesoro
no sacaré las cintas ni las ajorcas de oro,
no sacaré el rosario ni la bendita cruz;
ni prenderé á tu frente como una maravilla,
el velo prodigioso, la espléndida mantilla
tramada por las sílfides con mil hebras de luz.

No sacaré el de seda vestido idealizado
para envolver tu cuerpo cien veces consagrado,
ni anudará tu risa las almas de los dos,
ni ceñiré á tu mano la fúlgida pulsera,
ni bajaré, abrazando tu imagen, la escalera,
igual que si en mis brazos bajara el mismo Dios.

Palmeras de Levante que vais en procesiones:
pasad, con vuestros arcos tocando en mis balcones,
hacia el solemne templo, que ya brilla el altar;

y pues venís del lado donde mi anciana mora,
decidme si su pecho de sentimiento llora,
decidme si se ríe besada por el mar.

Traedme sus palabras de esencia peregrina
desde el azul que ondea la clara mar latina,
traedme sus suspiros como una bendición,

traedlos en las lanzas de puntas luminosas
parados como enjambres de negras mariposas
y llenen revolando mi triste corazón.

Mi hogar está tan triste como un sepulcro frío,
mi frente ya no tiene coronas de rocío,
mientras las palmas cruzan, llorando estoy por ti;

se fué cuanto quería, se fué cuanto adoraba,
se fué la compañera que el mundo me alegraba,
¡te fuiste y la tristeza colgó su sombra en mí!



LOS CABALLOS

A Luis López Ballesteros.

Cual aluvión revuelto, con crines como llamas,
allá van los caballos; dad paso á su carrera;
es mar desencajado que pártese en cien ríos,
es un turbión salvaje de múltiples banderas.
De todas las Naciones volando los corceles
fingen disperso Niágara de arrolladoras fuerzas,
que fieros y gallardos para medir su empuje
acuden á un certamen sobre las Pampas épicas.
Cual preparado plinto para plantar un mundo,
se extienden las llanuras como planicie eterna,
plinto que aguarda el día que en sus arenas caiga
la lluvia de ciudades que los desiertos puebla.
¿Fueron los mudos páramos el plan apocalíptico
de un mar, de un vasto Océano sin cintas de riberas,
que declamó grandioso con su elocuencia trágica
de ya perdidos pueblos las inclitas grandezas?
Por el gigante lienzo de las llanuras, corren
los ágiles caballos que empuja la demencia,
igual que torbellinos que llevan sobre el arco
del endiosado cuello, ramales de candelas.

De un desgajado incendio, las lumbres grises, rojas,
las lumbres luengas, libres, las lumbres blancas, negras,
parece que á sus crines tremolan amarradas
como jirones fúlgidos que el viento desmelenan.
Allá van por la arena bebiéndose los límites,
tragándose horizontes que surgen y se alejan,
donde el silencio virgen se rasga en brascas sábanas
al choque de los cascos envueltos en centellas.
A su fragor inmenso, los altos avestruces
desdoblan de sus zancas los tramos que se pliegan,
y se levantan, y abren las triangulares patas,
y en dispersión de asombros los arenales llenan.
Van los caballos todos, los de carrera indómita,
los de galope olimpico, los de triunfal cadencia,
los de pujante tiro, los de potente arrastre,
los de deformes músculos, los de armonía bella.
Allí van los ingleses, los árabe-sajones,
que la apretada silla sobre los dorsos llevan,
y van los trakenenses, normandos é imperiales,
para lujosos trenes de señoriales ruedas.
Van los arloffs, que trotan con resistente brío;
los ardeneses rápidos, que al tiro se doblegan;
los de los Alpes, recios para la dura carga;
los andaluces nobles, para adular la estética.
A lo infinito varios, ostentan los corceles,
al alfombrar las Pampas en varia competencia,
modelos con que sueña la rica estatuaría,
triunfales barbarias y alardes de soberbia.
Otros, los miembros doblan donde la mente estudia
los goznes y engranajes en los que va la fuerza,

los músculos de bronce, los ímpetus de ciclope,
las ancas de centauro y el brío con que vuelan.

Va de la Francia agrícola fortísimo el caballo
de reposadas líneas, de sólida osamenta,
de movimientos tardos que teje el equilibrio,
de masas musculares á proporción sujetas.

Es el motor enorme para el arrastre bárbaro,
el organismo firme cual de mármorea piedra,
el río inagotable de sosegado curso,
el monolito rudo de firme resistencia.

Va de la Arabia el grácil corcel de acero alado
que es de inquebrable urdimbre y es de figura esbelta,
por cuya piel discurren mil raros laberintos
con que al azar escriben las entramadas venas.

Sus cascos son relámpagos como eslabones súbitos
que chorros de mil chispas arrancan de las piedras,
y en sus nasales fosas vibra el relincho heroico
cual caracol de fuego con que los aires tiemblan.

Va el clybandés, que es alto como el normando augusto,
viril, ducal, magnífico de forma y de presencia,
hecho para berlinas de marquesados timbres,
para *landós* que luzcan coronas de realeza.

Condecoradas bandas parecen sus rendajes,
toisones, cruces, fingen que por hebillas llevan;
de los palacios cruzan los pórticos dorados
y asisten impasibles á las solemnes fiestas.

Un espejuelo móvil, cual diminuto disco,
en su cerviz va dando como un gimnasta vueltas,
y su rotundo trote de zapatazos bronceos
igual que reales órdenes sobre el asfalto truenan.

Va allí el inglés de huesos compactos cual marfiles,
de avizorado oído, de palpitante oreja,
de eléctrica pisada, de rápida pupila,
de sangre que es el raudó silbido de una flecha.

Elástico y contrátil, se encoge y se distiende
mientras describe el curso de su febril carrera,
oyendo en vivas salvas los cañonazos de oro
con que el *Champán* saluda su paso de centella.

Y va el Suffolk que lento, pero potente y firme,
del gran camión arrastra la máquina tremenda;
la masa de sus músculos se duda si es granito,
si es carne, hierro, bronce, ó acero que retiembla.

Va el andaluz moviendo los armoniosos brazos
abierta en dos telones la ingrávida melena,
meciendo con su marcha las redes de abalorios
que de sus recios lomos temblando se descuelgan.

Como un excelso músico, tejiendo van sus cascós
de un endiosado ritmo la original cadencia,
y son cual cuatro flautas sus remos polifónicos
á cuyo són sublime de amor canta la Tierra.

Todos, cual suelto río, por los desiertos pasan
luciendo en el torneo su empuje y su destreza,
y van timbrando rápidas sus fieras herraduras
de las enormes Pampas las sábanas egregias.

Allí están en su mundo los brutos admirables
que son la audacia, el brío, la pompa y la belleza;
los inclitos corceles, prodigios de las razas;
los inclitos corceles, milagros del planeta.

Para llevar tiranos que coronó el orgullo,
uncidos á las cintas de ricas carretelas,

y en homenaje innoble desparramar al viento
de su sudor glorioso las intasables perlas;
para arrojar al circo su senectud sagrada
lo mismo que se arroja lo inútil á la hoguera,
y entre ovaciones bárbaras mirar cómo agonizan
después que al hombre dieron su savia y su nobleza;
para poner sus pechos ante el cañón cobarde,
ante el cañón autómatá, que es gloria de la guerra,
y pulveriza en solo la vida de un segundo
pirámides altísimas que levantó la Ciencia;
para llevar encima de sus excelsos lomos
traidores personajes vestidos de gangrena
que venden á la Patria, y afrentan su heroísmo,
y extinguen sus entrañas, y rasgan su bandera,
dejad que en los desiertos sin hombres y sin límites,
los ágiles caballos sus crines al Sol tiendan,
y luzcan de sus mantos las tintas señoriales
donde un millón de prismas se desbarata y tiembla.
Dejad que abran al aire sobre los mudos páramos
la túnica alazana, la túnica isabela,
la túnica de espigas, la túnica en festones,
la túnica dorada, la túnica peceña.
Dejad que á Dios y á solas abran el tordo manto,
abran el manto overo, abran el manto perla,
abran el manto pío, abran el manto rojo,
y abran el manto tigre donde las rayas juegan.
Y si queréis que torne desde las grandes Pampas
de los corceles bravos la inundación soberbia,

que avance, mas trayendo por cascos tronadores
mil hachas de abordaje sobre la Europa infecta.
Que vengan, mas trayendo por espantoso impulso
un huracán que arrase la envenenada Tierra,
relinchos de clarines cual cantos de exterminio,
sudor de ácido prúsico y crines de centellas.



EL CREPÚSCULO

A Alejandro Sawa.

¿Sabéis lo que es un amplio crepúsculo de oro?
¿Sabéis lo que es un mágico crepúsculo de fuego?
La luz que, como un Muerto, sus átomos corrompe
y listase de tintas y tonos cadavéricos.
Cuando el poniente rayo del moribundo día
como en azul sepulcro dilátase en el cielo
y agónico distiende sus venas desgarradas
quedando al fin exánime sobre el confín abierto,
rodéanse sus ojos de lirios deshojados,
de lánguidas violetas como afligidos cercos,
y muéstranse sus órbitas de lloro congeladas
como de azules lágrimas ungidas de misterio.
Los dos labios se pudren, en púrpura teñidos,
cual rosas coaguladas de visos soñolientos,
y vierten los postreros suspiros de amargura
en forma de colores y ráfagas de incendio.
Los brazos se destacan en líneas mortuorias
de cardenales mustios y de martirios llenos,
y vuélvense los dedos diez chorros de carmines
cual diez fuentes de luces que manan en silencio.
Los pies amoratados sus átomos deshacen
en rayas de zafiros y pórfidos intensos

y las verdosas llagas enseñan sus heridas
de bordes inflamados y círculos bermejos.
Podrido el rayo de oro que llena el horizonte
como la muerte pudre los átomos de un cuerpo,
eso es un descompuesto crepúsculo de tintas,
cadáver que líquidase formando prismas bellos.
Su química flotante salpícase de notas,
vetéase de oro, de rosa, añil y negro,
y pasan en desfile volubles tornasoles
por manos, pies y músculos prismáticos del muerto.
El rayo está yacente y exangüe en su sepulcro
y en torno de él revuelan erráticos insectos,
que fúnebres ventean la vana podredumbre
de la irisada escoria que se deshace ardiendo,
y á alimentarse vienen con la gangrena rubia
avispas de dalmática que imita al terciopelo,
ariscos abejorros de traje funerario,
enardecidos tábanos vestidos de oro trémulo,
monomaniacas moscas que abrévanse en los bordes
de las heridas llenas de azul calenturiento,
desencajados bñhos de fascinantes órbitas
y de plumaje fúnebre que cantan á lo negro,
y una insaciable ronda de ingrávidas libélulas
en apariencia idílicas, macábricas por dentro.
En medio de esa nube de seres que pululan,
su carne de luz brinda prismatizado el cuerpo,
y rabia, y pena, y cólera que salta en cien relámpagos,
da al alma que, impotente, no puede defenderlo.
Desde la ignota raya de todos los confines
vienen los siglos todos al asombroso entierro

al Rojo Simulacro, la Gran Misa de Sangre
que eternamente eleva de su horizonte al cielo,
la Gran Misa de Púrpura por todos los caídos,
por todas las tragedias que interpretó el acero,
por todas las horribles y vastas hecatombes
con que cubrió de infamias el hombre el Universo.
La frente arrebolada, los ojos errabundos,
Cain llega, la envidia mordiéndole en el pecho,
y el cuerpo de celajes tristísimo arrodilla
con el cuchillo en alto cual para herir colérico.
Errante su conciencia no pára en el sepulcro
y á la hora del ocaso recorre el firmamento
oyendo su pecado que truena y que retumba
igual que un campanario metido en su cerebro.
Nerón con su diadema de tigre coronado
avanza en su cuadriga de nubes y de fuego,
y de sus ocho intrépidos caballos bicolores
salta una espesa lluvia de chispas y destellos.
Al fondo, ardiendo Roma sus torres ilumina
como de cien bengalas al resplandor soberbio,
y arrollan los corceles alfombras de cadáveres
con las crineras de oro tendidas á los vientos.
Pero aunque pasa el monstruo vestido de hermosura,
tenaz tropel de víboras le despedaza el seno,
y lleva en la encendida diadema de celajes
como unas negras sílabas la maldición del tiempo.
Atila sobre un rojo caballo de vapores
que fabricó una nube con su ropón de duelo,
también pasa por Roma como una tromba humana
y con vibrantes rayos empiedra el pavimento.

Del Septentrión le siguen los hombres torrenciales
sobre corceles locos, sobre corceles ebrios,
y el corrompido Imperio fumigan sanguinarios
como un apocalíptico desinfectante inmenso.

Allí vienen las vírgenes del Circo y sus horrores
como una red de llamas flotando los cabellos,
los velos recamados de cintas luminosas,
los ojos como brasas que enciende el sentimiento.

Un tigre de arreboles la cola de bengala
ondea ante la víctima como un airón espléndido,
y lentamente enseña la bronca dentadura
como un feroz teclado que muévase siniestro.

De una rosada virgen el seno despedaza
sin que sus labios de oro susurren un lamento,
mientras que allá, en el fondo del vívido horizonte,
se alza el perfil judío del magno Nazareno.

Y brota de Pilatos la hipócrita figura,
la vil y la política figura hecha de cieno,
en un Pretorio alzado con jaspes y rubíes
y en ademán vehemente de persuadir al pueblo.

Después hunde el Pretorio sus muros de amatista,
y elévase una cumbre rondada por los cuervos,
donde una Cruz alarga los brazos infinitos
hasta abarcar el mundo y hasta llenar los cielos.

Y de una nube surge la histérica Cleopatra,
la nómada, la egipcia, la de mirar funesto,
y una dorada vibora se enrosca lentamente
al pecho que fué abismo de Marco Antonio ciego.
La Gran Misa de Púrpura que flota en el espacio
escuchan los que el mundo de sangre enrojecieron,

los que de Dios en nombre nutrieron las Cruzadas
vestidos con la máscara de nobles caballeros;
los que de Dios en nombre, como de lepra inmunda,
la tierra salpicaron de escarnio y vilipendio;
los que de Dios en nombre, que es paz, y amor, y vida,
la Inquisición llenaron de trágicos lamentos;
los que azuzó en jauría Napoleón terrible,
el trillador de vidas, el lúgubre, el tremendo,
el bisturi que rota dejó la especie humana,
el inmortal vampiro y el monstruo sempiterno.
Las lívidas exequias contemplan sollozando
ante el rojizo túmulo cuantos la tierra hirieron,
y en procesión grandiosa pasando se deslizan
por el confín de llamas del horizonte abierto.
Avanzan con sus báculos los Papas de colores,
los Cardenales áureos, de vivos mantos luengos;
los ínclitos Profetas, cuyas antiguas barbas
son un jirón flotante de prodigioso incendio;
los Patriarcas graves, en cuyas frentes bíblicas
arde en apoteosis una visión de fuego.
Cantan el *Requiem Rojo* de páginas de sangre
sin que resuene un grito, sin que palpите un eco,
y lastimeramente las almas de los siglos
¡pequé, ¡pequé!, declaman cantando un coro eterno.



EL ÓRGANO SALVAJE ⁽¹⁾

A José Francos Rodríguez.

En la gruta de millares de columnas,
de un salterio las cadencias se desgranán,
cuyas cuerdas son las gotas, que en hileras pensativas
como espíritus se alargan.
Y cual líricos collares de buriles,
cual ringleras de cinceles que trabajan
en labores que resisten la balumba
de las épocas que pasan,
dando están eternamente cada gota su sonido
como el eco de una flauta,
como el tallo milagroso de una piedra cristalina
que hacia abajo crece y crece á medida que más canta.
A su isócrono sonido, otra flauta emite un eco
al caer la gota misma que el sonoro tallo labra,
y que forma, al dar en tierra, otro tallo milagroso
que creciendo sube y sube, mientras más sonidos lanza.
Y esos tallos filarmónicos de la piedra que hacia arriba
va á buscar, durante siglos, la que baja,
al llegar á confundirse sus dos puntas,
en un gran beso de piedra se desposan cual dos arpas.

(1) Ritmo español de cuatro sílabas combinadas. (El hemistiquio de la copla popular y del romance.)

Y el idilio, esa atracción inextinguible
de las dos estalactitas que se aman,
que se buscan en el aire de misterio
como dos labios de pórvido, como dos bocas de ágata,
al fundirse en perdurables desposorios,
ya sus dos tallos no suenan como fibras acordadas,
y trocándose en columna portentosa
en el órgano del templo enmudecen sus dos flautas.

Pero surge un nuevo idilio de dos liras
que otra gota bordadora labra y labra,
vida dando á las dos piedras que se buscan
cual si en una hubiese un silfo y en la otra hubiese un hada.
Si una llora, la otra llora; si una ríe, la otra ríe;
si una sueña, la otra sueña; si una canta, la otra canta.
De la bóveda del templo
donde mil estalactitas se entrelazan
cual trompetas fabulosas de un gran órgano salvaje
que responden á otros tubos que del suelo se levantan,
la colgante lira nueva, la sutil estalactita,
una gota de luz clara
le desprende á la otra lira que en el fondo espera, espera,
el porrazo de la perla en su punta congelada.
Afilando sus extremos
como dos fúlgidas lanzas,
dilatando cual dos crestas
sus remates de floretes que se alargan,
así están siglos y siglos afilando sus dos hojas,
aguzando los dos filos de sus líricas espadas.

Son dos seres encantados de la gruta
que ejecutan maravillas de la plástica,
y se besan por el puente fugitivo de una gota,
y sus penas se transmiten por sutil cable de lágrimas.
Y al unirse las dos liras en perenne casamiento
tras de estar luengas centurias subyugadas,
en el órgano enmudecen otras dos largas trompetas,
y se forma otra columna soberana.

Pero surgen otras églogas de amores
de otras mil leves agujas que se cuajan,
como tallos que se elevan, como tallos que descenden,
como lentos corazones que en buscarse no descansan.
Suspendidos de los techos,
puntiagudos vierten cuentas como gotas una lámpara,
y del suelo otros ascienden por el aire de las bóvedas
como á tientas auscultando los que arriba les aguardan.
Brillador cañaveral de corazones
forma palios de colgantes filigranas,
y alargando sus penachos de cristales con mil iris
ven abajo dilatarse otro ejército de lanzas.
Esos largos corazones hechos punta
se transmiten, atrayéndose, sus ansias
de fundirse en unas nupcias infinitas
y trabajan, y trabajan, y trabajan,
por besarse en lo remoto de los tiempos,
por fundirse en las edades centenarias.
Incesante actividad de piedras leves
que no duermen, no descansan,

afanándose desprenden sus collares
de partículas isócronas de agua,
y perforan, y golpean,
y burilan, y taladran,
y se envuelven en virutas de cristales,
y deslumbran con sus círculos de plata,
y de estéticos carámbanos se adornan,
y con átomos de nácares se alargan,
y no cesan en su anhelo de fundirse,
bien así como las almas,
que en perpetuos hervideros de ilusiones
y en dorados torbellinos de esperanzas,
van la lenta estalactita laborando de sus vidas
bajo el golpe de los pechos y las frentes que no paran.

¿Quién no aprende vastas leyes de belleza
en las cuerdas laborantes de esas arpas,
y no estudia la paciencia, y no bebe la armonía,
y no absorbe la constancia?

¡Ideales de dos piedras amorosas
que por veros enlazadas
estáis siglos y más siglos fabricando perla á perla
vuestras líricas agujas soberanas!:
sois de un órgano fecundo los mil tubos prodigiosos
que á la vez que piensan, cantan
con el ruido de sus gotas desprendidas
por las bocas infinitas de sus piedras encantadas.

En el pecho de los hombres, talla, esculpe,
¡oh gran órgano!, tu gracia,
tu lección maravillosa de trompetas,
y de ti copien las almas
un millar de estalactitas portentosas
donde cuajen los amores de la Patria,
donde cuajen el respeto á la Justicia,
donde cuajen el cariño á la Desgracia,
donde cuajen el amor á la Pobreza,
donde cuajen las ternuras á la Infancia,
donde cuajen el amparo á los Caducos,
donde cuajen la Alegría, y la Esperanza,
y el Honor, y la Virtud, y el Heroísmo,
y un millón de altos cordajes, y un millón de excelsas flautas..
Yo los párpados cerrando para ver mi propio espíritu,
te percibo trasladarte á mis entrañas
con tus éticas lecciones de columnas y buriles,
tus tesoros de matrices y de pautas;
y aplicando á mi interior ambos oídos
cual quien oye de Dios mismo la palabra
hecha líricas trompetas y hervideros de armonías,
¡oigo el canto religioso de tus cuerdas milenarias!...



LAS MANOS DE MI MADRE

En la concha divina de tu regazo
jugando con tus manos paso las horas;
ya trenzando sus dedos en dulce lazo,
ya dejándolas libres y voladoras.

Absorto en mi ternura juego con ellas
mientras charlando alegre sueño contigo,
y revuelvo tus dedos cual haz de estrellas
ó cual bello puñado de rubio trigo.

Cuando acerco las mías de amor temblando,
á tu falda las tuyas riendo asomas,
como juntas se asoman al nido blando
los morenos plumajes de dos palomas.

Y así que las prendemos en dulce malla
como sus leves hebras cruza un tejido,
traban las cuatro manos ruda batalla
de la cual siempre, ¡oh, madre!, salgo vencido.

Luego tras la pelea vienen las paces,
pero son unas paces sólo fingidas
para agarrar de pronto como dos haces
de flores, tus dos manos desprevenidas.

Por insigne torpeza son castigadas,
en grave juez me erijo por darte miedo,

y las dos á sentencia son condenadas
de recibir un golpe por cada dedo.

Ya está presa una mano por pecadora
en la cárcel, sin hierros, de tu rodilla,
asustada mirando llegar la hora
de que en sus curvos dedos dé la cuchilla.

A ejecutar airado voy la sentencia,
y los dedos retiras atribulada,
y otra vez los extiendes á mi presencia,
y otra vez los encoges emocionada.

Hasta que venturosos los dos á solas,
de nuestros labios salen cual frescas brisas,
igual que borbotones de vivas olas
explosiones triunfales de locas risas.

¡Tus manos! No están llenas de finas luces
cual manos que en el ocio yacen felices;
las tuyas, como un pecho de honrosas cruces,
están condecoradas de cicatrices.

¿Quién ante sus arrugas no se prosterna,
si, llenas de virtudes y de energías,
han alzado al ambiente de misa eterna
el cáliz del trabajo todos los días?

Un cáliz revestido de albos cendales
de que es digna la honrada mano del fuerte,
porque ese férreo cáliz-pesa quintales
y á Dios cuesta elevarlo gritos de muerte.

Heroína de un noble rudo torneo
y erizada de insignias, Dios te venera;
cada arruga en tus manos, es un trofeo;
cada surco, el repliegue de una bandera.

Esas manos sagradas me han regalado
haciendo con sus brazos cuna bendita,
y á su vaivén glorioso me han columpiado
con su dulce paciencia, que es infinita.

Esas manos bruñidas, manos de hada,
tuvieron, como un manto de la riqueza,
á mi cuerpo de niño siempre ajustada
la túnica de luces de la limpieza.

Esas manos fecundas me dieron plenas
de tus senos las ánforas, donde bebía,
como en cristal de augustas fuentes serenas,
paz, amor, sentimiento, leche y poesía.

Esas manos preciosas hechas de encajes
iguales á manojos de oro y destellos,
peinaron cual dos bandas de cortinajes
las dos bandas de rizados de mis cabellos.

Esas manos suaves me han vigilado
cuando la noche negra su ala tendía,
recorriendo mi cuerpo como el teclado
de los dedos de un ángel, mientras dormía.

Esas manos divinas de Dios hechura,
cuatro veces bañólas luz soberana:
¡manos de casta virgen, de madre pura,
de viuda doliente y excelsa anciana!

¿Con qué, manos piadosas, pagar pudiera,
tanto amor, tantos bienes, tanta hidalguía?
Daros el alma toda, muy poco fuera,
pues si no es por vosotras, no existiría.

Daros mi sangre ardiente, no fuera nada,
pues la que tengo, ¡oh, madre!, tú me la has dado,

y en vez de en tus arterias latir aislada,
hasta las venas mías la has prolongado.

Los ojos arrancarme fuera locura;
para pagarte, madre, son vanas cosas;
de los tuyos salieron y su hermosura,
como unas rosas viejas dan nuevas rosas.

Mi corazón que vibra con ciego brío,
poco es para pagarte siendo quien eres;
con la mitad del tuyo formóse el mío
y vivo de prestado porque tú quieres.

No se paga con nada lo que tú has hecho;
soy tu mitad, y nada darte podría;
si quiero el pecho darte, tuyo es mi pecho;
si quiero darte el alma, tuya es la mía.

¡Oh, manos ya caducas y generosas;
quién jóvenes volviera vuestras ternuras,
como salen de nuevo las mariposas
de las ensangrentadas larvas oscuras!

Vosotras, manos fieras de criminales,
tocad las de mi madre manospreciadas;
tocad sus dedos justos y celestiales,
y os volveréis de pronto puras y honradas.

Vosotras, las que asisteis cosas ajenas
temblando entre azarosas vicisitudes;
tocad las de mi madre de glorias llenas,
y os cuajaréis de insignes claras virtudes.

Vosotras, las de tintas inmaculadas,
manos de las ternuras, manos de niños;
venid hacia mi madre como bandadas
y aprended de sus manos á hacer carinos.



Vosotras, las de dulces dedos cristianos,
manos de idealizadas nobles esposas;
si tocáis de mi madre las santas manos
os volveréis divinas y milagrosas.

Manos de tiernas virgenes llenas de alburas,
besad las de mi madre torpes y bastas,
y seréis, al besarlas, tres veces puras,
y seréis, al besarlas, tres veces castas.

Vosotras, las del hombre manos potentes,
cuyo fecundo impulso no halló medida:
si sois de la energía dos ricas fuentes,
fueron las de mi madre rios de vida.

Manos perdonadoras de los ancianos,
espléndidas en penas y en dichas parcas:
de mi madre Evangelios son las dos manos,
pues son bíblicos libros de patriarcas.

Manos las de los reyes con cetro de oro
que sangre de los hombres vertéis á mares:
las de mi madre elevan más gran tesoro,
el cetro omnipotente de los hogares.

Manos las de los héroes, vuestra victoria
no con la de mi madre fué comparada:
es manejar la rueca más alta gloria
que encenagar en sangre la altiva espada.

Manos de los poetas que el cielo inspira
y alzáis himnos sublimes y soberanos:
donde apoyéis vosotros la santa lira,
puede apoyar mi madre las santas manos.

Manos de los pontífices que á Dios veneran
bajo templos que cierran los campanarios:

de vuestra misa augusta, bien ser pudieran
las manos de mi madre los incensarios.

Vosotras sois mis sueños y mi locura,
¡oh, manos de mi madre santificadas!;
destrenzarlas mil veces es mi ventura;
y es mi dicha, mil veces verlas trenzadas.

Tus manos beso, madre, no por ser bellas;
porque enjugaron siempre mi amargo lloro;
no cambiara sus dedos hechos de estrellas
por las alas de un ángel de plumas de oro.

Deja, anciana sublime, que me acompañas,
que como á Dios te aclame la lengua mía:
¡Salve, pues me llevastes en tus entrañas!
¡Salve, madre del alma! ¡¡Salve María!!



LAS CATARATAS DEL NIÁGARA⁽¹⁾

A Domingo Blanco.

A diez leguas de distancia
del estrépito espumante de melenas,
del desplome de alaridos y de asombros,
ya el oído lo recoge con su acústica trompeta,
y en el órgano auditivo, en su caja vibradora,
como bronco són penetra,
como el són de un abejorro inmensurable
de infinitas alas negras,
que atronando el Continente con su trompa terrorífica,
todo el vasto Continente conmovido zumba y tiembla.
A diez leguas ruge y canta
del timbal del abejorro la cadencia,
y una danza imperceptible de llanuras y de montes,
de hondonadas y de crestas,
bailar hace, trepidando,
á la comba del Planeta.
Retemblar enronquecido
que se nota y vibra apenas,
de los átomos del suelo se transmite á nuestra planta
y en los pies finge hormiguero que compacto burbujea,
por los nervios sacudidos finge andar de arañas locas,
que subiendo van bailando y al bailar brincan coléricas,

(1) Ritmo español de cuatro sílabas combinadas. (El hemistiquio de la copla popular y del romance.)

y en la concha del cerebro finge un épico acercarse
de profundos cataclismos y de máquinas de guerra.

A más próxima distancia,
el zumbar del abeijorro ya es tormenta;
ya es un trueno prolongado de ciclón, que de hace siglos
en su vasto parche cóncavo retumbando porracea.
Ya se siente más rotunda por debajo de la planta
esa música tremenda,
como un ruido de millares de tambores
que transmiten al cerebro los estruendos de una orquesta.
Como pájaros que vuelan de un alambre telegráfico,
se alzan miles de emociones del alambre de las vértebras,
y cual un mástil salvaje de guitarra que se rompe,
dolorido el espinazo de emoción, recruje y tiembla.
Nuestros nervios estallantes
cual cordeles sensitivos que se estrenan,
nos sacuden latigazos dolorosos
á lo largo de las venas;
y al andar hacia el Prodigio
para verle sus espumas y sus barbas estupendas,
la emoción es tan gigante,
tan aguda y prolongada, que se finge la conciencia
que en lugar de ir á la fiesta más grandiosa del espíritu,
vamos presos entre garfios que nos rasgan y maceran.

Yo no canto tu armonía imitativa
solamente por cantarla, Padre enorme de la fuerza,
cuando bajas desbordante con tus gritos y tus palios,
de los bordes fabulosos de tu copa berroqueña:
yo te canto en el asombro que produces á los hombres,
yo te canto en los anhelos de las frentes que te sueñan,
y á la vez que alzo en la estrofa los clamores de las almas
como en un cáliz de carne, voy tramando con las hebras

del flexible cuatrísilabo hecho juegos musicales,
de tus bárbaros escándalos las magníficas cadencias.

Aún á más breve distancia,
ya transmítese á las piedras
una acción que las disloca,
un latir que las subleva;
y observando los ramajes sobre el cielo
entre azules transparencias,
los contempla tenazmente
la pupila fija, atenta,
trepidar con un cernerse tembloroso,
titilar con un reir como de estrellas,
y bailando, y más bailando, y más bailando,
nunca paran, nunca duermen, nunca cesan.
El oído entre el estruendo se desgarrar
con el són descuartizante que lo llena,
como llena el alto Niágara sublime
del abismo la vasija sempiterna:
una fuente es el Prodigio inacabable,
una fuente que del tajo se destrenza;
son el grifo, sus caídas de mil combas;
y es el cántaro, la curva de la Tierra.

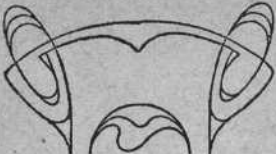
Como un gran arco voltaico,
el cerebro en luz se incendia
presintiendo que el Asombro
ya se acerca, ya se acerca.
Unas ráfagas de frío y emoción desramalada,
cual manojo de tentáculos que tiemblan,
por el pecho, por los nervios, por la frente,
como lluvia huracanada trepidando serpentean.
Dios se acerca, algo sublime lo denuncia;
Dios avanza, algo estupendo lo revela;

ya los ojos se dilatan espantados
y es la frente recio yunque que martillan las arterias;
la mirada, duda; el pulso, en carrera va; la boca,
el asombro redondea,
¡y aparece con sus arcos tremebundos el Portento
hecho tres combas inmensas,
que después de derrumbarse sobre el fondo del abismo
del rebote inconcebible se encarama á las estrellas!
¡Oh, qué pasmo!; en tres caídas
de una talla gigantesca,
se abre el haz vertiginoso
de las aguas que se arrojan á la sima de cabeza.
Van al fondo los tres saltos
escapados de los bordes de tres ánforas homéricas,
que fecundas se derraman por edades sin medida
de una arteria milagrosa de la gran Naturaleza.
Escapándose del colmo de las tres copas triunfales
se dividen en tres combas de mil sábanas que ruedan,
y cual tres Jordanes bajan de los búcaros enormes
á besar todos los campos y á bañar toda la Tierra.
Son tres pilas bautismales de Vigor, Fe y Entusiasmo,
son tres tónicos perennes de Alegría, Arrojo y Fuerza,
y tres fuentes empotradas en el muro de los siglos
con los tres caños eternos que son Vida, Luz, Belleza.
¡Oh, arpa enorme de tres fibras como tres bordonos bárbaros!
¡Oh, gran lira de tres arcos, de tres cuerdas,
que en sí lleva la palabra de los bosques,
y es el Verbo de los ríos, de las cumbres y cavernas!
Caracol maravilloso me pareces
con turbante retorcido de melenas
y la boca de tres fauces,
donde, inflando los carrillos, sopla hirviendo la tormenta


arrancando de tus locos torbellinos
los fragores de una arenga,
que dilata eternamente con sus épicos escándalos
por las razas que enanillan el contorno del planeta.
También finges á mi mente
una araña gigantesca,
de tres patas fabulosas
que bailando, que bailando, se columpia entre su tela,
y esa araña de tres zancas colosales
enredada en su telar tiene á la Tierra,
como mosca que zumbando estrangulada,
se revuelve en las espumas de las sábanas que tiemblan.
Y también te me apareces
cual la forma de tres husos de una Rueda,
de una rueda inmensurable coronada de albos copos
que va hilando el engranaje de las épocas,
que va hilando en los carretes de los siglos
las historias de las razas con sus triunfos y sus guerras,
que va hilando y deshilando Babilonias
como un juego en el que el tiempo lo que teje lo desfleca,
que va hilando y deshilando Alejandrías
como rauda que hace un hilo, y al tirar del hilo mismo,
se deshebra.
Una gran trompetería
de un gran órgano de fuerza,
de un gran órgano de asombros que retumba en tres teclados,
también pienso que en ti ruge y al abismo se despeña.
Dios lo toca recorriendo con sus dedos polifónicos
el enorme intercolumnio de trompetas,
cuyos tubos asombrosos, como aleros de un cordaje,
se prolongan encorvándose desde el Cielo hasta la Tierra.
Es la música soberbia de los mundos,

es el triple campanario de una Iglesia,
del Gran Templo entre los templos erigido
de que el Cielo es la corona sempiterna.
A él ascienden como nubes policromas de incensarios
remolinos de iris locos que del ara se descuelgan,
y se siguen cual peldaños de colores
en escalas fugitivas que se trenzan y destrenzan.
Con su inmensa alba de espumas
Dios reviste en ese Templo su presencia,
y la Misa de las misas entonando
lee á un tiempo en los Misales de las tres combas perpetuas.
Lo que todo un haz formado de infinitas religiones
no consigue de las frentes que en tus aras se doblegan,
lo consigue Dios vestido con el Niágara por manto,
mientras pulsa apocalíptico las tres curvas de trompetas,
y levanta hasta los Cielos en el Sol maravilloso
¡la Hostia Eterna!







SALVADOR RUEDA



DATOS Y JUICIOS ACERCA DE SU VIDA Y OBRAS, CON MOTIVO DEL LIBRO FUENTE DE SALUD



He aquí contenido en breves
cuanto sólidos y honrados párra-
fos, escritos por la briosa pluma
y el insigne talento de Dionisio
Pérez, la clave y el origen de la
Prosa y de la Poesía moderna en España, de-
bidos al temperamento y á la originalidad de Sal-
vador Rueda.

.....

«Hace años profetizóse en España el desapare-
cimiento de la Poesía; fué el mismo Ateneo quien ofició en-
tonces de Isaías, siguiendo, acaso, el ejemplo del noble in-
genio de D. Juan Valera, que anunciaba con apocalípticos
trompetazos la muerte inevitable y definitiva de la Metafi-
sica. En aquellos días aún contaba España con los estros y
astros mayores, que se llamaban Zorrilla, Campoamor y
Núñez de Arce. Cada uno de estos grandes rimadores re-
presentaba una afirmación clara y rotunda: Zorrilla, el ro-
manticismo; Campoamor, el positivismo, y Núñez de Ar-
ce... el progresismo. No hay de jo de burla ni desdén si-
quiera, en ofrecer tan á deshora á la consideración de las
gentes la Musa de Núñez de Arce, cubierta la cabeza con

el clásico morrión. Ciertamente, el progresismo no fué una escuela filosófica, ni un dogma, ni un mito, pero fué algo muy genuino y castizamente español. Parecía algo fecundo, y era, en realidad, una cosa vacía. Por eso, Núñez de Arce, que pensaba como Olózaga y rimaba como Quintana, sonaba á hueco. El caso es que teníamos tres grandes poetas, y sus vidas y sus obras no bastaban á evitar que se anunciara la muerte de la Poesía.

Fué Salvador Rueda un precursor, un renovador, precisamente en aquellos momentos en que vivos aún Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce, era difícil á los jóvenes librarse de las sugerencias de aquellos Maestros y dar á luz la fórmula nueva, tanto más difícil cuanto que el ambiente español de esta última treintena de años es de lo más prosaico, de lo más á ras de tierra, de lo más egoísta y groseramente materialista que pueblo alguno ha conocido.

No fuera Salvador Rueda tan grandísimo poeta como es, y tendría siempre este altísimo merecimiento. Su sano panteísmo, sentido intensamente con toda el alma, trajo en aquellos sus primeros años de escritor, á la artificiosa arquitectura de nuestras letras de entonces, una renovación que no ha sido juzgada y confesada todavía. Se quiso dar un nombre al suceso y se le llamó *colorismo*; el mismo Rueda no conoció la transcendencia de su obra y toleró que se hablara de ella con aparente superficialidad; pero no era el modo de decir, el lenguaje y el estilo lo que Rueda cambiaba, sino el modo de sentir y de pensar. Aire libre, aire de campo, esparcía Rueda en el ambiente enrarecido de taberna y de salón, en que nuestras Letras vivían. La profesión de fe en la Naturaleza, que es sencillez, y es verdad, y es pasión, conquistó todos los espíritus juveniles, y así, cuantos jóvenes escribimos hoy, á

pesar de todas las influencias extrañas y posteriores, debemos á Rueda algo, siquiera sea la iniciación de los primeros pasos.

Aún más pronto y francamente que á nosotros, conquistó Salvador Rueda á los americanos. En un curioso libro de Luis Berisso, *El pensamiento de América*, se advierte cómo en aquella época en que Salvador Rueda comenzó á escribir, los poetas americanos se alejaban de España. Ni Zorrilla, ni Campoamor, ni Núñez de Arce, acertaban ya á detenerles. Habían escrito antes como Becquer, como Espronceda, como Tassara, como Zea, y entonces comenzaban á rendirse á la influencia francesa. Baudelaire y Verlaine los habían descastellanizado. La musa americana estaba enferma de una melancolía y tristeza exóticas; cantaba dolores que no eran suyos; el pesimismo americano era una joya falsa.

Y fué la musa de Rueda, el panteísmo de Rueda, quien hizo ver á los americanos que sus bosques y sus montañas eran más hermosos que el *boulevard* parisién.»

Dionisio PÉREZ.

Revista *Nuevo Mundo*, noviembre de 1902.

SU SER MORAL

Los siguientes, no menos sinceros y honrados conceptos, son del ilustre cronista de *El Liberal*, de Madrid, Antonio Cortón.

«Hay tal armonía entre su obra y su carácter, entre este poeta y su poesía, que los versos de Rueda, aun antes de que se publiquen, los leemos todos en su alma.

»Y ¡qué alma tan buena y tan hermosa! Es el talento *bonhomme*, como diría Carlos Nodier. Quien le lea ha de admirarle; pero quien le trate, ha de quererle. Y no le amamos solamente por la dulce tristeza de su voz, que nos ha dicho tantas cosas, tan íntimas, tan tiernas, sobre el mal de vivir y sobre la ley de simpatía y de fraternidad entre los hombres. Le amamos, también, por el ejemplo de su vida, noblemente vulgar, y por la dignidad con que soporta la soledad que no ha buscado, pero en la cual no echa de menos ni títulos ni honores.

»Solitario, sin ser desdeñoso, internándose constantemente en la vida del Arte, sin mezclarse á los grupos de escritores, el poeta no ha pedido nada á esa vana vocinglería del reclamo corriente que los vanidosos ó los impacientes toman por la trompeta de la Fama. El buen Horacio decía de Virgilio, que tenía «un alma blanca», y que «la sonrisa de las musas le había dado la dulzura y la gracia».

»Para recompensarle de su piadoso fervor, las dulces Musas han otorgado á Salvador el mismo presente. Y él, á su vez, las ama por encima de todo; ha celebrado sus misterios en la paz y en el éxtasis de su recogimiento como en un templo silencioso...

»Pero no ha sido, sin embargo, juguete de las Musas; las ha refrenado virilmente. Ha marchado, conscientemente, por donde quería ir. No ha sacrificado nada á las preocupaciones de escuela, ni á la moda, ni á la inútil fantasía, ni, siquiera, al gusto natural del verso por el verso. Cuando, al parecer, canta solamente por cantar, es que evoca el alma de la Hélade, ganoso de construir el mundo nuevo con los sagrados mármoles de Fidias. Busca constantemente la expresión de las cosas que importan á

la sociedad, á la belleza, á la justicia y—en sus momentos de ternura—al sincero amor.


» Su espíritu es sencillamente humano; ha evitado un día y otro, todo disfraz romántico, clásico ó *decadentista*. De la misma suerte, como hombre, ha huido de esas mascaradas en que á veces se singularizan ciertos artistas ó poetas.

» Como Mistral, el Rey de Arlés, sin ser precisamente un rústico, lo parece; pero un rústico, naturalmente, más agradable que un mundano. Recio, coloradote, siempre alegre, parece que camina por una blanca carretera hacia el país de los naranjos. Y es, sin embargo, bajo apariencias infantiles, con su sonrisa eterna, un hombre que ha luchado, que ha sufrido y que ha ajustado su conducta á esta regla: *Homo sum*.

» Salvador Rueda, por fortuna, no innovó con exceso. A él se debe la invención del soneto dodecasilabo. Sabia que la lengua castellana puede elevarse hasta la altura de los más sublimes sentimientos y plegarse con facilidad á la expresión de los conceptos más hondos ó transcendentales. Quiso enriquecer nuestro vocabulario y hacer nuestra sintaxis y prosodia mucho más flexibles. Quiso devolver la vida á la prosa y al verso, que agonizaban en la fraseología anémica de los últimos clásicos. Y no ha bebido ni en la copa del Beaudelaire satánico, ni en el vaso estrambótico del incomprensible Mallarmé. Él, por otra parte, cuando siente la sed de la poesía, ¡bebe en un cáliz! »

Antonio CORTÓN.

El Liberal, de Madrid.



= FRASES ACERCA = DE SALVADOR RUEDA



«Su talento, su sencillez, me cautivan.»

ARPE.

«En las cuerdas de su lira
vibran cual robustas notas
en pentágrama de fuego,
gotas de sangre española.»

Frutos BAEZA.

«A un tiempo española y griega,
es su musa peregrina
Venus ateniense, envuelta
en un mantón de Manila.»

P. BOJART.

«En sus poesías, las ideas
van disueltas en la música.»

CLARÍN.

«Hay en su paleta colores para todo lo imaginable,
hasta para el átomo, y lo que es más raro aún, para sus
vibraciones.»

José María de PEREDA.

«Encuentro en la poesía de este hombre un fondo de
primitividad salvaje y sincera, que constituye su valer
más grande.»

MARTÍNEZ ALBACETE.

«Él vive toda la vida y la vive intensamente; en todo halla encanto y todo lo enmarca con rimas de oro ó rimas de piedra...»

José FRANCÉS.

«Maestro de la poesía moderna en España, no echó Dios al mundo un poeta más poeta.»

Gregorio MARTÍNEZ SIERRA.

«... esa Naturaleza, de la que es Salvador Rueda el soberano pintor, se ha mostrado pródiga y generosa con él, derramando en su *paleta*, castizamente española, colores y colores con que retratar los polícromos paisajes andaluces, las palmas y flores levantinas y las neblinas y riscos de la costa Cantábrica.»

José FERNÁNDEZ ZABALA.

«Con frecuencia, cuatro versos suyos bastan para la pintura de un lugar ó de un tipo.»

Jacinto Octavio PICÓN.

«Se ve, se toca y *hasta se huele* lo que describe.»

Juan VALERA.

«Es el poeta más alto y más humano que canta hoy en lengua castellana.»

Manuel UGARTE.

«Leo un libro, ó lo dejo *caer*; este es mi fallo; el autor se apodera de mí, ó yo me desapodero de él. Los libros de Rueda los leo de un *tirón*, y en cuanto á sus versos, sólo diré que *El mantón de Manila* lo sé de memoria, y que *El canto de las carretas*, *La niebla* y otras, van por

el mismo camino. ¡*El mantón de Manila!* ¡Dios del cielo! Al leerlo se le llenan á uno los ojos de flecos y flores, resplandores y luces. En los versos de Rueda se transparenta una luz interna, muy interna, y por eso brillan tanto.»

José ECHEGARAY.

«A Salvador Rueda se le hicieron más injusticias que á otras figuras contemporáneas, por ser un hombre humilde y por ser pobre.»

Salvador CANALS.

«Las estrofas de Rueda hieren como lumbraradas de luz africana, y llenan el corazón con todos los indistintos rumores de la Vida. Este poeta, antes que á descifrar las letras en los carteles de la escuela, aprendió «sus» ritmos escuchando las triunfales músicas de la Naturaleza. Por esto sus versos produjeron una revolución en la poesía española. Es Rueda todo lo contrario de cualquier *poeta-fonógrafo* emanado de París. Su revolución en la prosa y en el verso castellanos la hizo con elementos puramente españoles y con inspiraciones arrancadas de la propia medula de su espíritu.»

Julio PELLICER.

«Es bello, en esta época de poetas sutiles, ver á un poeta como Salvador Rueda, enamorado profundamente de la Naturaleza, latiendo espiritualmente al par del ritmo robusto y eterno de la vida, apasionado por todo lo que es la vida misma, no fabricada ni desnaturalizada por el hombre.»

Amado NERVO.

.....
«Derramaría yo, de buen grado, á continuación, para

apoyar con pruebas brillantes mi juicio, todo el tesoro que contiene *Fuente de salud*; copiaría *La risa de Grecia*, que es un soberbio canto de la hermosura griega en todas sus formas y de la alegría y viveza de la vida, en la época más encantadora de aquel pueblo de bellezas y divinidades; copiaría *La vendimia*, cuadro admirable, *de una bucólica nueva*, palpitante de color y de verdad; copiaría *La danza del mosto*, en la que bailaría de gusto el viejo Anacreonte; *La fiesta de las palmas*, canto de piedad originalísimo y valiente; *Las Metopas griegas*, canto retrospectivo, reconstrucción de asombroso poder evocador, en la que adquieren vida, movimiento y actitudes épicas los relieves del Partenón; la magnífica *Visión futura* de América, y otras composiciones dignas de alto elogio.

.....

»Es, realmente, Salvador Rueda un mago del ritmo y del color; y tiene importancia fuera de discusión, ver el corazón de este poeta, abierto, además, á los grandes ideales de Progreso, Justicia y Solidaridad humana; y considerar lo que enseña su Arte á ver en el maravilloso espectáculo de la Naturaleza; y lo que enseña á amar y á gozar la saludable alegría de vivir. No posee, quizás, la técnica admirable del gran poeta, del Maestro francés Teófilo Gautier; pero, indudablemente, le aventaja en calor de expresión y en entusiasmo lírico.

»Muerto Zorrilla, no encuentro en España poetas que aventajen á Salvador Rueda, etc., etc.»

.....

Manuel FERNÁNDEZ JUNCOS

(Célebre escritor americano.)

De *La República Española*.

San Juan, Puerto Rico, 12 mayo 1906.

Del *Mercure de France*, de París.

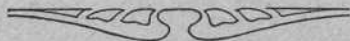
15 septiembre de 1906.

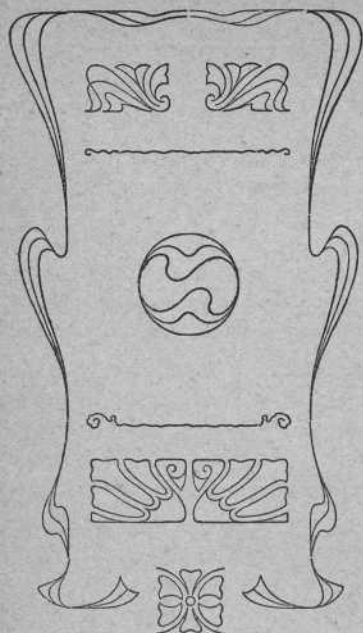
El escritor universal, Gómez Carrillo, dice:

.....

«Felizmente, si en otros escritores de España se nota falta de interés é imprecisión al hablar de problemas literarios, Salvador Rueda es sincero y tiene entusiasmo. Este poeta lírico que, después de la muerte de Núñez de Arce, ocupa el primer puesto entre los poetas españoles, habla, al ser consultado, con una elocuencia admirable. Su ardor, su fe, su energía, son, para sus compatriotas mismos, un modelo digno de imitarse. Su sinceridad, casi religiosa, nos encanta. (Copia la teoría sobre el Ritmo, de Salvador Rueda, y añade:) Poco importa si diferimos en ideas; lo admirable es la vida, la pasión del poeta. Tanto mejor, si hubiera muchos escritores capaces de hablar con la misma vehemencia, de creer con la misma ingenuidad.

GÓMEZ CARRILLO.





DATOS BIOGRÁFICOS

Salvador Rueda nació en Benaque, aldea de la provincia de Málaga, en Andalucía, el día 3 de diciembre de 1857.

Fué su padre, Salvador Rueda Ruiz, hombre de altísima moral, de dotes oratorias y de profundo talento observador, á pesar de no haber tenido más que una educación intelectual

de campesino. Es su madre, Maria Santos Gallardo, mujer de un temperamento poderosísimo, enérgica, excepcional entre las dotadas de las más altas condiciones espirituales, sin dejar de ser, asimismo, inculta campesina.

Sus hermanos Ubalda y José, como el mismo Salvador, heredaron de esta mujer singular, la resistencia enorme, asombrosa, en el trabajo, y la observación más estricta y rigida de los deberes morales. El trabajo de los tres hermanos: ella, en sus obligaciones familiares; José, en los trabajos de su propia imprenta y su propia encuadernación; y Salvador, en la novela, la crónica, el cuento, la poesía, es el trabajo equivalente al de un par de docenas

de personas activas. José, desde la nada, ha sacado de sí mismo, de su propio valer, una buena imprenta y una buena encuadernación, que él mismo dirige, siendo alma de las dos.

Fué Salvador Rueda, durante los primeros años de su vida, estudiante de latín, monaguillo, labrador de la tierra, guantero, carpintero, droguero, corredor de guías del muelle de Málaga y tanteó también, en el terreno privado, la pirotecnia.

Después de ser todas estas cosas, pasó á Madrid con un destinillo de 5.000 reales en la *Gaceta de Madrid*, que le ofreció Núñez de Arce. En Madrid, como no traía otra educación ni otra cultura que su profunda observación y su instintivo presentimiento de las cosas, escribió prosa y poesía sin el menor rastro de trabas retóricas ni de recetas del *oficio de escribir*, y á esta falta de *tranquillos* literarios y á venir del seno de la Naturaleza hecho *una página en blanco*, como dice uno de sus biógrafos, á ese estado divinamente salvaje de su espíritu, se debe la renovación y la transformación de la antigua retórica de la prosa y de la poesía, en la poesía y en la prosa de hoy, ambas nacidas de su pluma creadora.

De haber venido el hoy cultísimo Salvador Rueda, á la literatura de entonces, educado como todos, disciplinado en la técnica retórica como todos, sometido á reglas y á disciplina, hubiera sido sólo uno de tantos, un *retórico más*.

Pero en su pluma venía virgen toda el alma de la Naturaleza y el alma humana.

«A tal ímpetu de vida natural,—añade otro crítico,—el antiguo edificio de las letras españolas, se grieteó, se desmoronó, cogiendo debajo á todo lo caduco.» El mismo

Salvador Rueda, como dice Dionisio Pérez, no sabía que traía un mundo nuevo afianzado á la pluma, la nueva fórmula literaria y poética.

Como creó un nuevo léxico, una nueva prosodia, un nuevo modo de ver, de sentir, de pensar y de expresar, se le rebeló todo el viejo ejército de literatos y poetas. Se le rebeló, pero, así como se hizo estilo, prosodia y léxico nuevos, también *se hizo el público*; lo transformó, lo llenó de nueva savia, de nuevas orientaciones, de vida literaria verdadera. Hoy, como añade el mismo insigne escritor, en las obras de casi todos los literatos modernos, está latente, característica, visible al primer golpe de vista, la luz, el estilo y la savia de este gran poeta. El mundo de las letras, excepto algún rezagado rencoroso, pasados los años de lucha propios de todo advenimiento artístico y de toda transformación, hizo reconocimiento de tan excepcionales beneficios al poeta y al prosista, y le rinde, honrándose, la debida justicia. El alma de todas sus obras es robusta, varia, amplísima, porque posee cuerdas para todos los géneros.

J. de M. G.





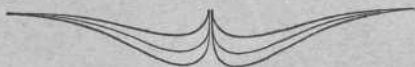
ÍNDICE

PAGINAS.

PRÓLOGO.	VII
Trompetas de órgano.	1
El cáliz y el poeta.	2
La honda.	3
Los evangelios de las cigarras.	4
Grito de misericordia.	10
Los bebedores de luz.	13
Fragmento de una carta.	17
Los claveles reventones.	20
Río de espíritus.	23
El acento en la Poesía.	28
A mi madre.	32
El puente colgante.	36
La Cofradía del silencio.	40
El entierro de notas.	44
El enigma.	47
La canción de las cañas.	50
Las almas ardiendo.	56
Cartagena.	61
Las serpientes.	65
Silabarios errantes.	70
A las vidas perfectas.	73

ÍNDICE

	PAGINAS
Lección de música.....	77
El alma de Asturias.....	81
La tísica.....	86
La aguja.....	91
Resurrección.....	96
Música bárbara.....	97
En la Armería Real.....	100
El Friso del Partenón (veinte sonetos).....	107
Canto de amor.....	127
Los caballos.....	132
El crepúsculo.....	138
El órgano salvaje.....	143
Las manos de mi madre.....	148
Las cataratas del Niágara.....	154
Salvador Rueda (datos y juicios acerca de su vida y obras, con motivo de su libro <i>Fuente de sa- lud</i>).....	160
Su sér moral.....	162
Frases acerca de Salvador Rueda.....	165
Datos biográficos.....	170



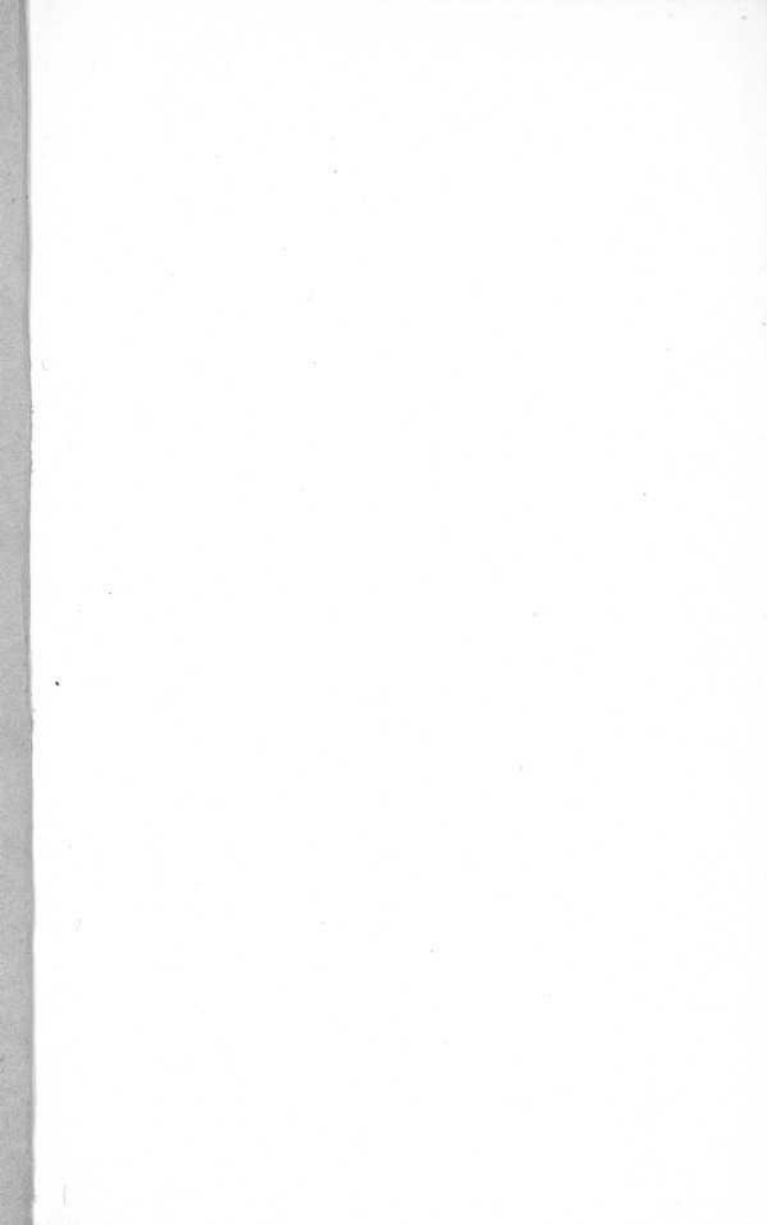
Advertencia.

En la página 87, línea 21, debe decir «de aflicción y *soledad*». En la página 94, línea 25, debe decir «un *huso* nunca visto.». En la página 98, línea 10, debe decir «y las *hondas*.». En la página 140, línea 17, debe decir «y desus *cuatro*...». En la página 158, línea 22, debe decir «como *randa*...».

Nota del Autor.









FAN
XX
1997